

SERIE: FAST RIVER I

LA DEBILIDAD *de Graig*



MAR FERNÁNDEZ

SERIE: FAST RIVER I

LA DEBILIDAD
de Graig



MAR FERNÁNDEZ

LA DEBILIDAD DE GRAIG
(Serie Fast River I)

Copyright © 2020 Mar Fernández
Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Corrección: Violeta Treviño
violetamtcorreccion@gmail.com
Portada: Valerie Miller
<http://es.123rf.com/>
Autor: Blueskyimage, N°: 22984975
<https://pixabay.com/>

All Rights reserved
1ª edición en Abril 2020
www.safecreative.org
Número de registro: 1912022598177

Sello: Independently published

*“Anoche miré al cielo y empecé a dar a cada estrella
una razón por la que te quiero tanto.
Me faltaron estrellas”.*
Anónimo

INDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[MAR FERNÁNDEZ MARTÍNEZ](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CAPÍTULO 1

*4 de Julio de 2008.
Rancho Walker. Fast River, Oklahoma.*

Harriet y Miranda estaban colocando la vajilla sobre las mesas alineadas en el amplio porche. Desde allí podían vigilar a los niños, hijos de los trabajadores, que correteaban unos tras otros en la amplia explanada frente a la casa. En un momento dado, Meadows dio un empujón a su hermana Nicola, que cayó al suelo y se levantó dispuesta a presentar batalla. Harriet estaba a punto de ir a poner orden cuando Miranda aferró su brazo.

—Tranquila, Blake se encargará —dijo al ver a la adolescente avanzar hacia allí para mediar entre sus hermanas pequeñas.

—Espero que así sea y no se convierta en una batalla campal. Dios me ha dado tres hijas maravillosas, pero tan distintas entre sí... —suspiró mientras colocaba los vasos que poco antes había llevado en una bandeja.

—Oh, vamos, Harriet, no te quejes. Cada una tiene su carácter, pero ¿qué sería de este mundo si todos fuéramos iguales?

Una sonrisa se dibujó en los labios de Harriet al escuchar su comentario.

—Tienes razón, pero si a esos tres diablillos le sumas a su padre, te aseguro que acabarías completamente loca.

Miranda no pudo evitar una carcajada que escapó de su garganta al escuchar la declaración de su amiga.

—No protestes tanto, en el fondo sé que adoras a tu familia. Además, hoy es un día especial.

—Especial sería si nuestros maridos estuvieran aquí para encargarse de la barbacoa, que es lo que prometieron. Cada Cuatro de Julio pasa lo mismo, Angus se empeña en invitar a un montón de gente y luego somos nosotras las que tenemos que encargarnos de todo. Pero este año va a ser diferente, tú y yo nos vamos a ir un fin de semana solas a Tulsa y nada ni nadie nos lo va a impedir.

—¿Pero...?

—Nos merecemos desconectar.

—¿Y tú crees que Angus podrá hacerse cargo de las chicas? —dijo Miranda dudando sobre las palabras de su amiga.

—Pues no lo sé, pero quizás no le venga mal un baño de realidad. Y tal vez así aprecie un poco más lo que hago...

—¿Puedo ayudar? —sonó una voz profunda a la espalda de ambas.

Miranda se giró y clavó la mirada en su hijo, que había salido de la nada. Hacía varios meses que no le veía y le impresionó el cambio que había experimentado en el tiempo transcurrido.

«¿Cuándo se ha convertido en un hombre?», se preguntó estudiando críticamente su aspecto. Habían transcurrido nueve meses desde que el muchacho se había ido a la universidad para empezar un grado formativo en ganadería, y en ese tiempo había cambiado drásticamente. Había

crecido varios centímetros, y eso que cuando se fue le sacaba casi dos cabeza de altura, y su cuerpo, antes desgarbado, ahora parecía fornido y torneado.

Graig estudiaba la expresión del rostro de su madre, que permanecía de pie frente a la mesa, con varios cubiertos en sus manos. Con paso firme se acercó hasta ella y abrió los brazos.

—Mamá, ¿es que no me vas a dar un abrazo? —le preguntó con humor.

Miranda pareció despertar de su estado de aturdimiento. Dejó los cubiertos sobre la mesa y se lanzó a su pecho para sentirse completa cuando los brazos de su hijo la estrecharon contra su cuerpo. Recordó con añoranza cuando era pequeño y era él quien se refugiaba tras su espalda y aferraba sus piernas buscando consuelo cuando algo había salido mal.

—Te he echado tanto de menos —confesó Miranda, aspirando su olor. Con reticencia se separó y alzó la cabeza para mirarle—. ¿Por qué no me has dicho que venias? Creía que te ibas a ir a California con un amigo —le reprochó mientras le daba un ligero y cariñoso puñetazo en el brazo.

—Me lo he pensado mejor. Quería daros una sorpresa —dijo mientras se separaba de su madre y se acercaba a Harriet para besar sus mejillas y abrazarla fuertemente.

—Pues a tu padre le va a encantar esta sorpresa, pero no sé si has elegido la mejor fecha para regresar. Estamos en periodo de partos —dijo en alusión a las vacas.

—Por eso mismo, he pensado que hago más falta aquí.

—¿No es un amor? —exclamó Harriet mientras enlazaba su brazo con el de Miranda. Ambas observaban a Graig como dos tontas—, gracias a él nos podremos tomar ese fin de semana libre que tanto necesitamos.

—¿Un fin de semana libre? —indagó Graig elevando una de sus cejas, sin comprender a qué se referían.

—Cosas nuestras —dijo Miranda quitando importancia al asunto—. ¿Podrías ir a encender el fuego de la barbacoa? La gente llegará en una hora.

—Ah, comprendo —dijo Graig mientras se cruzaba de brazos y fruncía el entrecejo—. Entonces acabaré encadenado a esa barbacoa, ¿me equivoco?

—Solo hasta que llegue tu padre —le dijo Miranda, intentando aplacar a su hijo, aunque sabía que Graig estaba bromeando.

—Lo que decía, cadena perpetua —replicó mientras se encaminaba a los escalones del porche, en dirección a la barbacoa situada en el lateral de la casa, bajo una pérgola que habían instalado unas semanas antes para evitar el inclemente sol en la época veraniega.

Harriet y Miranda no apartaron la mirada de la espalda de Graig hasta que desapareció de su vista.

—Tienes un hijo estupendo —dijo Harriet, orgullosa de Graig, al que apreciaba tanto como si fuera suyo.

—Lo sé, no me puedo quejar —dijo Miranda antes de suspirar sonoramente.

—Mamá, no puedo más, me rindo —exclamó la voz malhumorada de Blake, que llegaba en aquel momento.

Harriet se giró y clavó su mirada en el rostro de su hija. Su cabello iba recogido en una coleta de donde escapaban varios mechones y sus mejillas estaban sonrojadas. Su camiseta de manga corta de color rosa mostraba restos de tierra y estaba arrugada.

—¿Qué ha sucedido ahora? —preguntó Harriet con el ceño fruncido, sospechando lo que había pasado.

—Meadows y Nicola se estaban peleando por quién recogería al final de la fiesta, y cuando

me he metido en medio he acabo tirada en el suelo y recibiendo por todas partes —dijo huraña mientras se cruzaba de brazos para enfatizar su enfado.

—Ya hablaré después con esas dos —dijo Harriet maquinando un castigo a la altura para sus hijas—. Ahora ve a ayudar a Graig, que está en la barbacoa. La carne está en la nevera —le indicó mientras comenzaba a colocar las servilletas junto a los platos.

—¿Ha venido Graig? —exclamó Blake sorprendida, mientras su corazón se aceleraba en su pecho. Inconscientemente se peinó el pelo con los dedos y sacudió el polvo de su camiseta.

—Sí, ha venido. ¡Vamos! —enfaticó Harriet mientras hacía un gesto con su mano hacia la puerta—. Está a punto de llegar todo el mundo.

Blake entró en la casa, pero en vez de dirigirse a la cocina, como le había ordenado su madre, corrió hacia la escalera y subió al trote. Entró en su cuarto y se metió en el cuarto de baño. Era un lujo que se había ganado por ser la hermana mayor, aunque tenía que compartirlo con Meadows. Se deshizo de la camiseta y se lavó la cara con celeridad. Deshizo la coleta y se cepilló el pelo para dejarlo suelto a su espalda.

Luego se dirigió al armario y sacó una camiseta de rayas blancas y rojas, se la puso y luego se cambió los pantalones color caqui por unos vaqueros cortos. Por último se dio brillo en los labios y se acercó al espejo de cuerpo entero que le había regalado su padre para su cumpleaños y, tras comprobar su aspecto salió del dormitorio y se dirigió a la cocina.

Cargada con una gran fuente de carne, ya sazonada, logró abrir la puerta trasera de la cocina que daba a la zona donde estaba la barbacoa y salió. Inmediatamente su mirada se quedó prendada de Graig, que en aquel momento le daba la espalda. «¡Dios mío! No parece él», se dijo mientras absorbía su aspecto, más cuando él se agachó para coger el saco de carbón y le dio una completa visión de su trasero, que se marcaba gracias a sus ajustados *jeans*.

Graig sonrió al ver a la joven por el rabillo del ojo. Permanecía quieta a pocos metros de él, y podía notar su intensa mirada clavada en él. Rellenó el foso de la barbacoa con el carbón, dejó el saco en el suelo y, sin girarse, habló, sobresaltando a la joven, que no lo esperaba.

—¡Vamos, que no tenemos todo el día! ¿A qué esperas a traer esa carne? —inquirió antes de girarse para enfrentarla, pero se quedó mudo al ver su aspecto.

«No puede ser Blake», se dijo incrédulo, incapaz de apartar la mirada de ella. No, para nada se parecía a la Blake que él recordaba, y tampoco hacía tanto que no se veían, apenas unos meses. Pero el cambio había sido drástico.

Siempre había sido algo rellenita, pero había crecido unos centímetros y su figura se había vuelto más curvilínea. Su cabello oscuro, en aquel momento bañado por el sol, resplandecía en todo su esplendor al estar suelto a su espalda.

Su rostro también había cambiado, volviéndose más afilado y sus pómulos más marcados, y sus labios parecían jugosos con el brillo de labios. Ahora sus maravillosos ojos azules parecían iluminados por una emoción especial.

Molesto por sus extraños pensamientos sacudió su cabeza de izquierda a derecha, e intentó recomponerse. Luego, con un gesto de mano, la instó a moverse.

—Anda, ven a la sombra, que la carne se va a asar antes de tiempo —dijo sonriendo divertido.

Blake sonrió a su vez y se acercó para dejar la bandeja de carne sobre una mesa situada junto a la barbacoa. Notaba los nervios bullir en su estómago e intentó controlar aquella sensación que la asolaba cada vez que Graig estaba a menos de un metro de distancia.

CAPÍTULO 2

*Rancho Walker. Fast River, Oklahoma.
11 años después.*

Graig echó su sombrero hacia atrás con un dedo antes de secarse el sudor de la frente con el dorso de la mano. Abrió la puerta de su furgoneta y cogió la botella de agua que mantenía en la nevera portátil para que estuviera fría y se la bebió de un solo trago. Luego cogió el cuaderno de recuento de ganado de la guantera e hizo unas anotaciones para comprobar que el rebaño estaba completo. Incluso había dos cabezas más gracias al nacimiento de dos terneros. Anotó mentalmente llamar al veterinario para que revisara a las crías y ponerles el chip correspondiente.

Estaba a punto de hacer una última anotación cuando el sonido metálico de su móvil le sobresaltó. Molesto dejó el cuaderno sobre el asiento del copiloto antes de sacar el teléfono del bolsillo trasero de su pantalón para descubrir que se trataba de uno de sus hombres.

—Gavin, ¿Qué pasa? —preguntó con desgana.

—Es el señor Walker —dijo el empleado con voz grave.

Graig, que permanecía apoyado contra el lateral de su furgoneta, se irguió con celeridad y los músculos de su cuerpo se tensaron.

—¿Qué pasa con el señor Walker? —solicitó con urgencia.

—Ha sufrido una caída.

—¿Qué? —boqueó Graig incrédulo, notando como un sudor frío recorría su cuerpo—. ¿Cómo ha sucedido? —interrogó mientras guardaba el cuaderno en la guantera, la botella en la nevera y cerraba la puerta con un fuerte golpe antes de rodear el coche y ocupar su sitio tras el volante.

—Estaba montado a caballo, a pocos metros del granero, cuando cayó a plomo contra el suelo. Creo que ha perdido el conocimiento.

—¿Has llamado a emergencias?

—Lo hizo la señorita Walker, que fue quien lo encontró.

—¡Mierda! —exclamó Graig golpeando el volante con el puño al imaginar a Meadows arrodillada al lado de su padre. Sabía la unión que había entre ambos y cómo debía sentirse la joven—. Ahora voy para allá —dijo arrancando y pisando el pedal del acelerador antes de desaparecer por el camino de tierra, levantando una nube de polvo.

En menos de diez minutos estaba frente a la casa, donde una ambulancia cerraba sus puertas y emprendía la marcha a toda velocidad. Graig frenó en seco y salió del vehículo, dejando la puerta abierta, antes de acercarse a grandes zancadas hacia el lugar donde se encontraba Meadows, que se abrazaba a sí misma.

—¿A dónde le llevan? ¿Dónde está Harriet? —preguntó directo, haciendo que la joven se sobresaltara con su intempestiva llegada.

—Mi madre se ha ido en la ambulancia, le llevan al hospital universitario de Oklahoma —dijo Meadows con voz temblorosa.

Graig tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta y parpadeó varias veces antes de acercarse a ella y colocar su brazo sobre sus hombros y estrecharla contra su costado.

—Tranquila, todo va a salir bien —afirmó, aunque no estaba muy seguro de sus palabras. Estaba deseando preguntar qué le habían dicho los paramédicos, qué había sucedido realmente, pero estaba claro que Meadows no estaba para demasiadas preguntas.

—¿Y cómo lo sabes? —le rebatió ella, mostrando su angustia.

—Porque lo sé —fue la escueta respuesta de Graig—. Anda, ve a cambiarte para ir al hospital. Gavin te llevará.

Meadows se separó del abrazo de Graig y frunció ligeramente el ceño.

—No hace falta, puedo ir en mi coche —rebató con seguridad.

Graig elevó su rostro al cielo y cerró los ojos por unos instantes. Contó hasta diez antes de bajar la cabeza y clavar su mirada en la joven.

—Lo sé, pero yo me quedaría más tranquilo si Gavin condujera. Estás demasiado nerviosa y no queremos más disgustos. —Pudo ver la obstinación en la mirada de Meadows, muy acorde con su estado habitual—. Hazlo por mí, por favor —le rogó, mientras ponía una expresión en su rostro que siempre funcionaba.

Meadows deseó mandar a Graig a la mierda, pero cuando esos ojos grises azulados la miraban de esa forma no podía negarle nada.

—Está bien —aceptó con esfuerzo.

Graig se sintió agradecido cuando Meadows emprendió el camino hasta la casa. Necesitaba estar solo. Colocó sus dedos pulgares en el cinturón de sus *jeans* y dedicó unos instantes a organizar sus sentimientos. Tenía que mantener la mente fría para afrontar la situación que se presentaba ante sus ojos y poder ser el apoyo que las mujeres de su vida necesitarían. Sabía que en ese momento ese papel recaía sobre sus hombros y no estaba seguro de poder afrontarlo.

Lo que de verdad deseaba era coger su camioneta y salir pitando hacia el hospital, pero dadas las circunstancias no podía dejar el rancho solo. Sentía un agujero en el estómago al pensar que algo le pudiera suceder a Angus.

Aún recordaba el triste día en que tuvieron que enterrar a su padre y Angus le prometió que él cuidaría de su madre y de él. Aquella promesa le ayudó a continuar viviendo y nunca podría agradecerle lo suficiente lo que había hecho por él. No solo porque le trataba como a un hijo y le había dado su confianza convirtiéndole en su mano derecha cuando llegó el momento. No, no solo era por eso, si no porque cuando había necesitado un hombro en el que apoyarse, un consejo, Angus siempre había estado allí.

—Hijo, ¿cómo estás? —preguntó su madre, que en aquel momento aferró su brazo antes de obligarle a girarse para estudiar su rostro.

—No lo sé, mamá, de verdad que no lo sé —confesó con sinceridad, descubriendo la misma preocupación que anidaba en su interior en el rostro de su madre.

Miranda no dijo nada, era imposible, tenía un nudo en la garganta. Simplemente se acercó a él y le abrazó fuertemente. Sabía que su hijo no lloraría, que no liberaría la tensión que atenazaba su cuerpo, pero que ese simple abrazo le daría las fuerzas que necesitaba.

Pasaron largos minutos así hasta que finalmente Graig rompió el contacto y se apartó.

—¿Vas a ir con Meadows al hospital? —preguntó a su madre.

—Sí, Harriet me necesita. También he llamado a Nicola para que la espere allí —dijo en alusión a la hermana mediana, que vivía en la ciudad desde hacía un par de años, cuando le salió una plaza de maestra allí.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios al escuchar a su madre. Sabía que el vínculo entre ambas mujeres era inquebrantable. No solo se trataba de amistad, eran como hermanas.

—Bien, ve a preparar una bolsa para Harriet, yo voy a hablar con Gavin.
—Gracias, hijo, estaré lista en diez minutos —dijo Miranda antes de irse.

Hospital universitario de Oklahoma.

Harriet Walker permanecía sentada en uno de los asientos de plástico de color azul de la sala de espera del hospital. El lugar estaba atestado de gente, y el rumor de las conversaciones era como una melodía cadenciosa, pero ella parecía ajena a todo lo que la rodeaba. Su cabeza y su cuerpo estaban con Angus, su marido y el amor de su vida. No sabía cómo reaccionar ante lo que estaba sucediendo, no sabía cómo afrontar la situación. Se sentía como en un sueño.

«Si algo le llega a pasar no podré seguir viviendo», se dijo mientras se frotaba el rostro con ambas manos. Notaba cómo una garra atenazaba su corazón y las lágrimas que intentaba contener anegaban sus ojos.

Miranda, que acababa de llegar, corrió a su encuentro y se sentó a su lado antes de abrazarla fuertemente, percibiendo toda la tensión que emanaba de su cuerpo.

—Llora si tienes que hacerlo, no lo dejes dentro —fue lo único que pronunció.

Harriet, sintiendo que Miranda era su tabla de salvación se aferró a ella y dio rienda suelta a su angustia.

Meadows y Nicola permanecían quietas en el umbral de la puerta, observando la escena con la garganta oprimida. Su madre era una de las mujeres más fuertes que conocían y nunca la habían visto en tal estado de abatimiento, demostrando por primera vez debilidad.

Meadows sintió que su corazón se quebraba, y la necesidad de correr hacia su progenitora la instó a moverse, pero Nicola se lo impidió, cogiéndola del brazo para detenerla.

—Meadows, dale unos minutos, los necesita —dijo Nicola segura.

—Pero... —titubeó la aludida, deseando deshacerse del agarre de su hermana y seguir su impulso.

—¿Por qué no vamos a información? Quizás nos puedan decir algo.

Meadows dudó unos instantes, clavando su mirada en el rostro de su hermana. No sabía por qué, pero Nicola tenía la capacidad de mantener la calma hasta en los peores momentos, una virtud que envidiaba, ya que ella solía regirse por sus impulsos, cosa que en más de una ocasión la había llevado al desastre.

—Está bien —aceptó finalmente.

Antes de llegar al mostrador Nicola susurró unas palabras cerca de su oído.

—Déjame hablar a mí —indicó segura.

—¿Y eso por qué? —preguntó Meadows ceñuda.

—Porque te conozco y no quiero que montes un escándalo.

La aludida hubiera querido rebatir sus palabras, pero se silenció como le solicitaba hermana.

—Disculpe —dijo Nicola mientras dirigía una sonrisa amable a la mujer tras el mostrador —, a mi padre le han traído en ambulancia hace una hora. ¿Podría darnos algo de información?

La mujer dudó, pero al ver la angustia en el rostro angelical de aquella joven se ablandó y aceptó su solicitud con un gesto de cabeza.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó mientras colocaba los dedos sobre el teclado del ordenador, dispuesta a buscar la información.

—Angus Walker —dijo Nicola agradecida.

La mirada de la mujer se clavó en la pantalla y segundos después leyó en voz alta el párrafo ante sus ojos.

—Ha sufrido una caída de un caballo.

—Sí, señora, eso ya lo sabemos —dijo Meadows, antes de recibir un codazo por parte de su hermana.

La mujer elevó su mirada por encima de la montura de sus gafas de pasta de color rosa. Luego volvió a la línea donde se había quedado.

—Ha tenido un infarto, supongo que por eso se cayó. Le han reanimado y aún están esperando la evolución.

—Gracias, señorita —dijo Nicola mientras cogía del brazo de su hermana y la obligaba a apartarse para que el siguiente familiar pudiera hacer su consulta.

Media hora después, las cuatro mujeres seguían en la sala de espera, con la angustia de no tener noticias. Miranda cogía la mano de Harriet, que parecía más serena tras haberse desahogado gracias a las lágrimas vertidas. Meadows permanecía sentada a la derecha de su madre, aparentemente tranquila, pero el movimiento nervioso y rítmico de su pierna izquierda la delataba. De nuevo, por quinta vez, el sonido del móvil de Nicola rompió el silencio, y su hermana la miró antes de hablar en un susurro, para que ni su madre ni Miranda la escuchara.

—¿Por qué no lo coges de una maldita vez? —preguntó Meadows molesta.

Nicola clavó su mirada en la pantalla de su teléfono hasta que la llamada se convirtió en perdida y solo quedó registrado el nombre de la persona: Marcus.

—No es importante —dijo quitándole valor al asunto—. Ahora solo importa saber cómo está papá.

—Pues por favor, ponlo en silencio. Está acabando con mis nervios.

—Tienes razón —respondió Nicola, mientras manipulaba el móvil antes de guardarlo en su bolso para olvidar la insistencia del hombre que había puesto su vida patas arriba en los últimos meses.

CAPÍTULO 3

Rancho Walker. Fast River.

Graig estaba agotado a pesar de la hora temprana de la mañana. Llevaba dos noches sin apenas dormir y trabajando más horas que un reloj. La hospitalización de Angus había dejado un gran vacío en la casa, pero también en las rutinas habituales del trabajo del rancho. Y las constantes idas y venidas de Meadows al hospital, aunque comprensibles, estaban saturando a Graig. Se consideraba un hombre fuerte, pero, a su pesar, necesitaba ayuda.

Llevaba varios días barajando una idea y a pesar de que sabía que a Meadows no le haría ni pizca de gracia, y más porque no pensaba pedirle opinión, cogió el móvil que reposaba sobre el escritorio del despacho y buscó en la agenda del mismo hasta dar con el nombre que buscaba. Se sintió aliviado cuando la línea se liberó al otro lado y escuchó la voz de uno de sus mejores amigos, Derek Campbell.

—¡Graig, qué sorpresa! —le interpeló Derek alegremente—. Hace meses que no sé nada de ti. —Inconscientemente rememoró la última feria de ganado donde se encontraron y acabaron corriéndose una buena juerga—. ¿A qué se debe tu llamada? —preguntó con sospecha.

—Te necesito —dijo Graig directo, no tenía sentido bordear la verdad—. Angus ha sufrido un infarto y ya sabes en que época estamos. ¿Puedes venir?

La expresión de Derek cambió drásticamente al escuchar sus palabras. Conocía a Angus Walker y le tenía en gran estima. No por nada le había dado la primera oportunidad tras acabar el curso de ganadería donde conoció a Graig. Fue un verano largo e intenso donde aprendió un montón de cosas gracias a Angus. Lo único que le frenaba era enfrentarse a Meadows, la hija de Angus, con la que no tenía demasiada buena relación.

—¡Derek! —le reclamó la voz angustiada de Graig, temiendo que su amigo no pudiera ayudarle. Sabía que trabajaba desde hacía un par de años en un rancho y que estaba bien allí y tenía unas buenas condiciones económicas. Se sentía como un cabrón por pedirle que dejara un buen empleo, pero le necesitaba.

—Está bien, iré.

—Te prometo que el sueldo será el mismo que cobras ahora —le aseguró Graig.

—Eso es lo de menos, amigo —replicó Derek seguro.

Graig se sintió aliviado cuando accionó el botón rojo y dejó el teléfono sobre la superficie de roble frente a sí. Algo más relajado, se dejó caer sobre la silla a su espalda y cerró los ojos por unos instantes.

—Graig, ¿te encuentras bien? —le sobresaltó la voz de Meadows.

Cuando abrió los ojos encontró a la joven frente al escritorio, observándole preocupada. No pudo evitar sentirse enternecido. Nicola y Meadows eran como las hermanas que nunca había tenido. Las adoraba, aunque eso no había evitado que Meadows y él hubieran chocado en más de una ocasión al tener un carácter muy parecido. Más repuesto, se enderezó en la silla y contestó a su pregunta.

—Sí, claro. Por cierto, en un par de días andaremos más desahogados en el rancho.

—¿Y eso? —preguntó Meadows mientras dejaba una carpeta frente a Graig, sobre el escritorio.

—Derek ha aceptado venir a ayudarnos —le informó, y como esperaba la ira de Meadows se desató.

—¿Te refieres a Derek Campbell? —repitió el nombre rechinando los dientes—. ¿Y para que va a venir *ese* al rancho? —indagó colocando las manos sobre sus caderas, molesta por la noticia.

—Porque se lo he pedido yo —replicó Graig, dispuesto a ganar la batalla.

—¿Y se puede saber por qué?

—Meadows, no tengo ganas de discutir, no creo que sea el mejor momento. Es época de partos y tenemos que recoger el heno para el invierno. Estamos de trabajo hasta arriba y no podemos dejar el rancho desatendido.

—Pero mi padre...

—Sí, ya lo sé, tu padre está mejor y le han subido a planta, pero cuando regrese no podrá encargarse de lo que hacía antes. Derek es bueno y será de gran ayuda en el rancho.

—Se supone que en ausencia de mi padre somos nosotros dos —dijo señalando a ambos alternativamente con el dedo índice de su mano derecha— los que debemos tomar las decisiones. Sobre todo si son de este calibre, y no recuerdo que me hayas consultado nada sobre este asunto en ningún momento.

—¿Qué problema tienes con Derek? —contraatacó Graig.

Meadows se quedó en silencio, no demasiado segura de qué responder a esa pregunta. Pudo notar como el rubor ascendía por su rostro y se apartó de la vista de Graig, dirigiéndose a la ventana cercana antes de contestar.

A su pesar sabía que Derek Campbell era más que bueno en su trabajo y tenía capacidad de liderazgo. A pesar de su reticencia, sabía que necesitaban una persona en la que confiar ahora que su padre tenía que tomarse la vida de otra forma.

—Ninguno —respondió con esfuerzo antes de regresar hasta la mesa y señalar la carpeta que poco antes había dejado—. Ahí tienes los informes de los últimos nacimientos. Ahora tengo que irme —replicó antes de abandonar el despacho, dejando a Graig confuso por su extraño comportamiento.

Meadows se sintió aliviada cuando llegó al granero y se internó por el pasillo hasta el apartado donde se encontraba Lady Bree, su yegua. El animal pareció presentirla, porque se acercó hasta la puerta y rozó el hombro femenino con su hocico hasta conseguir que Meadows acariciara su cabeza suavemente.

—Lady Bree, las cosas, lejos de mejorar, van a peor —le confesó al animal, como si la yegua pudiera responder a sus palabras o darle consuelo—. Mi padre ya está mejor, pero no volverá a ser el mismo. Me da miedo de que no se tome demasiado bien la nueva situación. Y luego está lo de ese... ese vaquero arrogante del que creí deshacerme hace tiempo. ¿Por qué demonios tiene que volver aquí para amargarme la vida? —se preguntó frustrada mientras apoyaba su frente en el cuello del animal.

Unos pasos rápidos rompieron el silencio y, cuando Gavin llegó a la altura de Meadows, esta ya se había separado del animal.

—Gavin, ¿qué sucede? —preguntó preocupada.

—La vaca que teníamos separada y que estaba a punto de parir ha perdido el conocimiento. No pinta bien, señorita Walker —confesó el joven mientras jugueteaba con el sombrero entre sus manos.

—¿Has llamado al veterinario? —preguntó Meadows mientras caminaba dirección al exterior, seguida de cerca por Gavin.

—Sí, me ha dicho que tardará diez minutos, está en una granja cercana.

—Perfecto —dijo Meadows mientras se ajustaba el sombrero sobre la cabeza para protegerse de los inclementes rayos del sol.

Graig aparcó su furgoneta en la cafetería de Debbie Mills para comer algo antes de ir al rancho. Tenía la esperanza de que a pesar de la hora tardía le sirvieran algo para llenar su estómago, ya que su madre estaba con Harriet en el hospital y no había nada jugoso que llevarse a la boca.

Cuando entró, algunas luces ya estaban apagadas y todas las mesas vacías. Suspiró con pesar y estaba a punto de darse la vuelta para irse por donde había venido, cuando la voz cantarina de Debbie le retuvo.

—Muchacho, ¿qué se te ha perdido por aquí a esta hora? —preguntó la mujer, que salía en aquel momento por la puerta abatible de la cocina para aproximarse a la barra, a pocos pasos de Graig.

El aludido se sintió culpable, imaginando que Debbie estaría deseando regresar a su casa para descansar después de un largo día de trabajo, como él mismo.

—Nada, Debbie, ya me marchó.

—Graig, ni se te ocurra mentirme, tu cara delata que estás hambriento.

El aludido se rascó la cabeza con los dedos y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios sin poder evitarlo.

—No puedo engañarte —respondió resignado.

—Venga, siéntate, que te preparo un sándwich —dijo la mujer señalando un taburete frente a ella.

—Gracias, Debbie —dijo Graig agradecido mientras ocupaba el lugar indicado. La mujer colocó una taza frente a él y la llenó de café.

—Ahora vuelvo —dijo Debbie antes de desaparecer por la puerta de la cocina, dejándolo solo.

Graig aferró la taza entre sus dedos y le dio un sorbo que le recompuso. En otras circunstancias no se habría tomado un café a una hora tan tardía, pero dado el cansancio que arrastraba lo agradeció.

Al día siguiente había pensado en ir a visitar a Angus, al que estaba deseando ver, pero no podía entretenerse demasiado porque había que cambiar al ganado de la zona norte a la sur, y hasta que Derek no llegara no podía permitirse perder un tiempo valioso que ahora se había convertido en oro.

—Aquí lo tienes —le sobresaltó la voz de Debbie, que había regresado, cargada con un plato donde reposaba un sugerente sandwich, sin que él se hubiera percatado.

—Gracias —dijo Graig mientras daba el primer bocado.

Debbie esperó pacientemente a que el chico acabara, ocupada en colocar las tazas que había sacado del lavavajillas, pero cuando se percató de que el plato había quedado limpio, volvió a acercarse a él.

—¿Cómo se encuentra Angus? —preguntó directa, como era su costumbre.

Graig se limpio los labios con una servilleta antes de responder a su pregunta.

—Nos ha dado un buen susto, pero ahora está estable y esta tarde le han subido a planta. Tenemos que ver cómo evoluciona.

—Menos mal —dijo Debbie con sinceridad—, nos tiene a todos con el alma en vilo. Todo el mundo me ha preguntado por él.

—Sí, Angus Walker es un hombre muy querido.

—Sí, lo es —replicó—. ¿Y vendrá Blake? —soltó la mujer a bocajarro, logrando que la mandíbula de Graig se tensara.

—Supongo —respondió escuetamente antes de buscar su cartera y sacar un billete que dejó sobre el mostrador—. Gracias por todo, Debbie, pero tengo que irme —dijo caminando hasta la puerta para desaparecer en la noche.

Debbie no apartó la vista de él en ningún momento, pero no se arrepintió de la pregunta formulada. Estaba claro que a Graig aún le escocía la repentina marcha de la hija mayor de los Walker, y lo que siempre había sospechado parecía más real que nunca. Quizás si Blake Walker regresaba al fin podría saber la verdad, se dijo antes de coger el plato de la barra y meterlo en el lavavajillas.

CAPÍTULO 4

Washington D. C.

La mirada de Blake se perdió en la ventana situada frente a su escritorio, desde donde tenía unas magníficas vistas del [río Potomac](#). Tras unos minutos volvió la atención a la pantalla de su portátil y colocó los dedos en el teclado de su ordenador, pero no se movieron ni un milímetro.

—¡Mierda! —exclamó mientras cerraba la tapa con un golpe seco.

De nuevo el sonido de su móvil rompió el silencio y Blake quiso gritar por la frustración que sentía. Con desgana cogió el teléfono, situado a su derecha y descubrió en la pantalla iluminada el nombre de su hermana.

Nicola era la única con la que tenía una relación fluida desde su marcha, y a pesar de eso no quería coger el teléfono. Hacía cerca de dos meses que no se hablaban porque la última vez habían acabado discutiendo. Estaba cansada de la insistencia de Nicola sobre la necesidad de perdonar y arreglar las diferencias que mantenía con Meadows y su padre. En esa ocasión no pudo evitar decirle a su hermana que se metiera en sus asuntos y la dejara en paz y luego colgó el teléfono.

Desde entonces no habían vuelto a hablar, y en aquel momento de su vida, donde tenía que hacer la entrega final de su última novela, no tenía ánimos para aquella conversación que dejaría su estado de ánimo por los suelos. La gente no entendía que para escribir una novela el estado emocional del escritor era de suma importancia.

—¿Por qué no me dejas en paz? —exclamó en voz alta, clavando su mirada en su móvil, como si el aparato fuera a contestar a su pregunta.

El sonido del timbre interrumpió el angustioso momento e hizo que abandonara su sillón y caminara hasta la puerta de su apartamento. Antes de abrir puso su ojo derecho sobre la mirilla para descubrir que se trataba de Eric Cooper, su agente literario.

—¡Mierda! —susurró mientras giraba la llave antes de abrir la puerta—. Eric, que sorpresa, ¿qué haces aquí? —preguntó pintando una sonrisa en sus labios.

Eric clavó su mirada en Blake y estudió su aspecto críticamente. Llevaba un pantalón de algodón suelto de color rosa estampado de dibujos arabescos azules y una camiseta de tirantes de color blanco. Sus pies iban descalzos y su cabello estaba recogido en un moño de aspecto despreocupado.

—¿Se te ha olvidado nuestra reunión? —preguntó Eric temiéndose lo peor mientras entraba en el apartamento y se dirigía al salón.

—¿Una reunión? —repitió Blake la pregunta intentando ganar tiempo.

—Tienes que entregarme los últimos capítulos del libro, que te recuerdo que ya va con retraso —dijo mientras se sentaba en el amplio sofá color amarillo pollo.

—Bueno... —comenzó Blake sentándose a su lado, colocando un pie bajo el trasero y el otro colgando al borde del sillón.

Eric clavó su mirada con intensidad en el rostro de Blake, y al ver su expresión, y que jugueteaba con un mechón de su cabello que se había escapado de su confinamiento se temió lo peor.

—¿No los tienes? —preguntó preocupado.

—Oh, Eric, no te enfades. He tenido una semana horrible, mi teléfono lleva varios días sonando y las musas se han debido ir a Laponia —intentó excusarse.

Para confirmar sus palabras el teléfono comenzó a sonar nuevamente, amenazando con volver loca a Blake, que lo ignoró.

Eric clavó su mirada en el escritorio cercano, donde vio moverse el móvil gracias a la vibración.

—¿No lo vas a coger? —preguntó confuso, mientras fruncía el ceño.

—No, es mi hermana Nicola —respondió Blake, suponiendo que con esa respuesta sería suficiente para justificar sus actos.

Eric relajó el gesto de su rostro, que hasta entonces había estado tenso por el enfado. Conocía de pe a pa lo que le sucedía a Blake con su familia, un tema tabú del que casi nunca hablaban. Pero sospechaba que si Nicola llamaba a Blake con tanta insistencia, después de su última discusión, tenía que suceder algo lo suficientemente grave.

—Creo que deberías hacerlo —le aconsejó.

—No puedo —dijo mientras colocaba sus pies en el sofá y se abrazaba las piernas flexionadas, en una actitud del todo infantil.

—¿Y si pasa algo malo? —intentó hacerla razonar Eric, pero el sonido del teléfono se silenció en aquel instante.

Blake miró con angustia el aparato, que casi había acabado estrellado contra el suelo por el movimiento. Inconscientemente se mordía el labio inferior y comenzó a temblar imperceptiblemente. Las palabras de Eric habían calado hondamente en su interior, y los remordimientos ahora atenazaban a su cuerpo. «Eres una estúpida», se recriminó molesta consigo misma.

Eric, que había sido testigo de cada uno de sus gestos y movimientos no dudó en acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos para darle el consuelo que parecía necesitar en ese preciso momento.

—Tranquila, solo tienes que devolver esa llamada.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Y ahora, haz el favor de levantarte y servirme algo fresco, hace un día horrible de calor ahí fuera —dijo mientras aflojaba el nudo de su corbata.

—Claro —dijo Blake abandonando su sitio en el sofá para dirigirse a la cocina de estilo americano, agradecida de tener algo que hacer. Cogió un par de refrescos de la nevera y dos vasos. Poco después regresó al salón y dejó todo sobre la mesa baja.

—Gracias —dijo Eric mientras se servía el limón y daba un largo trago a su vaso—. Y ahora, ¿podemos hablar de trabajo? —preguntó elevando una de sus cejas.

—Sí, claro —replicó Blake antes de dejar su vaso en la mesa—. Perdóname, te prometo que en menos de dos días termino la novela.

—Recuerda que en menos de un mes tiene que estar en la imprenta. Todavía falta mi visto bueno, la corrección, maquetación...

—Sí, sí, ya lo sé —le cortó Blake antes de suspirar pesadamente y pasarse la mano por la frente.

—¿Se te había olvidado? —indagó Eric, a punto del abismo de la desesperación. Quería mucho a Blake, pero su mala costumbre de no apuntar nada en una agenda les iba a pasar factura a ambos.

—No, claro que no —contestó Blake mintiendo descaradamente—. Y ahora vete, tengo que

acabar la novela.

—Está bien —dijo Eric mientras se levantaba y se dirigía a la puerta—, y llama a tu hermana —le recordó.

—Seré buena —prometió antes de situarse frente al escritorio y abrir la tapa del portátil, dispuesta a sumergirse en la historia en la que llevaba semanas trabajando.

Colegio Springfield, Oklahoma.

Uno, dos, tres tonos... y luego una voz mecánica al otro lado de la línea. «El número al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Nicola suspiró pesadamente antes de apagar la pantalla de su móvil y dejarlo sobre la mesa. Llevaba varios días intentando hablar con Blake pero no lo había logrado y comenzaba a frustrarse. Si la situación no variaba no tendría más remedio que coger un avión hasta Washington y agarrar a su hermana de las orejas para arrastrarla hasta el rancho familiar.

Pensativa cogió la taza que reposaba sobre la mesa y se la llevó a los labios antes de clavar su mirada en el reloj colgado sobre la puerta de la sala de profesores. En ese momento se abrió la puerta y entró Ivette, la secretaria del centro y su mejor amiga, cuya mirada cayó sobre ella.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida—. Se supone que tienes unos días libres para estar con tu padre —le recordó ceñuda.

—Lo sé, y le agradezco al director su gentileza, pero tenía que devolver unos exámenes que tenía cuando todo sucedió para que mi sustituta pueda evaluar a mis niños —explicó mientras cogía su bolso y sacaba una carpeta que dejó sobre la mesa—. ¿Se los puedes entregar tú?

—Por supuesto, no hay problema —dijo Ivette cogiendo la carpeta entre sus manos—. ¿Cómo está? —preguntó con tacto.

—Ahora estable, pero aún le mantendrán unos días más hospitalizado —respondió Nicola con cierta congoja en la voz—. Nos ha dado un susto de muerte.

—Lo siento, pero verás como todo sale bien, y ahora hazme el favor de irte.

—Claro, solo voy a buscar un informe que quiero revisar —dijo recordando a un niño que la tenía preocupada últimamente—, y luego me voy.

—Eso espero —dijo Ivette antes de acercarse a Nicola y darle un fuerte abrazo y un beso en la mejilla—. Y ahora me voy, te llamo esta noche —dijo formando con los dedos el gesto de acercarse un teléfono al oído.

Nicola estaba buscando el informe de Nelson cuando el sonido de su móvil la sobresaltó. De forma automática lo cogió y pulsó el botón verde para aceptar la llamada, sin molestarse en leer en la pantalla quién era su interlocutor.

—Nicola Walker —dijo de forma mecánica—, ¿en qué puedo ayudarle?

—Nicola, soy yo —escuchó una voz que conocía muy bien al otro lado de la línea. No dudó en cerrar la carpeta y levantarse antes de ponerse a caminar por la sala.

—Blake, llevo días intentando localizarte. —No pudo evitar el reproche que escapó de sus labios sin control.

—Lo sé y lo siento —se disculpó Blake al otro lado de la línea. No le había gustado el tono de Nicola, más duro de lo habitual, pero en el fondo sabía que se lo tenía más que merecido—. ¿Qué sucede? —preguntó con el alma en vilo.

—Papá... —comenzó Nicola, pero fue interrumpida por la voz estridente de su hermana.

—¿Era eso? Te he dicho un millón de veces que no quiero saber nada de él... —explotó como la última vez que habían hablado sobre el asunto.

—¡Blake! —gritó Nicola, perdiendo la poca paciencia con la que contaba—. Papá está en el hospital, ha sufrido un infarto, ahora es decisión tuya si quieres venir a verle o prefieres seguir enfadada. Quizás cuando te decidas ya sea demasiado tarde, y ahora, si no te importa, tengo que trabajar —añadió antes de colgar el teléfono.

Nicola guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón y tras coger el informe de Nelson salió de la sala de profesores en dirección a la salida. Iba rumiando lo sucedido, sintiéndose culpable por la forma en que había tratado a su hermana, cuando Stefanie, una de las niñas de su curso la interceptó.

—Señorita Walker —dijo la niña con voz angustiada—, Nelson se está peleando con Mark —la informó.

—¿Dónde? —preguntó Nicola con el corazón acelerado.

—En el baño de los chicos —amplió Stefanie la información.

—Gracias —replicó Nicola antes de comenzar una alocada carrera para llegar al lugar indicado por la niña, que la seguía a corta distancia.

Tras solventar el asunto entre Mark y Nelson, Nicola salió del colegio con la intención de ir al hospital para ver a su padre y sustituir a su madre para que se pudiera ir a comer algo. Estaba en el aparcamiento cercano al colegio, a punto de abrir su coche, cuando una voz profunda a su espalda la sobresaltó, logrando que el llavero cayera de sus manos para acabar en el suelo.

—¿No piensas cogerme el teléfono nunca más? —dijo Marcus, demasiado cerca, logrando que un extraño escalofrío recorriera el cuerpo de Nicola.

Al girarse descubrió al hombre que últimamente estaba trastocando todo su mundo. Como siempre, iba elegantemente vestido con un traje chaqueta, aunque en esta ocasión parecía haber prescindido de la corbata y su pelo castaño parecía revuelto. Estaba segura de que había pasado toda la noche trabajando y que ni siquiera se había pasado por casa para cambiarse, y aún así parecía descansado y relajado.

Era el hombre más atractivo que había conocido en su vida, y en el momento que él se fijó en ella se sintió la mujer más dichosa del mundo. Eso fue varios meses antes, una noche que decidió salir de fiesta con Ivette y acabaron en uno de los locales más *chic* de la ciudad. Las mujeres iban vestidas a la última moda, con tacones de infarto y bebían cocteles exóticos. Nicola se sintió fuera de lugar en aquel ambiente, pero Ivette, con su característico sentido del humor la hizo relajarse y disfrutar de la noche. Todo cambió cuando aquel hombre imponente, que la observaba desde uno de los reservados de la planta superior, apareció poco después a su lado para invitarlas a unas copas.

Marcus, al ver que ella no respondía a su pregunta, se aproximó a ella y se situó a su lado antes de coger su cintura y obligarla a acercarse a su cuerpo.

—¿Qué pasa, Nicola, ya no me quieres? —preguntó mientras hundía su nariz en su pelo, hasta llegar a su oreja, donde mordisqueó levemente el lóbulo carnoso.

Nicola reaccionó con celeridad y le apartó con un fuerte empujón, deseando alejarlo de su cuerpo y de su vida.

—He estado muy ocupada.

Marcus, lejos de molestarse por su actitud, se apoyó contra el costado del coche de Nicola y observó cómo ella se agachaba para rescatar las llaves donde habían acabado poco antes. Luego entrecerró los ojos antes de proseguir con sus preguntas.

—¿Y se puede saber en qué? ¿Con otro hombre?

—No, he estado en el hospital.

—¿Y por eso te has cogido unos días en el trabajo? —siguió Marcus con su interrogatorio.

—Sí, mi padre ha sufrido un infarto y hasta que no se recupere estaré muy ocupada.

Marcus, cruzado de brazos, no cambió de expresión en ningún momento, denotando lo poco que le importaba lo que le estaba relatando.

—Está bien, no te molestaré más —dijo antes de besar su mejilla fraternalmente—, pero por favor cógeme el teléfono —añadió antes de apartarse y dirigirse a su *Lexus* negro, aparcado a pocos metros.

Nicola se sintió aliviada cuando el vehículo desapareció del parking y se quedó sola. Con manos temblorosas abrió su coche y se sentó en el asiento del conductor. Estaba claro que no podía seguir así, que tenía que ser sincera con Marcus y expulsarle de su vida lo antes posible. Solo tenía que encontrar el coraje.

CAPÍTULO 5

Rancho Walker, Fast River.

Harriet estaba de un humor pésimo desde su última conversación con Meadows, que se había negado a ir a recoger a Blake al aeropuerto. Estaba cansada de aquella situación que duraba años, y tras lo que le había sucedido a Angus, estaba decidida a revertir la situación y lograr que al fin sus hijas se llevaran bien y la paz reinara en su familia.

La posibilidad de perder a su esposo le había abierto los ojos. Había comprendido que la vida era efímera y que de la noche a la mañana todo podía cambiar sin que uno pudiera hacer nada para evitarlo.

Tras el infarto de Angus había sufrido durante días, más cuando Nicola le dijo que no lograba localizar a Blake. Aquella situación la angustió aún más, si aquello era posible, porque temía que si algo le llegaba a suceder a Angus la culpa de no haber visto a su padre por última vez asolaría el alma de la joven para siempre. Y todo sería debido a una estúpida disputa por la que llevaban años sin hablarse.

Frustrada se frotó la frente y cerró los ojos por unos instantes. «Piensa, Harriet, Piensa algo», se dijo con desesperación. El vuelo de Blake llegaba en la tarde, y ella estaba a punto de ir al hospital y no había nadie para ir a recogerla.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la voz preocupada de Graig.

Había entrado en el despacho para coger unos papeles que necesitaba y no esperaba encontrar allí a Harriet, a quien creía en el hospital. Cuando la mujer se irguió en el sillón y clavó su mirada en él se percató del cansancio que se acumulaba en su rostro, que se mostraba ojeroso.

—No, Angus evoluciona favorablemente —«aunque para mí no es suficiente», pensó contrariada. Quería a su marido en casa cuanto antes mejor.

Graig camino hasta una de las sillas situadas frente al escritorio y ocupó asiento antes de soltar la pregunta que quemaba en su lengua.

—Entonces, ¿qué pasa?

Harriet dudó unos instantes antes de responder. No era estúpida, y sabía que la simple mención del nombre de su hija mayor alteraba a Graig. Un centenar de veces se había preguntado a qué se debía aquel antagonismo, y como cada vez que lo hacía obtenía como respuesta una enorme incógnita.

—Harriet —insistió Graig, perdiendo los nervios por momentos. Esperaba que no fuera un nuevo problema.

—Blake llega a primera hora de la tarde al aeropuerto y parece ser que nadie puede ir a recogerla.

Graig notó cómo su mandíbula se tensaba con la sola mención de aquel nombre que había desterrado de su vocabulario. Hubiera deseado levantarse y salir del despacho, pero apretó los puños a los costados y aguantó estoicamente.

—Comprendo —fue la escueta respuesta que salió de sus labios.

—Pensaba pasar la noche en el hospital —dijo Harriet con desilusión—. Hace un día que no veo a Angus y me está pareciendo una eternidad —confesó—. ¿Podrías ir tú? —le preguntó esperanzada.

—¿Yo? —boqueó Graig con esfuerzo, mientras enfatizaba su duda señalando su propio pecho con una mano.

—Sí, tú —repitió Harriet, percatándose de que había encontrado una solución a su problema—. Meadows se hará cargo del rancho —añadió, evitando que Graig pudiera utilizar esa excusa para evitar ir al aeropuerto.

—Estás de broma, ¿verdad? —preguntó Graig con el corazón acelerado.

—¿Te lo parece? —rebató Harriet elevando una de sus cejas—. ¿Tienes algún problema en ir? —indagó con sospecha mientras clavaba su mirada en el rostro masculino.

Graig sintió que un sudor frío recorría su cuerpo ante la idea de enfrentarse a Blake después de años. «No quiero saber nada de ella, no quiero verla», se dijo con angustia mientras aferraba con sus dedos el reposabrazos de la silla.

—No puedo —intentó excusarse—, esta tarde llega Derek.

—Oh, vamos Graig. Meadows puede recibirle perfectamente —le rebatió Harriet, intentando acorralarle. Sabía que no estaba bien lo que hacía, pero estaba desesperada.

—No me gustan los aeropuertos, ya sabes que tengo fobia a volar —insistió él, intentando evadir la situación.

—Por favor, Graig, no te estoy pidiendo que te metas en un avión, solo que vayas a recoger a Blake —rogó Harriet, aunque no estaba acostumbrada a ello.

El aludido se frotó la frente con los dedos unos instantes y tras una lucha interna habló.

—Está bien, lo haré. ¿A qué hora llega? —preguntó mientras abandonaba la silla y cogía los papeles que había dejado olvidados sobre la mesa.

—Gracias, cielo —respondió Harriet, aliviada de que Graig hubiera aceptado—. Llega a las cuatro, terminal cinco.

Aeropuerto Internacional de Washington.

Blake jugueteaba con la correa de su bolso inconscientemente mientras su pierna se movía de arriba a abajo acabando con la paciencia de Eric, sentado a su lado en la sala de espera del aeropuerto.

—¿Quieres parar de una vez? —le preguntó ceñudo.

—No puedo —respondió Blake.

—¿Por qué estás tan nerviosa? ¿No te dijo Nicola que tu padre ya estaba estable y en planta?

—No es solo eso —confesó Blake.

Eric giró ligeramente el rostro y clavó su mirada en el de Blake. Al hacerlo descubrió que en aquel momento se estaba mordiendo el labio inferior, un gesto más que reafirmaba su estado de nerviosismo.

—¿Entonces qué es?

—Tengo miedo de enfrentarme a Meadows. A pesar del tiempo que llevamos distanciadas la quiero mucho, pero tiene un carácter temperamental y temo que choquemos.

—¿Carácter temperamental? —preguntó Eric elevando una de sus cejas—. Eso le dijo la sartén al cazo —añadió con cierto humor.

—No tiene gracia —replicó Blake molesta con su amigo.

—Lo sé, lo siento —dijo Eric arrepentido—. Lo único que tienes que hacer es intentar empatizar con ella, dejarla hablar e intentar comprenderla. A lo largo de los años has aprendido a ponerte en la piel de tus personajes, ¿no vas a ser capaz de hacerlo con tu hermana? Yo creo que sí —respondió por ella.

—Tienes razón. Lo intentaré, te lo prometo —afirmó Blake con más seguridad de la que en realidad sentía.

—¿Y qué vas a hacer cuando te encuentres con tu «hermanito»? —inquirió Eric. Sabía de sobra que ese era otro asunto que asustaba a su amiga.

—¡Graig no es mi hermano! —exclamó Blake furibunda.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Eric al escuchar su airada exclamación.

Conocía casi todo lo referente a la familia Walker, incluso la mala relación que mantenía Blake con Graig, el hijo de los mejores amigos de sus padres y que formaba parte de la familia. Sospechaba que había algo más allá que animadversión entre ellos, aunque no podía afirmarlo porque no los había visto juntos. En innumerables ocasiones había percibido en la voz de Blake la envidia cuando relataba que sus hermanas consideraban como a un hermano a Graig.

Quizás ahí residía el problema, que Blake no lo veía como a un hermano, si no como a un hombre. Estaba seguro que entre ellos había existido algo y que le había llegado el momento de enfrentarse a ese fantasma del pasado. Nunca se había atrevido a insinuar nada parecido a Blake, temiendo que su genio recayera sobre su persona, pero decidió tirarse al río en ese preciso instante.

—Lo sé, y quizás ese sea el problema, que tú no lo sientes como a un hermano. ¿Me equivoco? —preguntó, clavando su mirada en el rostro de Blake, que mostraba una expresión asombrada.

—No sé qué estás insinuando, pero no me gusta —fue su respuesta evasiva.

Eric achicó sus ojos antes de hablar.

—No te hagas la estúpida, por favor, no te pega.

«... Los pasajeros del vuelo 5478, destino Oklahoma, deben embarcar por la puerta doce», sonó una voz mecánica que salía de los altavoces situados en la sala de espera donde se encontraban.

«Salvada por la campana», se dijo Blake mientras se levantaba y cogía su maleta, situada a su lado. Eric hizo lo propio y ambos se encaminaron al lugar, situado en la otra punta de la planta donde se encontraban.

Cuando llegaron a la puerta indicada, Blake dejó la maleta en el suelo y se giró para abrazar a Eric con familiaridad.

—Te crees a salvo, ¿eh? —susurró él junto a su oído—, pero eso no te va a librar de la verdad, que tarde o temprano te explotará en la cara.

—Oh, Eric, por favor, ya tengo bastante —replicó Blake apartándose y clavando su mirada en el rostro de su amigo.

Eric sintió lástima por ella y decidió dejar que el destino se ocupara de aquel asunto, aunque estaba seguro que más pronto que tarde su vaticinio se cumpliría.

—Tranquila, todo va a salir bien —le aseguró dándole un nuevo abrazo, intentando darle la fuerzas que Blake parecía necesitar—. Cuando llegues, llámame.

—Prometido —le dijo Blake antes de separarse de aquel agradable abrazo.

—Y por favor, soluciona las cosas con tu gente, te aseguro que eso te ayudará a ser feliz. Ahora solo vives a medio gas.

—Lo intentaré —fue la escueta promesa de Blake antes de coger el asa de su maleta y dirigirse a la puerta indicada.

Solo respiró cuando colocó su maleta de mano en el maletero junto a su asiento y pudo al fin sentarse. Esta vez no tuvo suerte y no pudo ir en el lado de la ventanilla. Cuando viajaba en avión le gustaba ir en ese lugar para poder ver las nubes a su paso. Resuelta, sacó los cascos y su móvil y lo conectó, dispuesta a escuchar música y así intentar hacer desaparecer todo lo que pululaba por su cabeza.

Meadows firmó el último documento de la carpeta que apoyaba sobre un par de cajas de madera y, tras cerrarla, se la entregó a Carter Peterson, el veterinario que se encargaba de revisar las nuevas reses nacidas. Una vez por semana se pasaba por el rancho Walker para hacer su ronda.

—¿Todo correcto? —preguntó Meadows mientras esperaba a que él comprobara que toda la documentación estaba bien.

Carter, al escuchar la voz de Meadows, elevó su mirada y la clavó en su rostro. En aquel momento sus facciones mostraban impaciencia. Cuando había conocido a Meadows le había parecido una niña dulce, pero pronto descubrió que no era así, al contrario: aquella joven de cabello rubio y rasgos exquisitos tenía un carácter de mil demonios. Había visto a más de un rudo vaquero amilanarse ante una simple mirada de aquellos ojos azules que competían con el firmamento un día despejado.

—Sí, todo está correcto —replicó con una leve sonrisa—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó preocupado. Había sabido días antes del infarto sufrido por Angus Walter.

—Está mejor —respondió la aludida, sintiendo que su estómago se encogía al recordar lo sucedido—. Hace unos días le han llevado a planta y creo que en nada estará de nuevo con nosotros —respondió mientras ambos caminaban para salir del establo y llegar al lugar donde Carter tenía aparcada su furgoneta.

—Meadows, no hace falta decirte que si necesitas cualquier cosa solo tienes que llamarme —se ofreció, clavando su mirada en su rostro con intensidad, de una forma que logró que el vello de sus brazos se erizara.

—No, creo que todo en el rancho está en orden y controlado —replicó la aludida con seguridad.

—Sabes perfectamente que no me refiero a eso, si necesitas alguien con quien hablar, o un hombro en el que sostenerte, yo soy la persona indicada —dijo Carter con una sonrisa tímida.

Meadows sabía que Carter sentía algo por ella, en varias ocasiones se le había insinuado y su forma de mirarla era una prueba más, pero ella no estaba segura de sentir lo mismo. No podía negar que aquel hombre era especial, además de atractivo, pero eso no era suficiente. Nunca se había enamorado, y a pesar de que el veterinario removía algo en su interior, no creía que eso fuera amor.

—Gracias, te lo agradezco —dijo a media voz.

Carter notó algo en su voz, algo parecido a debilidad, y a pesar de no estar seguro de cómo podría reaccionar Meadows, acortó la distancia que los separaba y la estrechó entre sus brazos, sorprendiendo a la joven, que pareció algo cohibida, aunque al final aceptó el refugio de su pecho.

Derek entró en el camino de tierra que daba acceso al rancho y en pocos minutos estuvo frente a la casa, que seguía tal y como la recordaba. Apagó el motor y bajó del vehículo antes de

encaminarse a la zona situada tras esta, donde se encontraban los edificios donde se cuidaba a los animales. Esperaba encontrar a Graig allí, como le había prometido, pero cual no fue su sorpresa al descubrir una escena que le sorprendió sobremanera.

No le había costado reconocer a Meadows, no había cambiando nada en el tiempo que había pasado desde la última vez que se habían visto. Su cabello rubio refulgía gracias a los rayos del sol, suelto sobre su espalda y unos ajustados vaqueros se amoldaban a sus piernas. En aquel momento estaba abrazada a un tipo cuyas manos estaban a escasos centímetros de su trasero.

—¿Molesto? —preguntó algo incómodo, aunque no sabía el por qué.

Quizás no le parecía correcto que Meadows anduviera en una actitud tan cariñosa con un tipo cualquiera cuando su padre estaba ingresado.

Meadows se sobresaltó al escuchar aquella voz profunda, que no le costó reconocer, y se apartó de Carter con celeridad para mirar a Derek, que permanecía cómodamente apoyado en un cercado próximo. Tenía los brazos cruzados, su bota estaba apoyada contra la madera y parte de su rostro estaba oculto bajo el ala de su sombrero.

—No, pero llegas antes de tiempo —dijo Meadows con aplomo.

—¿He interrumpido algo? —indagó Derek clavando su mirada en Carter con intensidad. Luego abandonó su postura relajada y se encaminó a ellos.

—No, Peterson ya ha acabado de revisar las vacas a punto de parir —dijo Meadows, ignorando el doble sentido de la pregunta de Derek—. Es el veterinario del rancho —le presentó—. Carter, este es el amigo de Graig, se supone que ha venido a ayudar, aunque ya le dije que no hacía falta.

Las palabras de Meadows molestaron a Derek, pero sabiendo que eso era lo que pretendía la joven las ignoró. Sonrió antes de extender su mano hacia el veterinario, que parecía confuso por la tensión que se había creado entre ambos.

—Encantado, señor Peterson. Supongo que de ahora en adelante nos veremos a menudo.

—Igualmente, señor...

—Campbell, Derek Campbell.

—Bueno, Meadows, tengo que seguir con mi ronda —dijo Carter volviendo su atención a la joven—. Lo dicho, si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme —dijo mientras abría la puerta de su furgoneta y se sentaba tras el volante.

—Lo haré, gracias, Carter —replicó Meadows dedicándole una sonrisa.

El veterinario arrancó la furgoneta y desapareció por el camino de tierra. Derek y Meadows permanecieron uno junto al otro, en completo silencio, con la mirada clavada en la parte trasera de la furgoneta que se alejaba.

CAPÍTULO 6

Aeropuerto Will Rogers, Oklahoma

Graig estacionó su coche en el aparcamiento privado del Aeropuerto Will Rogers y apagó el motor, pero se tomó unos minutos antes de salir del coche. El trayecto desde Fast River era de cerca de dos horas, y ni en ese tiempo su ánimo huraño se había aplacado. Aún se maldecía por haber cedido ante Harriet. Hubiera deseado estar en cualquier otro lugar menos ahí, a punto de enfrentarse a Blake, que había sido siempre su peor pesadilla. Estaba demasiado estresado y no tenía ánimos para discutir con ella, que era lo que estaba seguro que sucedería, ya que era una constante en su relación desde tiempo inmemorial.

«No seas un cobarde», se reprendió mentalmente mientras abría la puerta y salía de su coche para cerrarlo con un fuerte portazo, antes de caminar a grandes zancadas hacia las escaleras.

Minutos después se encontraba en la sala de espera del aeropuerto. Se acercó a la gran pantalla que indicaba las llegadas y salidas de los aviones y sus ojos encontraron lo que buscaban: un vuelo procedente de Washington DC. El vuelo 5478 acababa de tomar tierra y los pasajeros no tardarían en salir.

Con paso resuelto se dirigió a la puerta 5, que sería por la que saldrían y se colocó en una esquina, intentando buscar discreción. En pocos segundos la gente que esperaba a sus familiares y amigos se arremolinó a su alrededor.

Cuando la puerta se abrió, notó como su corazón se aceleraba, latiendo fuertemente contra su pecho. Estaba nervioso, no lo podía negar, y a su pesar su mirada buscaba el rostro de Blake en cada mujer que traspasaba el umbral. Pero cuando finalmente la halló, se quedó sin aliento durante unos segundos, incapaz de insuflar aire a sus pulmones. «¿Qué demonios te pasa?», se preguntó molesto, mientras sacudía la cabeza para despejarse.

Blake aferraba fuertemente el asa de su maleta mientras buscaba entre el gentío el rostro de su hermana Nicola. En su última conversación habían quedado en que iría a recogerla al aeropuerto. Pero cuál no fue su sorpresa al descubrir en un rincón un hombre alto, que destacaba entre el multitud. Iba vestido con unos *jeans* azules y una camisa gris. Su rostro, el que hacía una eternidad que no veía, iba oculto bajo el ala de su sombrero color crema. «Graig», pronunció su nombre mentalmente incrédula. «¿Qué demonios hace él aquí?», se preguntó, deseando volver a subir al avión para regresar a su pequeño piso en el centro de Washington.

Inconscientemente comenzó a retroceder, chocando contra las personas a su alrededor, pero cuando Graig se movió y su rostro quedó al descubierto, no pudo mover ni un solo músculo de su cuerpo, menos aún cuando su intensa mirada gris se clavó en su persona. Su expresión era indescifrable, y durante largos minutos sus miradas quedaron unidas.

Graig tardó en recuperarse del aturdimiento que le invadió al encontrar a Blake, pero con una fuerza de voluntad que desconocía poseer ordenó a sus piernas moverse para aproximarse a ella.

Blake notó que su corazón se aceleraba cuando Graig comenzó a avanzar. Nuevamente tuvo la imperiosa necesidad de huir, pero algo en su interior se activó. «No eres un cobarde», se dijo

antes de cuadrarse de hombros, preparándose para el encuentro que tanto había temido y que había llegado antes de lo esperado. Cuando él se detuvo a menos de un metro de su persona, no dudó en elevar su rostro para enfrentarle.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó directa, con una voz fría que le costó reconocer como propia.

Graig apretó la mandíbula, molesto por su tono y su pregunta.

—¿Venir a recogerte? —replicó, como si la pregunta formulada por Blake fuera una completa estupidez.

—Eso ya lo veo —inquirió ella, molesta por su réplica—, pero se supone que vendría Nicola, no tú —dijo frunciendo el ceño.

—¿Acaso me tienes miedo? —indagó Graig mientras una de sus espesas cejas se enarcaba. No sabía por qué, pero estaba disfrutando del enfado de Blake.

La aludida abrió ampliamente sus ojos y sintió cómo la ira recorría cada poro de su piel. Le hubiera gustado mandar a Graig al cuerno, pero estaba segura de que él gozaría de eso. Por el contrario, dibujó una sonrisa que no sentía en sus labios y alargó la mano para colocar el equipaje entre ambos antes de hablar.

—No, por supuesto que no. Y ya que estás aquí, haz algo útil, llévame la maleta —dijo antes de girarse y caminar con total parsimonia hacia la salida.

Graig cerró la boca, que había mantenido abierta, mientras su mirada se fijaba en el trasero de Blake, enfundado en un vestido de color coral que se ajustaba a cada una de sus curvas. Sus altos tacones acentuaban su movimiento de cadera. Aquella mujer no se parecía en nada a la joven que recordaba. Blake Walker parecía una dama de la alta sociedad o algo así. En un momento dado se detuvo, a pocos pasos de él, y giró su rostro ligeramente antes de fruncir el ceño.

—¿Vamos? No tenemos todo el día —le instó antes de seguir con su camino.

Graig despertó de su estado de aturdimiento al percatarse de que su cuerpo había reaccionado, sintiendo un deseo abrasador por Blake, y apretó la mandíbula con fuerza. «¿Quién se cree que soy? ¿Su chófer o algo así?», se dijo para sus adentros. Y a pesar de eso cogió la maleta con movimientos bruscos y la siguió hasta llegar a la salida.

Blake sentía su corazón galopando sobre su pecho. Cuando había visto a Graig había estado a punto de escapar, como si él fuera el mismísimo diablo. Luego decidió que no se amilanaría ante él como había hecho en más de una ocasión en el pasado, como cuando siendo una adolescente le prohibió salir con Raymond Young. Como ella se negó, no dudó en ir a hablar con el joven, que nunca más se acercó a su persona. Siempre se había comportado como un hermano mayor que se creía con el derecho para decidir sobre su vida.

Pero finalmente, y como estaba acostumbrada a hacer, sacó fuerzas de flaqueza y se puso el disfraz de prepotencia que solía utilizar con los hombres para alejarlos de ella. Sabía que si quería podía llegar a ser odiosa, y se lo confirmó la expresión granítica que le había dedicado Graig cuando se había girado para instarle a seguirla.

Mientras caminaba hacia la puerta pudo sentir su intensa mirada clavada en su espalda, pero cuando salió al exterior se sintió desorientada y no le quedó más remedio que esperar a que él llegara a su altura.

—¿Dónde está el coche? —preguntó mientras se colocaba unas enormes gafas de sol que cubrían parte de su rostro.

—En el parking C, *señorita Washington* —replicó Graig con voz cáustica.

—¿Qué? —boqueó Blake, sorprendida por el apelativo que él había utilizado.

—Es por ahí —dijo Graig señalando el cartel que había a su derecha—, vamos, tengo cosas mejores que hacer, no soy taxista, ¿sabes? —concluyó mientras comenzaba a caminar por la acera con paso firme; ahora era ella quien le seguía a él.

Blake prácticamente tuvo que correr tras él, ya que su zancada era más corta. En un par de ocasiones estuvo a punto de acabar estampada sobre la acera gracias a los altos tacones que ahora se arrepentía de haber elegido. Normalmente se vestía de forma informal, solo se arreglaba para los eventos a los que le obligaba a ir la editorial. «Eres una estúpida», se dijo mentalmente mientras se quitaba los zapatos y las gafas, a riesgo de que la gente que la rodeaba la tomara por una loca.

Cuando había decidido volver a su «hogar» eligió esa ropa para sentirse segura, para demostrar que no se había equivocado al irse y que era una mujer exitosa, pero ahora sabía que había sido una completa estupidez.

Graig se sintió agradecido cuando llegó a su furgoneta. Abrió la puerta trasera e introdujo la pequeña maleta de Blake en su interior antes de cerrarla. Luego se giró para comprobar que ella había llegado y se quedó sorprendido por la estampa que presentaba. Nuevamente una sensación extraña recorrió su cuerpo.

Blake se había detenido en seco para no chocarse con la amplia espalda de Graig. Y ahora estaba parada en medio del asfalto con las gafas de sol en una mano y los tacones colgando de la otra. Estaba descalza y podía notar el frescor del suelo en la planta de sus pies. Su pelo, antes perfectamente ordenado en ondas, ahora aparecía revuelto. En un acto reflejo Blake sopló para apartar un díscolo mechón que se había posado en su mejilla.

Graig fue testigo de su gesto, y si otras hubieran sido las circunstancias, no habría podido evitar carcajearse a su costa. Pero el chirrido de unas ruedas hizo que girara su rostro y descubrió un coche que se dirigía a toda velocidad hacia el lugar donde Blake permanecía quieta como una estatua. Maldiciendo y en un gesto rápido atrapó su brazo y tiró de ella, logrando que Blake acabara empotrada contra su persona.

Blake no fue consciente de nada hasta que no se encontró pegada al amplio pecho de Graig. Sus fosas nasales absorbieron su olor masculino y una sensación de vértigo la embargó cuando elevó su cabeza y se encontró con el rostro enfurecido de Graig, que la apartó de su cuerpo como si quemara.

—¿Es que no te has dado cuenta de que en un parking pasan coches? —la reprendió mientras la observaba con una mirada cargada de ira.

—¡Oh, sí, claro!, mi intención era acabar bajo las ruedas de un coche en un parking del aeropuerto —replicó Blake mientras se apartaba de él y abría la puerta del acompañante de la reluciente furgoneta de color azul oscuro de Graig. Estaba claro que a pesar de los años, los gustos de él no habían cambiado.

Graig hizo caso omiso de sus palabras y rodeó su vehículo para ocupar el asiento tras el volante, decidido a ignorar a Blake el resto del viaje. Tras cerca de media hora de viaje en un silencio que se podía cortar con un cuchillo, el sonido metálico de un teléfono inundó la cabina de la furgoneta. Graig pulsó el botón del manos libres situado en el volante para aceptar la llamada.

—Graig, soy Harriet —sonó la voz al otro la de la línea—, ¿has recogido a Blake? —preguntó preocupada.

La aludida, que no pudo evitar sentir la emoción bullir en su cuerpo al escuchar la voz de su madre no dudó en responder por él.

—Sí, mamá, estoy aquí —dijo con voz estrangulada—, estoy deseando verte —confesó sin

dudar.

Sabía que se había alejado de su madre sin motivo. Había hablado con ella en contadas ocasiones, pero ahora que el momento de abrazarla estaba próximo, sentía un nudo en su garganta.

—¡Blake! —exclamó Harriet con voz emocionada—. Yo también, estoy deseando achucharte.

—Y yo, mamá —replicó Blake mientras se secaba unas lágrimas que habían resbalado por sus mejillas—. ¿Cómo está papá? —preguntó preocupada, temiendo hacer la pregunta, angustiada por cómo se tomaría su padre su presencia.

Graig tenía su atención fija en la carretera, aunque una mirada fugaz le descubrió las lágrimas de Blake, y a su pesar, sintió lástima por ella. Molesto con dicha sensación, sacudió la cabeza.

—Quiere verte —dijo Harriet, notando la preocupación en la voz de su hija.

—Y yo a él —confesó Blake con la voz cargada de emoción.

—Graig —inquirió Harriet, notando que su hija no podía hablar—, ¿podrías venir aquí antes?

Graig frunció el ceño. Ir al hospital no entraba en sus planes, tenía un centenar de cosas que hacer en el rancho. Hubiera querido negarse, pero si aceptaba el trayecto que compartía con Blake se acortaría, cosa que agradecería.

—Está bien, Harriet, nos vemos en veinte minutos —dijo antes de que la llamada se cortara, sumiendo el vehículo nuevamente en silencio.

Blake se colocó las gafas de sol que hasta entonces habían reposado sobre su regazo, y giró su rostro para clavar la mirada en la ventanilla. No quería mostrar su debilidad ante el hombre situado a su lado.

Graig se sintió aliviado cuando Blake abandonó el coche. Su olor floral aún persistía en el interior de la cabina y, dispuesto a deshacerse de él, abrió las ventanillas. Tras unos segundos accionó la llave para arrancar el motor y giró el volante para salir del parking con la intención de alejarse de la única mujer en el mundo capaz de sacarle de sus casillas con su sola presencia.

Tiempo después entró en el rancho y por primera vez en el día se sintió relajado. Solo deseaba seguir con su rutina. Antes de ir a revisar que todo iba bien en el rancho decidió entrar en la casa y se dirigió a la cocina, que parecía abandonada sin la presencia de su madre, que debía haber ido a hacer la compra.

Se acercó a la nevera y la abrió para coger una cerveza. Con un movimiento diestro la abrió y le dio un largo trago, agradeciendo su frescor. El sonido de la puerta trasera le alertó y al girar su rostro descubrió que se trataba de Meadows, que sin pronunciar palabra cogió otro botellín.

—¿Qué haces? —preguntó Graig confuso—. ¿No deberías estar arreando el rebaño a los pastos del sur?

—Sí, debería, pero tu «amiguito» me ha tomado la delantera.

—¿Ya ha llegado Derek? —preguntó Graig.

—Sí, he tenido el honor de recibirle —dijo la joven molesta antes de dar un largo trago a la botella que sostenía en su mano derecha.

—Meadows, eso no hubiera sucedido si te hubieras encargado tú de ir al aeropuerto para recoger a tu hermana —le indicó Graig molesto.

—Solo elegí el mal menor —dijo Meadows, ganándose una mirada reprobatoria por parte de Graig—. No quiero ver a Blake —confesó sin remordimiento.

Graig clavó su mirada en el ceño fruncido de Meadows. Conocía a la joven desde que apenas levantaba un palmo del suelo y por la expresión de su rostro sabía que estaba enfadada. Meadows, de las tres hermanas, era la que más amaba el rancho y su vida allí.

Se manejaba como pez en agua con cualquier tarea y un centenar de veces había solventado situaciones complicadas con el ganado. Se había convertido en una mujer extraordinaria, pero su mal carácter era conocido por todos, el cual se había agriado tras la marcha de Blake. Suponía que se debía a estar rodeada de un ambiente varonil, donde había tomado el rol de «orden y mando» para que todos la respetaran. No era de extrañar, dadas las circunstancias, que todo su empeño y esfuerzo fueran consecuencia de saber que sería la que relevaría a Angus al frente del rancho.

Él sentía el mismo rechazo hacia Blake, hubiera deseado que nunca regresara, pero había que aceptar la nueva situación y asumirla de la mejor manera. Comprendía que el problema que había separado a la familia Walker estaba a punto de solucionarse, y aunque las palabras que relataría a continuación no gustarían a Meadows, tenían que pensar en Angus y Harriet, unos padres destrozados por la situación.

—No puedes evitarla eternamente. Te guste o no es tu hermana, y en algún momento tendrás que enfrentarte a ella.

Meadows explotó con el peor de su genio, aunque no impresionó a Graig, que la conocía como si fuera él mismo.

—¿Ahora te pones de su parte? —preguntó con voz agria mientras dejaba la botella a medias sobre la encimera, provocando un sonido sordo—. ¿Por qué la defiendes? Creía que no la soportabas.

Graig apretó la mandíbula y sus dedos aferraron fuertemente la botella. Con esfuerzo contó hasta diez para no explotar. Con cualquier otra persona lo habría hecho, pero se contuvo porque era Meadows.

—No estamos hablando de nosotros, si no de tus padres. ¿Quieres que sigan sufriendo?

Meadows no respondió, simplemente se cruzó de brazos y giró su rostro hacia la ventana, dispuesta a ignorar a Graig, que no se vio afectado por ello.

Tenía problemas más graves que la posibilidad de que Meadows, a la que consideraba como a una hermana, estuviera enfadada con él. No era la primera vez, y a pesar de su fachada, sabía que en un día o dos se le pasaría.

—Cuando lo hayas pensado hablamos, ahora quiero revisar las cuentas, que últimamente las tengo olvidadas —dijo Graig antes de tirar la botella de cristal a la papelera de reciclaje y salir de la cocina, dejando a Meadows sola y enfurruñada.

CAPÍTULO 7

Blake llegó a la cuarta planta, donde le habían indicado que estaba su padre, y se quedó quieta en medio del pasillo, aferrada a su bolso. Durante horas se había preparado para aquel momento, pero ahora que estaba allí no encontraba las fuerzas para dar unos pasos y traspasar la puerta. Sabía que comportarse como una cobarde no ayudaría, pero no podía evitar que el miedo atenazara su cuerpo.

—¡Blake! —sonó una voz a su espalda que la sobresaltó, y al girarse descubrió que se trataba de su madre, que la miraba con el rostro iluminado por la ilusión.

—¡Mamá! —exclamó mientras se abalanzaba sobre ella, que la esperaba con los brazos abiertos—. ¡Te he extrañado tanto! —confesó mientras aspiraba su dulce olor, aquel que tanto había añorado y que le recordó a cuando era una niña y buscaba consuelo entre sus faldas.

—Y yo a ti, mi pequeña —confesó Harriet mientras aferraba el cuerpo de Blake entre sus brazos y clavaba su nariz en su pelo, disfrutando de su olor.

—Lo siento tanto, mamá, he sido una estúpida —dijo Blake mientras se apartaba para mirar a su madre, que parecía al borde de las lágrimas.

—Shh, cielo —la silenció Harriet colocando un dedo sobre sus labios. Intentó tragar el nudo que agarrotaba su garganta y cuando lo logró al fin pudo hablar—. Eso ahora ya no importa. El pasado, pasado está, lo importante es el presente. Tenemos tiempo para recuperar lo perdido.

—Pero...

—No me importan los peros ni los porqués, solo que estás aquí, ahora. Tu padre está deseando verte —dijo mientras señalaba con un gesto de cabeza la puerta entreabierta situada a pocos pasos—. ¿Vamos? —la instó mientras colocaba la palma de su mano en la parte baja de su espalda y la conducía al interior.

Blake no era consciente de que sus pies se movían hasta que se encontró en el interior de la habitación. Su mirada se topó con la cama situada junto al amplio ventanal y allí descubrió a su padre, que en aquel momento parecía dormir.

Con paso lento se aproximó hasta allí y su mirada se clavó en su rostro. No había cambiado demasiado en el tiempo que había transcurrido desde la última vez que le había visto, unos años antes. Su tez seguía siendo tan morena como recordaba, su cabello oscuro estaba salpicado de canas y habían aparecido algunas arrugas más. «Cuánto te he extrañado», pensó mientras tomaba su gran mano entre sus dedos, acariciando con las yemas los callos de su palma. Su corazón se detuvo cuando los ojos de su padre se abrieron y una intensa mirada marrón se clavó en su rostro.

—Blake —pronunció Angus a media voz. No se creía que su hija mayor estuviera allí, cogiendo su mano.

—Papá, siento mucho todo lo que pasó, espero que me perdones por no haber venido antes...

—Cielo —dijo Angus apretando la mano de su hija—, lo único que importa es que ya estás aquí.

—Pero...

—No, déjame hablar a mí —exigió Angus—. Lo que pasó no fue solo culpa tuya, más bien mía. Yo pensaba que querías ser veterinaria, y no voy a negar que la idea me hiciera muy feliz porque pensaba que así te quedarías en casa, en el rancho. Pero parece que me equivoqué, y no

respeté tu decisión. ¿Qué derecho tenía yo a decidir por ti, a enfadarme? Estoy orgulloso porque seguiste tu sueño, a pesar de todos nosotros, y lo lograste. Solo me arrepiento de no haber cogido un avión para hablar contigo.

Blake se quedó con la boca abierta tras la declaración de su padre, del todo inesperada. Todo ese tiempo había sufrido, se había escudado en la barrera que ambos habían erigido, acobardada ante la idea de enfrentarse a la expresión de decepción que mostró el rostro de su padre cuando le dijo que había dejado la carrera. Ahora el peso que siempre había cargado sobre sus hombros desaparecía, haciéndola sentir ligera como una pluma.

—Te quiero, papá —fue lo único que fue capaz de pronunciar Blake antes de abrazar y besar a su padre.

—Y yo a ti, mi pequeña —replicó Angus con voz cargada de emoción mientras acariciaba el cabello oscuro de Blake. De sus tres hijas, la mayor era la que más se parecía a él.

Harriet, situada en un rincón, era testigo de la emotiva escena. Por primera vez en mucho tiempo se sentía feliz y tuvo que secarse las lágrimas que anegaban sus ojos con los dedos. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento, y por fin las barreras que los habían separado durante tanto tiempo habían desaparecido.

Nicola agradeció el chorro de agua caliente que recorría su cuerpo. Cerró los ojos por unos instantes e intentó relajarse, a pesar de que el peso de la culpa atenazaba su pecho. Se encontraba en un hotel en la zona sur de Oklahoma, cuando debería estar en el aeropuerto recogiendo a su hermana, y toda la culpa era de Marcus.

Cuando él la había llamado intentó evitar su invitación, y a pesar de saber que lo que hacía estaba mal, finalmente cedió a los deseos del hombre que la tenía atrapada en una maraña de deseo y sentimientos encontrados.

Con cansancio giró la llave del grifo y el agua dejó de correr. Cogió una de las relucientes toallas blancas y se secó el cuerpo antes de salir del cuarto de baño y entrar en la habitación para vestirse y dirigirse al hospital, con la esperanza de que Blake hubiera decidido ir allí antes de volver al rancho.

Marcus observaba atentamente cómo la mujer que tenía ante sí comenzaba a vestirse. A pesar de los meses que llevaba disfrutando de su cuerpo, no lograba cansarse de Nicola, que se había vuelto en una obsesión para él. Podía tener a cualquiera, pero desgraciadamente se había encaprichado de aquella profesora de escuela elemental y a pesar de que ella había intentado alejarse de él, y se había sentido ofendido por ello, no podía dejarla escapar.

Cuando Nicola se giró y le mostró sus pechos mientras se colocaba el sujetador su masculinidad volvió a despertarse, sorprendiéndole gratamente. Cogió una esquina de la sábana que cubría su cuerpo y dejó al descubierto su erección antes de hablar.

—¿Seguro que no puedes quedarte un poco más? —preguntó con voz cargada de deseo.

Nicola, que en aquel momento se ajustaba los tirantes del sujetador, giró su rostro y clavó su mirada en Marcus, que reposaba sobre la cama completamente desnudo. No podía negar que el cuerpo masculino le resultó de lo más sugerente, pero tenía que marcharse.

—No puedo —declaró mientras se agachaba para rescatar su camisa del suelo antes de ponérsela y comenzar a abotonarla.

—Por favor —susurró él, imitando una voz aniñada que nada tenía que ver con su voz

varonil y vibrante. Luego se levantó y se acercó hasta ella para tomarla entre sus brazos, apretándola contra su cuerpo desnudo.

—Oh, por favor —le rogó Nicola—, no lo hagas más difícil —añadió mientras colocaba sus manos sobre su pecho para apartarle, aunque Marcus no cedió ni un ápice—. Además, si no recuerdo mal, esta tarde tenías una reunión muy importante con un socio nuevo —le recordó, y como esperaba él se apartó.

—Nicola, esta vez te dejo escapar, pero la próxima vez no saldrás de mi cama en veinticuatro horas. ¿Lo has entendido?

Nicola apretó la mandíbula al escuchar sus palabras, que sonaron a amenaza o imposición. Nuevamente la sensación de sentirse acorralada la asoló y deseó alejarse para siempre de aquel hombre peligroso.

—Tengo que irme —expresó mientras se subía la falda y cerraba la cremallera. Luego cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

—Te llamaré esta noche. Coge el teléfono —le aconsejó con un tono de voz que no admitía replica.

—Claro —replicó Nicola antes de cerrar la puerta a su espalda.

Al salir descubrió que en el pasillo había apostados dos hombres vestidos de negro, que vigilaban la puerta por la que ella acaba de salir, a pesar de que cuando se había encontrado con Marcus en recepción no había rastro de ellos.

Al principio de su relación le chocó que Marcus tuviera servicio de guardaespaldas privados. Sabía que sus negocios tenían que ver con la noche, y que podía ser peligroso para un hombre que se movía en el nivel que lo hacía él.

Alguna vez había intentado descubrir en qué consistían aquellos negocios, pero él siempre le había respondido con evasivas, y dejó de hacerlo en una ocasión en la que él se enfadó tanto que estalló una copa de champán que compartían contra la pared del hotel de turno donde pasaban la noche. Desde ese momento comenzó a cogerle miedo, y desde entonces había intentado alejarse de él sin demasiado éxito en su empeño.

Se sintió aliviada cuando salió del hotel, y con paso acelerado se acercó a su coche, aparcado a una manzana del lugar. La calle estaba concurrida a pesar de la hora tardía, pero cuando cruzó la calle para acercarse al vehículo, una sensación extraña la asoló y giró su rostro con rapidez. Tenía la extraña sensación de sentirse observada, pero no encontró a nadie caminando por la calle, solo coches aparcados.

«Me estoy volviendo una paranoica», se amonestó mentalmente mientras introducía la llave en la cerradura y la giraba para abrir la puerta de su coche y entrar. Solo cuando estuvo en el interior se sintió a salvo, aunque su corazón seguía latiendo alocadamente. Con manos temblorosas encendió el motor y giró el volante para incorporarse al tráfico y dirigirse al hospital universitario, situado a las afueras de la ciudad.

Blake estaba sacando un café capuchino de la máquina expendedora situada en el pasillo cuando descubrió a Nicola, que acaba de salir del ascensor en ese momento. Se dirigía a ella con paso cansado, y un extraño presentimiento se apoderó de su pecho. Se lo confirmó el rostro ceniciento de su hermana.

—Nicola, ¿estás bien? —preguntó preocupada mientras la estrechaba fuertemente entre sus

brazos, notando su extrema delgadez.

—Perfectamente —mintió Nicola. Hacía meses que no veía a su hermana y no quería empañar el momento—. Blake, me alegro tanto de verte... —dijo aferrándose a ella durante largos segundos—. Lamento no haber ido a recogerte —dijo con remordimientos mientras se apartaba y la observaba fijamente.

A la aludida le hubiera gustado decirle que no estaba demasiado contenta con el encuentro que había tenido con Graig, pero viendo que su hermana no se encontraba en su mejor momento se abstuvo de pronunciar una sola palabra al respecto. Por el contrario, mintió descaradamente.

—No te preocupes, cielo, Graig ha sido muy amable.

—¿De verdad? —replicó Nicola elevando su ceja derecha, confusa por las palabras de Blake, olvidando momentáneamente lo sucedido poco antes.

—Claro, ¿por qué pones esa cara? —indagó Blake antes de dar un sorbo a su capuchino.

—Porque desde que tengo uso de razón Graig y tú no habéis hecho otra cosa que discutir.

—Por favor, Nicola, ya somos adultos.

Nicola tuvo que contener las ganas de reír que despertaron en ella ante la afirmación de Blake, que había sonado a pura mentira. Desde su marcha, y tras ser testigo del mal genio de Graig durante meses, llegó a la conclusión de que el verdadero motivo de los constantes enfrentamientos de aquellos dos se debía a la atracción que sentían. Antes era demasiado joven para interpretar las señales, pero ahora lo tenía más que claro.

—Tienes razón —replicó, no quería meterse en medio de aquellos dos, no fuera a salir chamuscada—. ¿Y cómo vas con tu escritura? —preguntó para cambiar de tema y aligerar el ambiente.

—Pues muy contenta, la verdad. Antes de venir entregué los últimos capítulos de la novela que publicaré en pocos meses. Y, gracias a Dios, Eric me ha dado unas semanas libres para que me despeje y disfrute de la familia.

—Me alegro, estoy deseando saber cómo acaba la biología. Me has tenido en ascuas cerca de un año.

—Sí, no voy a negar que he estado algo bloqueada —confesó Blake—, pero ya he salido del bache y tengo las pilas cargadas, más después de ver que papá se encuentra fuera de peligro.

Ambas permanecieron unos minutos en silencio, mientras avanzaban por el amplio pasillo para llegar a la habitación de su padre. Nicola tenía la imperiosa necesidad de preguntar si ya había entrado, y a su vez temía hacerlo. Y como si su hermana hubiera leído sus pensamientos, despejó sus dudas.

—Ya he hecho las paces con él —confesó Blake, con una sonrisa amplia adornando sus labios—. Soy una estúpida —expresó antes de girar su rostro y clavar su mirada en su hermana—, debí hacerlo mucho antes. Eres la más sensata de las tres, debí hacerte caso —admitió.

Nicola no respondió, sorprendida por las palabras de Blake, y de nuevo esa sensación de culpa se apoderó de su cuerpo. «Si fuera tan sensata, no estaría liada con un hombre como Marcus», se reprochó mentalmente.

—Aunque no he acabado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Nicola confusa.

—Aún tengo que enfrentarme a Meadows, y ya sabes qué carácter tiene.

—Le dijo la sartén al cazo —apuntó Nicola con cierto humor.

Blake frunció el ceño antes de hablar.

—¿Por qué todo el mundo usa el mismo símil? —dijo molesta.

—Porque tú y Meadows os parecéis demasiado —contestó Nicola, sin importarle que Blake pareciera molesta.

—¿Entramos? —preguntó esta, deseando aparcarse el asunto. Cuando llegara al rancho ya afrontaría aquel problema, mientras tanto quería disfrutar de sus padres y de Nicola.

—Por supuesto —respondió su hermana mientras abría la puerta para internarse en la habitación.

CAPÍTULO 8

Había anochecido cuando Blake llegó al rancho. Había pasado el día junto a sus padres y, cansada tras un día agotador y lleno de emociones, decidió alquilar un coche para moverse el tiempo que estuviera en Fast River.

Aparcó junto a la casa y apagó el motor, luego cogió los zapatos que había dejado en el asiento del acompañante y se los puso antes de bajar. Con cuidado, ya que los tacones se clavaban en la tierra, llegó al sendero empedrado y subió los dos escalones del porche. Como suponía, la puerta estaba abierta.

Entró y el olor característico del hogar pobló sus fosas nasales y una sensación indescriptible la embargó. No se había dado cuenta de la nostalgia que siempre había arrastrado hasta aquel preciso instante. Todo estaba en penumbra, y dada la hora supuso que todo el mundo estaría durmiendo. Solo con pensar en una cama su cuerpo pareció proclamar descanso, y sin dudar subió la escalera que daba a los dormitorios. Sin necesidad de encender la luz se dirigió a su antigua habitación. A pesar de la oscuridad se movió sin ningún problema, mil veces había recorrido ese pasillo y conocía cada recoveco del mismo.

Al entrar y accionar el interruptor de la lámpara se sintió como teletransportada al pasado. Todo seguía en su mismo lugar, como ella lo había dejado antes de ir a la universidad, menos su maleta, que se encontraba en una esquina. Resuelta, e intentando sacudirse la melancolía, la cogió y la plantó sobre el edredón rosado abriéndola a continuación. Colocó la ropa en el armario y luego tomó su neceser, dispuesta a darse una larga y merecida ducha.

Blake bajó la cremallera de su vestido y lo dejó caer y luego se deshizo de los altos tacones. En ropa interior y con el neceser en su mano, se dirigió al baño que compartía con Nicola desde su niñez. Giró el pomo y entró para descubrir que el cuarto estaba lleno de vaho. El sonido del agua corriendo le indicó que alguien se estaba duchando en ese momento, e imaginó que se trataba de Meadows. Dejó la bolsa de aseo sobre la encimera de mármol del lavabo y sacó su cepillo. Solo entonces habló.

—Meadows, ya sé que me odias, pero dame una tregua, no tengo ganas de discutir. Necesito desesperadamente una ducha —dijo mientras depositaba el cepillo sobre la encimera tras domar su cabello. Luego se llevó las manos a la espalda con la intención de quitarse el sujetador.

Frunció el ceño al no obtener respuesta por parte de su hermana, estaba a punto de reprenderla cuando escuchó que la cortina se corría en el mismo momento en el que ella se giraba y dejaba caer el sostén color turquesa en un taburete cercano. En un gesto de autoprotección se llevó los brazos al pecho para cubrir su desnudez mientras su corazón latía aceleradamente.

—Graig, ¿qué haces tú aquí? —boqueó, incrédula ante la situación.

El aludido, que en aquel momento cubría la parte inferior de su cuerpo con la cortina era incapaz de apartar la mirada del cuerpo femenino. Sin percatarse, la había hecho un repaso de arriba abajo. Desde las uñas de sus pies, pintadas de color morado, siguiendo por sus delicados tobillos, ascendiendo por sus piernas hasta llegar a sus exiguas braguitas de color turquesa. Su abdomen era plano y por debajo de los antebrazos, que intentaban ocultarlos a la vista, descubrió la curvatura de sus pechos. La forma en la que ella pretendía cubrirse le resultó de lo más excitante. Daba gracias a la cortina de baño, decorada con peces de colores, porque le sirvió de escudo para su incipiente erección.

—¡Graig! —le sobresaltó la voz estridente de Blake, que le hizo volver intempestivamente a la realidad.

Sacudió la cabeza, de izquierda a derecha, logrando que la humedad de su cabello saliera despedida en gotas que cayeron sobre su piel, y al fin logró que la voz surgiera de su garganta.

—Este suele ser mi baño —replicó mientras atrapaba una toalla blanca que colgaba de un toallero cercano.

—Déjalo, da igual, ya me lo explicas en otro momento —dijo Blake dirigiéndose a su dormitorio. Hablar con Graig ya suponía un gran esfuerzo, más si se encontraba prácticamente desnuda frente a él.

Graig solo reaccionó cuando escuchó el sonido de la puerta al cerrarse. Entonces salió de la bañera y se situó frente al lavabo. Colocó las manos sobre la encimera del mismo y clavó su mirada en su rostro a través del espejo.

—¡Joder! —pronunció entre dientes.

Durante toda la tarde, después de dejar a Blake en el hospital, había intentado apartarla de su pensamiento sin demasiado éxito. Su humor no había mejorado a lo largo del día, podían atestiguarlo los empleados que se habían cruzado en su camino. Desde el momento en que estuvo al tanto de que ella iría al rancho supo que la cosa sería complicada, pero nunca pensó que la visión de Blake en ropa interior pudiera dejarlo noqueado y excitado como pocas veces le había sucedido en su vida. Su cuerpo traidor había reaccionado y se maldijo por ello.

«¿Qué demonios acaba de ocurrir?», preguntó mentalmente a su reflejo sin hallar respuesta. «Solo serán unos días, tú puedes con ello», se dijo, dispuesto a superar la nueva prueba que le había dispuesto el destino.

Con la determinación de olvidar lo sucedido salió del cuarto de baño y apagó la luz antes de cerrar la puerta. Con cansancio acumulado se acercó a su cama y se dejó caer sobre el colchón, rezando para que su cabeza dejara de pensar y así conciliar el sueño, que en los últimos días le había abandonado obligándole a contar las horas que marcaba el reloj situado sobre la mesilla.

Blake cerró la puerta a su espalda y se apoyó en ella, intentando apaciguar su agitada respiración. Permaneció allí de pie varios segundos, y cuando estaba a punto de apartarse para dirigirse a la cama escuchó el sonido de una puerta cerrándose en el cuarto de baño. Dudó unos instantes, pero finalmente giró el pomo para descubrir la oscuridad reinante. Entró con celeridad, accionó el interruptor y se metió en la ducha, que duró menos de cinco minutos, la más corta de toda su vida.

Mientras el chorro de agua caía sobre su cabeza no dejaba de pensar que instantes antes Graig había estado en ese mismo lugar, que había frotado con sus manos su pecho, haciendo espuma, y luego su mano descendía a través de su tonificado abdomen... «¡Para ya!», se reprendió mentalmente, sorprendida por las imágenes que se habían representado en su cabeza.

No podía negar que la estampa de Graig medio desnudo le había dejado sin aliento y con el corazón acelerado, y que el deseo había descendido desde su estómago hasta su feminidad, pero aquello era una locura. «Debe de ser el cansancio después de un día demasiado largo», se dijo para intentar convencerse de que la atracción que había sentido por Graig había sido algo esporádico, casual, que al día siguiente ni recordaría.

Frustrada se aclaró el pelo, lo enrolló en una toalla y abrazó su cuerpo con otra antes de salir airadamente de la bañera y entrar en su dormitorio. Allí cogió nuevamente el cepillo y

desenredó su cabello antes de secarse y ponerse la ropa interior y un camisón de tirantes blanco de algodón.

Más tranquila se acercó a una de las estanterías, de donde cogió un pequeño álbum antes de tirarse sobre la cama y abrirlo. Sonrió mientras pasaba las hojas e identificaba momentos únicos de su vida gracias a las fotografías. Sobre todo las compartidas con sus hermanas. Minutos después notó que los párpados le pesaban y dejó el álbum a un lado antes de buscar una postura más cómoda y dejarse llevar por el sueño.

Meadows entró en el comedor, pero cuando descubrió a Blake sentada frente a la mesa, hizo amago de marcharse. Prefería ayunar que compartir mesa con su hermana mayor. Llevaban años sin hablarse, solo monosílabos cuando se habían encontrado en ocasiones esporádicas y porque la madre de ambas se había empeñado. Pero si podía posponer el encuentro lo haría a como diera lugar. Estaba a punto de escapar por el pasillo, cuando una voz evitó su huida.

—Espera, Meadows. —Era Blake—. ¿Por qué no hablamos? —le sugirió, logrando que Meadows, que le daba la espalda, se quedara estática en el sitio.

—¿Sobre qué? —indagó sin girarse.

—Lo sabes perfectamente —replicó Blake abandonando su asiento y aproximándose a su hermana.

—No, no lo sé —replicó ella girándose para quedar frente a su hermana mayor. No quería que pensara que era una cobarde, aunque volver a verla removió algo en su interior que intentó ignorar.

—¡Oh, vamos, por favor! —rogó Blake. Aunque en un principio no tenía demasiadas ganas de enfrentarse a Meadows, ahora se había convertido en una imperiosa necesidad—. Dame una oportunidad de explicarme, nunca lo has hecho.

Meadows se sentía tensa, no quería escuchar lo que Blake tuviera que decir. Habían pasado demasiado tiempo separadas y no sabía si estaba preparada para esa conversación.

—Meadows —la llamó Blake, se podía notar en su voz la esperanza y la necesidad—. Por favor, hazlo por papá...

La sola mención de su progenitor logró que Meadows explotara con el peor de su genio. Durante años había sentido rencor hacia Blake por el daño que había causado a su padre, el hombre al que más admiraba en su vida. Si su hermana creía que con palabras solucionaría todo el dolor infligido, estaba muy equivocada.

—¡No te atrevas a nombrarle! ¡Nunca le has querido! —gritó con toda su ira, dejando con la boca abierta a Blake, que no esperaba aquella reacción por parte de Meadows. Entendía que estuviera enfadada, conocía su mal carácter, pero nunca hubiera esperado que tratara de herirla.

—Meadows, ya es suficiente —sonó una voz masculina a su espalda.

Ambas se giraron para descubrir que se trataba de Derek, que había entrado en ese momento en la casa, presenciando el intercambio verbal de las hermanas.

La aludida apretó la mandíbula y clavó su mirada en el rostro masculino.

—¿Y tú quién te crees que eres para meterte donde no te llaman? —inquirió Meadows antes de dar un empujón a Derek y salir corriendo.

Blake sintió que un nudo se formaba en su garganta, pero lo tragó, dispuesta a no llorar, a no mostrar su debilidad ante nadie.

—Blake, no se lo tengas en cuenta, realmente no siente lo que ha dicho —intentó tranquilizarla Derek, sintiendo lástima por Blake al descubrir la humedad en sus ojos azules.

—Me alegro de verte, Derek —dijo la aludida con voz apagada.

—Y yo, pequeña —dijo Derek dándole el abrazo que parecía necesitar. Cuando se apartó de ella clavó su mirada en su rostro—. ¿Necesitas algo? —se ofreció solícito.

—Solo estar sola —dijo Blake, deseando subir a su dormitorio—. Si me disculpas —añadió antes de salir corriendo hacia las escaleras.

—Maldita sea, Meadows —pronunció Derek frustrado, deseando ir tras ella al exterior para darle unos buenos azotes en el trasero por haber tratado así a su hermana.

CAPÍTULO 9

Blake cogió el coche y se dirigió a Fast River con determinación, deseando olvidar la discusión que había mantenido con Meadows a primera hora de la mañana. Necesitaba hacer algo para ocupar su tiempo o se volvería loca.

Quizás reencontrarse con el pueblo que la vio crecer la ayudaría, además de que quería solucionar un problema que para ella era de suma urgencia. Tras lo sucedido el día anterior con Graig en el cuarto de baño había tomado una decisión y no pensaba pasar una noche más durmiendo inquieta por el temor de que él pudiera entrar en su habitación. Sabía que era absurdo, ya que era bastante evidente que Graig no quería verla ni en pintura, y el sentimiento era mutuo.

Sintió algo extraño en el pecho al comprobar que nada había cambiado. Al pasar por la calle comercial comprobó que los negocios que conocía de toda la vida continuaban inalterables en el tiempo, con los mismos letreros, los mismos escaparates. Accionó la intermitencia y aparcó frente a la ferretería de Troy Lee.

Bajó del coche y, tras cerrarlo, caminó con tranquilidad hasta la fachada. Se paró frente a la puerta y se tomó unos segundos antes de traspasarla. Sí, definitivamente todo seguía igual, nada había cambiado. Los mismos estantes de madera que casi llegaban al techo, el viejo mostrador de roble, la caja registradora de hierro forjado... Incluso Troy, sentado en una banqueta alta frente al mostrador, con su pelo blanco, las pequeñas gafas de cristales redondas con montura de metal. Su mirada estaba fija en el periódico gris frente a sí. Hasta su polo color gris era el mismo que llevaba la última vez que había estado allí.

—Buenos días, señor Lee —saludó alegremente.

El anciano elevó su mirada y la clavó en ella. Su ceño se frunció de forma que sus espesas cejas blancas se unieron en su entrecejo, hasta que sus ojos se iluminaron al reconocer a Blake.

—¡Vaya, qué sorpresa! —exclamó efusivo—. Si es la mayor de las chicas Walker. Hace una eternidad que no te veía por aquí.

—Así es, señor Lee.

—¿Y qué te trae aquí, por mi polvorienta tienda? ¿Algún encargo para tu padre?

Sin percatarse, una sonrisa dulce se dibujó en sus labios antes de responder a la pregunta. Recordó entonces con nostalgia las ocasiones en las que, en el pasado, había ido al pueblo en bicicleta para cumplir con algún encargo de su padre en la ferretería, principalmente los clavos que el señor Lee vendía al peso.

—No, nada de eso, señor Lee. Vengo a comprar un par de cerrojos para el baño.

—¿Cerrojos? —exclamó el hombre sorprendido mientras se rascaba la cabeza con sus dedos finos—, creo que los tengo por aquí atrás —dijo mientras se alejaba hacia la trastienda.

Blake se preparó para esperar pacientemente. El señor Lee siempre tardaba en encontrar cualquier cosa en aquel almacén, que estaba segura que sería como buscar una aguja en un pajar. Su mirada recorrió el lugar, deteniéndose en algunos objetos que le parecieron de otro tiempo y su cabeza empezó a trabajar, imaginando una historia donde un psicópata utilizaba alguno de ellos para torturar a un pobre desafortunado.

De pronto, la campanilla que colgaba de la puerta y que servía para alertar de la llegada de los clientes sonó, y al girarse descubrió a Leah, una antigua compañera de instituto y una de sus mejores amigas en la adolescencia. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar tantos

momentos vividos. Estaba más delgada de lo que recordaba, pero su rostro seguía siendo el mismo, al igual que su largo cabello oscuro, suelto y brillante a su espalda. Sus grandes ojos verdes se clavaron en su persona y se achicaron durante un instante antes de aproximarse a ella aceleradamente.

—¿Blake Walker? —preguntó con entusiasmo.

—Sí, la misma —respondió Blake con una sonrisa.

El rostro de Leah se iluminó y no dudó en estampar dos sonoros besos en las mejillas de Blake, que retribuyó el gesto.

—¡Que alegría! Creí que no volvería a verte.

Blake se sintió mal en aquel momento. Al principio de su marcha mantuvo el contacto con algunos amigos, pero con el paso del tiempo y la rutina del día a día, las llamadas compartidas se fueron espaciando hasta que no quedó nada. Ahora se había dado cuenta de que no solo había desterrado a su familia de su vida, sino todo lo que había sido su mundo hasta entonces. Había sido una egoísta.

—Leah, estás genial —exclamó, deseosa de retomar aquella amistad.

—Oh, por favor, Blake, no digas tonterías, tu sí que estás bien. No has cambiado nada en este tiempo. Estás preciosa, como siempre.

—¿Y qué ha sido de ti todo este tiempo? —preguntó curiosa.

—Pues lo esperado: he relevado a mi madre en la peluquería, ahora soy empresaria —dijo con humor—. Y tengo una gran sorpresa, ¿recuerdas a Cameron Hunt?

—Por supuesto —replicó Blake, era imposible no recordar al chico más codiciado del instituto, uno de los jugadores estrella del equipo de rugby.

—¡Pues nos casamos en unas semanas! —exclamó Leah triunfal.

—¡Enhorabuena!, me alegro mucho —dijo Blake antes de abrazar a su amiga fuertemente. Recordaba que Leah había estado enamorada de Cameron desde el jardín de infancia.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo? —preguntó Leah.

Blake pudo ver la esperanza en su mirada. Algo se movió en un interior, como un engranaje que daba un giro de tuerca. Le hubiera gustado decirle que sí, pero aún no tenía claro lo que iba a hacer cuando le dieran el alta a su padre.

—Aún no lo sé, pero me encantaría que quedáramos para tomar un café cualquier día de estos y así ponernos al día de todo —dijo, deseando quedar con Leah.

La aludida dibujó en sus labios una sonrisa esperanzada.

—Claro, cualquier día de estos. Y por cierto, me alegro que tu padre esté mejor. Menudo susto os debió dar... —su parlamento fue interrumpido por la llegada del señor Lee.

—¡Ya tengo aquí esos pestillos! —exclamó el anciano, que salía en aquel momento de la trastienda.

—Me alegro, señor Lee —respondió Blake agradecida.

Minutos después salió de la ferretería. En un principio su idea solo era ir a comprar lo necesario para salvaguardar su intimidad respecto a Graig, pero una vez allí decidió dar un paseo por la calle principal de Fast River. Estaba a punto de entrar en la cafetería de Debbie para tomarse un café cuando el sonido de su móvil la alertó. Rebuscó en su bolso hasta dar con él y cuando miró la pantalla descubrió que se trataba de Eric, su representante.

—Dime, Eric —respondió alegremente mientras se sentaba en uno de los bancos situados a los costados de la amplia acera.

—Por Dios santo, Blake. ¿Dónde te metes? —dijo su interlocutor evidentemente molesto.

—Eric, tranquilo, ya sabes que en el rancho a veces no hay cobertura —se defendió Blake sin comprender a qué se debía el mal genio de su editor.

—Lo primero es lo primero —dijo Eric más tranquilo—, ¿cómo está tu padre?

—Se encuentra mejor, yo creo que en unos días le darán el alta.

—Me alegro mucho —dijo Eric de corazón—. ¿Y qué tal va lo de tu hermana?

—Poco a poco. Ya sabes que los Walker somos demasiado cabezotas —respondió con una sonrisa en los labios.

—Dímelo a mí —afirmó Eric antes de suspirar.

—Y además de cotillear, ¿qué querías? —inquirió Blake con sospecha.

—¿Qué concepto tienes de mí? —replicó Eric, aunque una sonrisa se dibujó en sus labios ante las palabras directas de Blake.

—Eric, por favor, no te andes por las ramas.

—Está bien, tengo un notición —dijo emocionado.

—Dispara.

—¡La editorial quiere otra novela!

Blake, al escuchar sus palabras, se llevó la mano que tenía libre a la frente y la frotó con los dedos. Desde luego que era una buena noticia, más bien era excelente, pero en su actual estado anímico no se veía capaz de escribir ni una sola página. Le había costado un triunfo acabar la anterior.

—¿Blake? ¿Sigues ahí? —preguntó Eric dudoso.

—Sí, sí, estoy aquí.

—Creí que te alegraría la noticia —dijo él detectando cierta decepción en sus palabras.

—Y me alegro, pero es que ahora no puedo irme de Fast River.

El silencio por parte de Eric se prolongó largos minutos. A pesar de no escuchar nada al otro lado de la línea Blake no colgó. Conocía bien a su amigo y sabía que seguía allí, simplemente estaba pensando en las alternativas con las que contaba. Finalmente habló.

—¿Y qué problema hay? Puedes quedarte allí unas semanas o lo que necesites para empezar la novela. Si es contemporánea no necesitaras mucha documentación, y si necesitas cualquier cosa, solo tienes que pedírmela. En ese pueblo hay internet, ¿verdad?

—Pues supongo que sí, aunque en el rancho creo que no. Puedo contratarlo. Pero esa no es la cuestión...

—No discutas conmigo. Además, así matas dos pájaros de un tiro, estás con tu familia y trabajas. Quizás el rancho te inspire, como en tu primera novela.

—Está bien —aceptó Blake finalmente, aunque no convencida del todo del plan que había tejido Eric a su alrededor.

Tras aclarar varios puntos más sobre la cuestión, Blake cortó la llamada y entró en la cafetería de Debbie Mills. Al traspasar el umbral el olor característico del local inundó sus fosas nasales. Olía a café, mezclado con los aromas dulces de la bollería casera situada en una vitrina junto a la barra. Le encantaba aquel local con sus paredes color turquesa, sus mesas de aluminio brillante y sus mullidas sillas forradas de piel de imitación del mismo color que las paredes.

—¡No lo puedo creer! —escuchó, y al girarse descubrió a la dueña del local, Debbie Mills, que en aquel momento salía por la puerta abatible de la cocina.

La mujer, vestida con el llamativo uniforme de color rosado, dejó en el mostrador la bandeja cargada con donuts y se acercó hasta ella para estrecharla en un abrazo de oso.

—¡Oh, mi niña! —exclamó con el cariño nacido del corazón—. Cuánto te hemos extrañado todos.

—Y yo a vosotros, Debbie —dijo Blake, abrumada por el cariño de la mujer.

Cada año, desde que tuvo edad para hacerlo, cuando llegaba el verano y acababa con el curso, trabajaba de camarera en la cafetería Mills para ahorrar. Debbie siempre le había tenido un especial cariño, el mismo que la propia Blake sentía por aquella mujer que era para ella como la tía que nunca tuvo.

La mujer se apartó de Blake y la estudio críticamente antes de hablar.

—Anda, siéntate —ordenó tajante—, que voy a prepararte un buen desayuno. En ese cuerpo tuyo solo hay huesos y pellejo —dijo directa.

Blake ni se molestó en rebatir sus palabras. Ganar contra Debbie Mills era una misión imposible. Cinco minutos después estaba sentada en su mesa favorita frente a un delicioso café con leche con espuma y una bandeja de bollería variada. No se sorprendió cuando Debbie se sentó frente a ella con una taza de café humeante.

—Y dime, pequeña, ¿cuándo va a salir tu próximo libro? Estoy impaciente. Todos los días entro en tu página de autora, pero nada, ni una palabra de las fechas.

Blake tosió al atragantarse con el primer sorbo que dio al café. Sus ojos se abrieron ampliamente y se clavaron en el rostro alegre de la mujer. Cuando había comenzado a escribir había decidido usar un seudónimo con la intención de ocultar su identidad por temor a fracasar estrepitosamente.

Luego, cuando la editorial Sherman la llamó, decidió seguir utilizando aquella identidad para salvaguardar su intimidad, pero principalmente para que su familia no supiera a lo que se dedicaba realmente. Y no porque se avergonzara de su profesión o de sus logros, simplemente por un pudor antiguo, nacido de la mala imagen que normalmente tenía la novela romántica, aunque era la literatura más leída y que arrasaba en ventas a pesar de ser criticada continuamente. Nunca había puesto ninguna foto y estaba segura de que salvo la editorial y Eric, nadie conocía su identidad, entonces: ¿Cómo demonios sabía Debbie que era Lancey Culpepper?

Al ver la expresión de Blake, Debbie estuvo a punto de estallar en sonoras carcajadas. Estaba claro que había sorprendido a la joven.

—Vamos, niña, que Debbie no es estúpida —dijo la mujer de pelo rubio platino recogido en un ostentoso moño alto—. Llevo devorando novela romántica desde que tengo uso de razón. Cuando leí tu primer libro, no tardé en descubrir que la nueva estrella de la romántica no era otra que mi querida Blake Walker.

—¿Cómo lo supiste? —preguntó Blake anonadada.

—¿Quién si no iba a nombrar mis famosos bollos de arándanos con menta? Nadie que no sea de Fast River los conoce. Además, ese rudo vaquero de mal genio y guapo como un chico de revista no podía ser otro que...

—¡Debbie, cállate! —le solicitó Blake con celeridad, mientras su cabeza se giraba de un lado a otro para comprobar que nadie la había escuchado.

—¿Acaso es mentira? —inquirió la mujer enarcando una de sus perfectas cejas.

Blake dudó unos instantes y suspiró pesadamente. Creía que lo que había sentido por Graig había sido su mayor secreto y que, aparte de Nicola, nadie se había percatado de su estupidez, pero parecía que estaba equivocada.

—Recuerdo cada vez que Graig traía a tus hermanas a merendar algún sábado. Cómo tu rostro se iluminaba y tus mejillas se coloreaban. Tus manos se volvían de mantequilla y prefería

dejarte que te sentaras en la mesa a tomarte un batido de fresa antes de que acabaras con mi vajilla —comento la anécdota con humor.

—¿Tan transparente era? —preguntó Blake mientras apoyaba los codos sobre la mesa y colocaba su rostro en las palmas de sus manos.

—Como el agua cristalina de un río —respondió Debbie.

—Pero es el pasado.

—Graig sigue libre, y tan malhumorado como siempre. Creo que echa en falta los líos en los que te metías y de los que él tenía que sacarte.

Blake iba a rebatir sus palabras cuando la puerta del local se abrió y entró un grupo de personas que por su aspecto parecían turistas. Debbie elevó su mirada y dio el último trago a su café antes de levantarse.

—Me temo que tengo que dejarte. Cada jueves una ruta turística para en el pueblo, y a mí se me multiplica el trabajo —dijo con humor antes de abandonar su asiento para atender a los nuevos clientes.

CAPÍTULO 10

Graig terminó de marcar al último ternero y tiró el hierro en el cubo lleno de agua, de donde comenzó a salir humo. Tras dar las últimas instrucciones a los hombres se encaminó a su furgoneta y se quitó el pañuelo rojo que cubría su boca para evitar que el olor a piel quemada se instalara en sus fosas nasales. Abrió la puerta del coche y se sentó en el asiento del conductor antes de quitarse los guantes de trabajo, que arrojó sobre el asiento del acompañante. Luego comprobó su reloj de muñeca.

Faltaba menos de una hora para comer, y aun así accionó la llave que poco antes había introducido en el contacto y arrancó el motor para dirigirse a la casa. Antes de sentarse a la mesa necesitaba imperiosamente una ducha o su madre le tiraría de las orejas como cuando era un crío, recordó con humor.

Aparcó el vehículo en la parte trasera del establo, junto a una arboleda, en busca de una sombra para luego no acabar achicharrado en la cabina. Luego se dirigió a la parte trasera de la casa y entró. Como esperaba, encontró a su madre ocupada con la comida, disponiendo la amplia mesa donde todos comían en varios turnos. Primero la familia Walker y luego los trabajadores.

—Hola mamá —saludó alegremente antes de besar sonoramente su mejilla.

Miranda, que no se había percatado de que su hijo acababa de entrar, se limpió la mejilla manchada de harina con el dorso de la mano antes de clavar su mirada en su hijo.

—Anda, Graig, vete a darte una ducha, hueles horriblemente —dijo antes de coger un plato repleto de verdura lavada y cortada que vertió en la sartén—. Así ninguna mujer se te acercará, y nunca seré abuela.

Graig no se sintió molesto por el comentario de su madre sobre el aroma que desprendía su cuerpo. Sabía que no pretendía ofenderlo porque realmente tenía que oler como un establo. Pero lo referente a las mujeres sí que le irritó.

—Pues deberías ir al parque de Fast River a disfrutar de los nietos de tus amigas, porque lo que es por mí, no quiero a ninguna mujer a menos de cien metros, a no ser que sea para pasar un buen rato.

Miranda giró su rostro sorprendida ante el comentario de su hijo. Graig siempre había aceptado con humor sus bromas respecto a las mujeres. No era estúpida, sabía que su hijo debía tener sus líos con unas y otras, pero nunca había tenido una relación duradera con ninguna de ellas.

«¿Qué demonios le pasa?», pensó confusa, pero no le dio tiempo a interrogarlo porque Graig subió por las escaleras de la cocina que daban acceso a la planta superior con paso firme y airado. «¿Qué mosca le habrá picado?», se preguntó mientras seguía con su tarea antes de que las verduras en vez de pochar, acabaran carbonizadas.

Graig entró en su dormitorio y cerró la puerta a su espalda. Su ceño estaba fruncido por el enojo y no intentó cambiar su expresión. Estaba enfadado, pero no con su madre, si no con el mundo, y era así desde que Blake había regresado. Hubiera deseado ignorar su presencia, pero parecía algo completamente inviable cuando cada vez que daba un paso alguien la nombraba.

Se quitó el sombrero y lo tiró sobre la cama. Luego comenzó a desabotonar su camisa hasta que acabó y se la quitó con movimientos bruscos. Estaba a punto de quitarse también la camiseta de tirantes, cuando unos fuertes golpes, provenientes del baño, le alertaron. Dudó durante

una fracción de segundo, pero finalmente caminó airadamente hasta el lugar y abrió la puerta con estrépito a tiempo de ver cómo Blake estaba a punto de caer de espaldas.

En un acto reflejo atrapó su cintura y la acercó a su pecho para evitar que acabara estampada contra el suelo. Sus rostros quedaron a escasos centímetros, y Graig no pudo evitar perderse en la mirada azul cielo de ella, que permanecía con los ojos abiertos ampliamente y la respiración acelerada. Su largo cabello oscuro caía a su espalda como una cascada y rozó la piel de sus brazos. La imperiosa necesidad de apartar su mirada de sus hipnóticos ojos hizo que descendiera a través de su rostro y fue aún peor, porque su mirada acabó posada en sus apetitosos labios, aquellos que había deseado besar toda una vida, convirtiéndose en una obsesión, en una debilidad.

Blake sentía su corazón cabalgar sobre su pecho. Estaba intentando clavar con un martillo una parte del pestillo, cuando la puerta se abrió por sorpresa y poco pudo hacer, aparte de dejarse caer. Cuando Graig la había sujetado se olvidó incluso de respirar, pero cuando sus intensos ojos grises se clavaron en su rostro se sintió al borde del desmayo.

Graig pareció despertar del embrujo en el que se encontraba y ayudó a Blake a ponerse recta. Cuando estuvo seguro de que sus piernas la sostenían, se apartó de ella a una distancia prudencial antes de reparar en la caja de herramientas situada sobre el lavado y el martillo que Blake sostenía en su mano.

—¿Sé puede saber qué demonios estás haciendo? —preguntó iracundo.

—Poner un cerrojo en la puerta —respondió Blake, más recuperada tras la sorpresa inicial de lo que su cuerpo había sentido cuando Graig la había tenido entre sus brazos.

—¿Y se puede saber por qué? —inquirió Graig mientras se cruzaba de brazos.

Ese gesto hizo que la mirada de Blake se fijara en sus muscudos brazos, en el tono dorado de su piel, en su vientre plano que se adivinaba gracias a la camiseta blanca que se ceñía a su cuerpo.

—¡Blake! —le alertó la voz de él, logrando que apartara la mirada avergonzada a la vez que su mejillas se teñían de rubor.

«Por favor, que no se haya dado cuenta», rogó, intentando borrar la imagen de Graig de su cabeza, desintegrar la excitación que se había instalado en la boca de su estómago.

—Por el amor de Dios, contesta. ¿Por qué estás poniendo un cerrojo en el cuarto de baño? —preguntó Graig perdiendo la escasa paciencia con la que contaba.

Más repuesta, y molesta por su tonó, replicó a sus palabras.

—Pues para conseguir algo de intimidad. No me siento cómoda cuando me tengo que duchar si pienso que puedes entrar en cualquier momento.

Su comentario hizo que la ira trepara por las entrañas de Graig. Apretó los puños y contó hasta diez antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse, como colocar sus manos en su delicado cuello. Finalmente prefirió atacarla con palabras, sabiendo que lo que pensaba expresar a continuación molestaría a Blake.

—Ah, claro, perdóname. Había olvidado que todos los hombres babean a tu paso como si fueras una de las protagonistas del desfile de los ángeles de *Victoria's Secret*. Y yo, que soy uno más de esos estúpidos tengo que entrar en el baño, o en tu cuarto, para abalanzarme sobre ti. ¿Es eso?

Blake abrió y cerró la boca como si se hubiera convertido un pez antes de que la vergüenza la asolara y el color rojo ascendiera por su piel hasta llegar a sus mejillas. Quizás se había pasado, ahora lo sabía, pero eso no le daba derecho a Graig a reírse de ella, a

menospreciarla de aquella manera.

Graig pareció disfrutar del malestar de Blake. Envalentonado, siguió con su monólogo.

—Ah, no, perdona, si fuiste tú la que entraste en el baño y me comías con la mirada mientras me duchaba...

—¡Eres un gilipollas! —explotó Blake, deseando abofetearle para que aquella sonrisa socarrona se borrara de sus labios.

—Oh, por favor, controle su lenguaje, señorita Washington.

—El otro día yo no te miré. En la vida se me ocurriría fijarme en un hombre como tú, que además huele a animal que echa para atrás. Dudo que ninguna mujer se te acerque a más de un metro de distancia —concluyó elevando su barbilla altaneramente antes de salir del baño y cerrar la puerta de su dormitorio con un sonoro portazo que hizo temblar hasta las baldosas de las paredes.

—¡Maldita seas! —magulló Graig frustrado.

Intentando deshacerse de la ira que le embargaba golpeó con el puño la encimera de granito del mueble del baño. Las palabras de Blake le habían herido más de lo que quisiera admitir. «¿Por qué demonios has tenido que volver?», se preguntó frustrado.

En el pasado se había sentido irremediabilmente atraído por Blake, pero había sido capaz de controlar sus impulsos porque no quería hacer algo de lo que después tuviera que arrepentirse. No quería defraudar a Angus, que era el hombre al que más había admirado después de su padre.

Durante años había pensado que quizás, en el futuro, cuando ella hubiera alcanzado sus metas y ya fuera adulta, podría plantearse acercarse a ella, expresarle sus sentimientos, pero estaba claro que se había equivocado. El día más duro después de la muerte de su padre fue el día que supo de los planes de Blake. Y entonces ella se fue, dejándole con el corazón roto. Y ahora había vuelto para trastocar todo su mundo, para alterar su cuerpo y hacerle desear cosas que no podían ser.

Meadows salió de la habitación de su padre y se dirigió a la máquina de café. Tras una larga noche durmiendo en una butaca, necesitaba cafeína en vena para poder sentirse bien. Estaba degustando el brebaje placenteramente, sentada en una de las sillas situadas junto a la máquina, cuando la voz de su hermana la sobresaltó.

—Ha llegado el relevo —dijo Nicola cantarínamente antes de sentarse junto a su hermana. Al ver su expresión huraña se extrañó—. ¿Qué pasa?, ¿le ha pasado algo a papá? —preguntó preocupada.

—No, está bien, tranquila —respondió Meadows antes de dar un nuevo sorbo al vaso de plástico.

—¿Entonces? —inquirió Nicola elevando una de sus cejas—. Y por favor, no se te ocurra engañarme —añadió.

Meadows dudó, le hubiera gustado mentir a su hermana, pero sabía que no tenía ningún sentido. Nicola podía llegar a ser como un perro de presa si se lo proponía, a pesar de ser la más tranquila de las tres. Sabía que lo que iba a decir no le iba a gustar, y que le iba a caer un buen sermón, pero aún así confesó.

—El otro día discutí con Blake.

Como esperaba, el ceño de Nicola se frunció antes de hablar.

—¿No habíamos quedado en que ibas a solucionar las cosas con ella?

—Sí, pero solo con verla me pongo de un humor de mil demonios —confesó Meadows morruda mientras tiraba el vaso de plástico en una papelería cercana antes de cruzar los brazos sobre su pecho obstinadamente, denotando su enfado.

—¿Lo has intentado? ¿has dejado que se explique?

—No, no he dejado que se explique.

—Si no sabes su versión...

—Por favor, Nicola —dijo Meadows elevando su mano, que colocó frente al rostro de su hermana para que no discutiera—. Sólo sé que se marchó un día de la noche a la mañana. Si alguien debe acercarse a mí es ella.

—Comprendo que lo que sucedió fue muy doloroso para ti, que eras demasiado joven, pero si mamá y papá ya se han reconciliado con ella, ¿tú no puedes hacer un pequeño esfuerzo por el bien de la familia?

—Graig piensa lo mismo que yo —se escudó—, y estoy segura de que no has ido a darle la brasa a él.

Nicola apretó los labios, y deseó tener a mano el pescuezo de Graig. Le quería como a un hermano, y a pesar de su carácter huraño sabía que era un buen hombre. Pero no llegaba a entender su comportamiento hacia Blake. «Está claro que tendré que hablar con él», anotó mentalmente, pero antes tenía que encargarse de Meadows.

—Por favor, ¿me prometes que harás un esfuerzo? —le rogó.

Meadows suspiró frustrada, pero al clavar su mirada en el rostro de Nicola, se dejó vencer.

—Esta bien, en cuanto llegue a casa hablaré con ella.

—¿Me prometes que la escucharás sin discutir? —insistió Nicola.

—Eso sí que no puedo prometerlo —dijo sincera.

—Al menos procura que la sangre no llegue al río. Hazlo por papá y mamá. Están muy felices por la vuelta de Blake, tienen la esperanza de que las cosas se arreglen y volvamos a ser la familia que éramos.

Meadows se mordió el labio inferior. A pesar de que intentaba ser dura como el acero, en el fondo no lo era, solo se trataba de una máscara que se había construido con el paso de los años para enfrentarse a los trabajadores del rancho para que la respetaran. No podía negar que había estado muy enfadada con Blake, pero en el fondo de su corazón la había extrañado y necesitaba recuperar la relación con su hermana, rota por su propia cabezonería.

CAPÍTULO 11

Graig colocó su mano sobre el vientre de la vaca y la escuchó respirar con dificultad. No, definitivamente la cosa no marchaba bien. En cuanto Gavin le había puesto al tanto de la situación había llamado a Peterson, que por desgracia se encontraba a tres horas de camino en un congreso veterinario. Estaba claro que tendría que apañárselas él solo y, por lo que veía, el parto no sería fácil.

Resuelto, se incorporó y se giró para encontrarse con Gavin, que estaba a su lado esperando sus órdenes.

—Gavin, dile a la señorita Walker que venga, la necesito.

—¿Cuál de ellas? —preguntó el muchacho confuso.

—Meadows —respondió Graig molesto.

—Ahora mismo —. Gavin, al descubrir la mirada torva de Graig, se dirigió con paso acelerado hacia la casa.

Graig volvió su atención al animal y acarició el morro de la res, cuyos ojos parecían cansados. Si no hacían algo, ella y su cría perecerían y no estaba dispuesto a permitirlo.

Gavin llegó con paso acelerado y subió los dos escalones del porche con prisas, estaba a punto de entrar por la puerta cuando se percató de la presencia de Blake, que estaba sentada en el columpio del porche. El muchacho dudó unos instantes y finalmente se acercó a ella.

—Buenos días, señorita Walker —inquirió, quitándose el sombrero para jugar con él entre sus dedos.

Blake, que no esperaba su presencia, abrió los ojos con sobresalto y se tuvo que llevar la mano al pecho por la sorpresa recibida.

—¡Dios mío, Gavin! Casi me da un infarto —exclamó con la mirada fija en el joven plantado frente a ella.

—Lo siento, señorita —se disculpó—, no lo pretendía.

—¿Qué sucede? —preguntó Blake, alertándose al ver la expresión del joven.

—El señor Stewart necesita a la señorita Meadows —explicó el joven, el tiempo corría y no quería hacer esperar a su jefe.

—Lo siento, mi hermana no está, aún no ha llegado del hospital.

—¡Oh, vaya! —exclamó Gavin rascándose la nuca.

—Quizás yo pueda ayudar —se ofreció mientras abandonaba el banco, que comenzó a balancearse.

—Pero el señor Stewart me dijo que avisara a...

—Déjalo —dijo Blake haciendo un gesto de barrer el aire con su mano—, iré yo misma. ¿Dónde está?

—En el establo de las vacas, señorita Walker —respondió.

Blake asintió y sin mediar palabra se encaminó a grandes zancadas al lugar indicado por el joven.

Gavin la observó y se rascó la nuca unos instantes, indeciso sobre cómo proceder. Estaba seguro de que al señor Stewart no le iba a hacer gracia el cambio de planes, pero no era asunto suyo. Con ese pensamiento, siguió con su camino.

Minutos después, Blake traspasaba la puerta del establo. Ya en el interior se guió por los alaridos de un animal hasta llegar a uno de los apartados situados al fondo del edificio. Allí descubrió lo que sucedía.

—¡Dios mío! —exclamó al ver el estado del animal tumbado sobre el heno. Parecía muy débil.

Graig, que permanecía acuclillado junto a la vaca, giró su rostro súbitamente para clavar su mirada en Blake con intensidad.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó con voz fría.

—No lo sé —replicó Blake, molesta por su actitud agresiva—, dímelo tú.

—Que yo sepa —contestó Graig incorporándose y acercándose a ella—, le he dicho a Gavin que avisara a Meadows, no a ti —dijo señalándola con un dedo acusador.

—Meadows aún no ha vuelto del hospital.

—¿Se ha quedado ella esta noche? —indagó Graig sorprendido.

—Sí —dijo Blake sin dejarse intimidar por su actitud hosca—, por lo que creo que tendrás que conformarte conmigo —añadió cruzándose de brazos y elevando su rostro con altanería.

—¡Mierda! —exclamó Graig, apartándose de ella y paseándose de un lado al otro del pequeño apartado—, ¿Ahora qué coño voy a hacer? —se preguntó mientras se frotaba la frente.

—¡Estoy aquí! —gritó Blake frustrada.

Graig dejó de pasearse y clavó su mirada en el rostro de la mujer, cuyas mejillas estaban coloreadas por la ira. «Maldita sea, ya me he dado cuenta de que estás aquí, aunque desearía que estuvieras en el Polo Norte, o en la luna».

Blake, a su vez, centró su atención en el animal, que soltó un nuevo mugido desgarrador. Viendo que Graig no parecía salir del bucle en el que se encontraba, se acercó a la res, se arrodilló junto a ella y palpó su vientre. No le costó descubrir que el ternero venía de nalgas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Graig al percatarse de la acción de Blake.

—¿No es evidente? —replicó ella, concentrada en buscar una solución antes de que fuera demasiado tarde.

Graig hubiera deseado gritar por la frustración que atravesaba su cuerpo.

—No, no lo es —contestó a la pregunta de ella. No estaba dispuesto a dar su brazo a torcer. Quería a Blake lejos de él y del rancho.

—Déjate de tonterías, Graig —inquirió Blake mientras se incorporaba y buscaba en el maletín junto al animal unos guantes de látex—, no hay tiempo para esto. Si quieres, luego discutimos todo lo que te dé la gana.

—¿No me has escuchado? Es una situación delicada y tú no tienes ni idea...

El sonido del guante al soltarlo produjo un sonido seco, y Blake giró su rostro para clavar su mirada en el rostro furibundo de Graig antes de cortar su parlamento.

—Te recuerdo que solo me falta un año de la carrera de veterinaria.

—Que no acabaste —le recordó Graig, que permanecía con los brazos cruzados.

Un nuevo berrido del animal logró que el duelo que ambos mantenían acabara. Se les agotaba el tiempo. Blake se arrodilló junto al animal y volvió a palpar su abdomen antes de situarse en la parte trasera.

—Agarra las patas traseras, tengo que colocar a la cría —ordenó a Graig, que tras unos segundos de duda hizo lo que Blake le ordenaba.

Graig sujetó las patas traseras del animal, y necesitó de todas sus fuerzas para mantenerlas en el lugar que se precisaba. Mientras tanto Blake aprovechó para introducir más de medio brazo

en el interior del animal para modificar la posición del ternero. Cuarenta y cinco minutos después tanto la vaca como su cría estaban descansando una junto a la otra.

Blake se quitó los guantes ensangrentados, aunque no habían servido para mucho. Sus brazos y su ropa estaban manchados de un color rojo oscuro. Buscó a su alrededor y cuando dio con un cubo de agua, no dudó en aproximarse y comenzar a asearse como pudo.

Graig la observaba, y a su pesar se sentía impresionado por el trabajo que había realizado. Si Carter Peterson, el veterinario, hubiera estado allí estaba seguro de que la hubiera felicitado. Pero él no. Solo esperaba que Angus volviera a casa cuanto antes, así Blake regresaría a su mundo y dejaría el suyo en paz.

—Bueno, parece que hemos acabado y todo ha salido bien —dijo Blake, incómoda con el silencio de Graig.

—Sí —fue la escueta respuesta de él mientras limpiaba y guardaba los instrumentos que le había solicitado Blake a lo largo del tiempo que había durado el complicado parto.

—¿Solo vas a hablarme con monosílabos? —explotó Blake finalmente.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que aplauda con las orejas porque has ayudado a una vaca a parir? —replicó perdiendo la paciencia. Dejó lo que estaba haciendo y se aproximó a ella, que retrocedió hasta encontrarse con la pared—. Hace años que te fuiste, y no eres imprescindible en el rancho, «señorita Washington» —añadió soltando lo que llevaba días quemándole la lengua.

Blake no estaba preparada para aquel estallido de mal genio de Graig, de su ataque implacable. Había golpeado donde sabía que más dolía. Durante el vuelo no dejó de pensar en la posibilidad de que pudiera producirse esa situación, y aún así no estaba preparada para sus reproches.

—¿No vas a decir nada? —inquirió Graig mientras elevaba una de sus cejas oscuras con prepotencia.

«No puedes permitir que se crea que ha ganado», se dijo Blake dejando a un lado su debilidad. Se cuadró de hombros y dio un paso hacia adelante para enfrentarle, a pesar de que eso hizo que la distancia que los separaba disminuyera.

—Tengo más derecho que tú a estar aquí, no olvides que yo sí soy una Walker, tú no —soltó, segura de que sus palabras le escocerían.

Graig sintió como su mandíbula se tensaba tras su afirmación. No, realmente no era un Walker, pero a pesar de lo que Blake intentaba insinuar sabía que era uno más de la familia.

—Tienes muy poca memoria —replicó Graig—, no fui yo el que se largó dejando atrás a su familia. Por no hablar de que has tardado cerca de una semana en dignarte a coger el teléfono a Nicola. Tienes suerte de que sea un pedazo de pan, si hubiera sido yo, te habría mandado al cuerno.

—¡Eres un cerdo! —siseó Blake fuera de sí.

Elevó su mano con la intención de abofetearle, pero Graig fue más rápido y atrapó su muñeca antes de que su mano impactara contra su rostro.

—Puede ser, pero no hago daño a los que me quieren, no como tú —dijo con una sonrisa fría en sus labios.

Blake sintió que una herida lacerante se abría paso en su corazón. A pesar de que dolía, no podía negar que cada una de sus palabras eran ciertas. Llevaba años sintiéndose culpable por ello, pero eso no le daba ningún derecho a Graig para dañarla. No era la primera vez que discutían, había sido así desde la adolescencia, pero aquella vez Graig había traspasado una línea.

—Puede que tengas razón —respondió con voz fría—, pero al menos yo no voy por ahí

apoderándome de las hermanas ajenas, o de los padres. ¿Acaso crees que no sé que has hecho todo lo posible para que Meadows me odiara aún más de lo que ya lo hacía durante todos estos años? Eres un ladrón de sentimientos —le acusó con los ojos vidriosos por las lágrimas.

Graig se sintió herido por su dura acusación, aunque se lo tenía más que merecido. Su intención nunca había sido «robar» a Blake el amor de sus hermanas o padres, pero parecía que así lo sentía ella.

—¿O es otro el problema? —siguió Blake, disfrutando del dolor que se reflejó en el rostro masculino. No sabía que estaba a punto de traspasar una barrera que lo cambiaría todo para los dos—. Quizás tu siguiente paso sea conquistar a Meadows para casarte con ella y al fin formar parte de la familia Walker oficialmente...

—Puede que en parte tengas razón —dijo Graig con una voz extraña que ni el mismo reconoció—, pero si tuviera la intención de conquistar a una de las chicas Walker, te aseguro que no sería Meadows la elegida.

—¿A qué te refieres? —preguntó Blake confusa, pero no tardó en descubrir lo que significaban sus enigmáticas palabras.

En un movimiento rápido, que pilló completamente por sorpresa a Blake, Graig cogió su rostro entre sus manos y dejó su cabeza descender en picado para atrapar sus labios. «¡Oh, Dios mío, perdóname!», se dijo mentalmente, pero ahondó en la caricia invadiendo la boca femenina con su lengua, descubriendo que aquel sabor con el que más de una vez había fantaseado en los últimos días era aún mejor de lo que había imaginado.

Cuando Blake sintió los labios de Graig sobre los propios se quedó sin aire, era incapaz de respirar. Sabía que había forzado la situación al máximo, pero nunca pensó que desembocaría en un beso duro, húmedo y abrasador que estaba convirtiendo sus huesos en plastilina. Un millón de pensamientos confusos se formaron en su cabeza, pero a su vez todos ellos se esfumaron cuando sus lenguas entraron en contacto.

Graig no hacía más que repetirse una y otra vez que lo que estaba sucediendo era una completa locura, que debía apartarse de aquella mujer, pero lo que estaba sintiendo era más poderoso que la razón.

Solo deseaba aquella boca, aquella piel que sus dedos recorrían con una codicia desconocida que estrujaba sus entrañas. Debía enfrentarse a la verdad, aquella que se había negado a sí mismo un millón de veces: deseaba a Blake Walker más que a nada en el mundo y ni el tiempo ni el odio habían logrado mitigar esa necesidad.

El sonido de unos pasos a poca distancia logró que Graig se apartara de Blake, aunque no por ello pudo apartar la mirada de su rostro, de sus ojos azules desorbitados, de sus mejillas sonrojadas y sus sugerentes labios, húmedos aún por sus besos.

—Señor Stewart, el representante de piensos ha venido —sonó la voz de Gavin, que entraba en ese momento por la puerta.

—Olvida lo que acaba de suceder —dijo Graig antes de apartarse de Blake y salir al encuentro de su empleado.

La aludida tuvo que apoyarse en la pared de madera a su espalda para no caer al suelo. Tardó varios minutos en recuperar su acelerada respiración. Luego, como si se encontrara drogada, camino con paso tembloroso hasta la salida, sin saber muy bien a dónde dirigirse.

CAPÍTULO 12

Estaba a punto de anochecer cuando Blake finalmente salió de la guarida de su dormitorio, sabiéndose a salvo porque era Graig quien se quedaría esa noche con su padre. Tras su encuentro en el establo se había quedado sin fuerzas ni ánimos para afrontar el día y había optado por acostarse y tomarse una pastilla para dormir y así no pensar en lo sucedido.

Se acercó a la cocina y se preparó un sencillo sándwich de jamón y queso y cuando acabó de cenar salió al exterior de la casa. Solo quería andar, estirar las piernas, y sus pasos la llevaron hasta la explanada frente al rancho que tenía unas vistas inmejorables de las montañas y el cielo estrellado que tanto había añorado. Luego se situó ante la valla del cercado de los caballos.

—Blake, ¿podemos hablar? —la sobresaltó una voz a su espalda. Al girarse descubrió que se trataba de Meadows. «Ahora no, por favor», rogó a los cielos. No tenía ni fuerzas ni ánimos para volver a discutir con su hermana en aquel preciso instante.

—Por favor —insistió su hermana, acercándose a ella.

Meadows estaba nerviosa, no lo podía negar, pero había hecho una promesa a Nicola y pensaba cumplirla, a pesar de que no se le daba nada bien rogar ni pedir perdón cuando se equivocaba.

—¿Qué quieres? —inquirió Blake a la defensiva.

—Blake, vengo en son de paz —dijo Meadows situándose junto a ella en la valla donde su hermana estaba apoyada—. Quiero que me cuentes qué pasó hace años, por qué te marchaste.

Blake se vio sorprendida por su petición, del todo inesperada, y a pesar de que no se sentía en el mejor momento anímico decidió enfrentar la conversación que tenía pendiente con Meadows desde hacía demasiado tiempo. Sabía que no sería tarea fácil hacer comprender a su hermana pequeña sus circunstancias, el porqué de sus decisiones, pero lo iba a intentar. Tragó saliva imperceptiblemente antes de hablar.

—Está bien. Sé que cuando me marché hace unos años no lo entendiste. Tampoco te di una explicación, que es lo que debería haber hecho, pero me sentía muy herida por la discusión que mantuve con papá. Sé que te sentiste decepcionada conmigo, abandonada, pero nunca fue mi intención. Espero que algún día puedas perdonarme.

Meadows clavó su mirada en el rostro de Blake, y finalmente aceptó la bandera blanca que su hermana le tendía.

—Te perdono, pero me gustaría saber por qué te fuiste realmente. Nadie me ha explicado el motivo real, aparte de que dejaste la carrera de veterinaria. Necesito saber por qué lo hiciste.

—Todos esperabais de mí que fuera veterinaria y trabajara en el rancho, pero yo nunca quise eso realmente, no era mi sueño. Cuando dejé la carrera, mi objetivo era perseguir mi sueño. Lo que nunca esperé fue el precio a pagar: apartarme de vosotros. Todos estos años os he extrañado y necesitado. Lo más doloroso fue defraudar a papá —dijo perdiéndose en los recuerdos del pasado—, que esperaba tener una veterinaria en el rancho. Durante meses me debatí entre lo que yo deseaba y la posibilidad de fallar a mi familia. Durante años hice lo que se esperaba de mí, pero me di cuenta de que me estaba traicionando a mí misma.

Meadows la escuchaba y por primera vez comprendió lo que había hecho Blake. Antes solo se había preocupado por su propio dolor, por la rabia que sentía contra su hermana mayor. Cada vez que se pronunciaba su nombre, el rostro de su padre se entristecía y en esos momentos odiaba

a Blake con todas sus fuerzas. Entonces era demasiado joven para comprender, para empatizar, pero el tiempo había suavizado sus sentimientos y ahora tenía la perspectiva necesaria para comprender. Tenía que reconocer que nunca se había puesto en el lugar de su hermana y no pudo evitar sentirse culpable por ello.

—¿Y cuál era ese sueño? —indagó Meadows con voz entrecortada.

—¿Recuerdas las libretas de espiral que coleccionaba y guardaba como un tesoro en una caja en mi armario?

—Sí, una vez te quité una y casi me arrancas la mano —recordó con una sonrisa en los labios y la nostalgia flotando en el ambiente—. ¿Por qué eran tan importantes para ti?

—Porque en ellas escribía historias que se formaban en mi cabeza, que no me dejaban de acosar a cada hora del día.

—¿Y por qué nunca me lo contaste? —preguntó Meadows sin comprender.

—Porque me daba vergüenza que alguien conociera mi secreto.

—¿Y cuál era ese secreto? —indagó Meadows, deseando llegar al fondo de la cuestión.

—Que al igual que me encanta leer, tenía un don para narrar y crear historias. Que los personajes hablaban dentro de mí, insistiéndome para que contara su historia. Y así fue como ser escritora se ha convertido en mi profesión —confesó con una sonrisa tímida aflorando en sus labios.

—¿Qué? —boqueó Meadows incrédula—. ¿Escritora? —preguntó asombrada.

No podía negar que durante todos esos años, y con la disputa que mantenían entre ambas, nunca había sabido realmente a qué se dedicaba su hermana. Había supuesto que era periodista, ya que había elegido esa carrera, pero parecía que había estado engañada todo ese tiempo.

—Te presento a ¡Lancey Culpepper! —dijo señalando su pecho con su mano derecha, confesando el seudónimo que solía utilizar para firmar sus novelas.

—¿Lancey Culpepper? —repitió Meadows anonadada.

No era muy amante de la lectura, pero había escuchado hablar de esa escritora de novela romántica que tenía encandilada a mucha gente en los últimos años.

—Sí, esa soy yo —respondió Blake con humor al descubrir la expresión que mostraba el rostro de su hermana—. Y si ya hemos acabado con el interrogatorio de tercer grado, ¿podríamos darnos un abrazo? —solicitó con el corazón en un puño, esperando la reacción de Meadows.

La petición de Blake no tardó en cumplirse, porque Meadows se abalanzó sobre ella y acabaron fundidas en un fuerte abrazo que duró largos minutos, donde la emoción se podía palpar en el ambiente.

—Y ahora cuéntame cómo está papá —preguntó Blake mientras se apartaba de Meadows.

—Está muy bien, la verdad. A última hora ha llegado el médico y nos ha dicho que si todo sigue igual, en un par de días le darán el alta.

—¡Oh, Dios mío, gracias a Dios! —dijo Blake aliviada.

—Por cierto —dijo Meadows recordando lo que le había contado Gavin cuando le había preguntado por el rancho en su ausencia—, ya me han dicho que has asistido a un parto y que has salvado la vida de la res y su cría.

Las palabras de Meadows hicieron que Blake recordara nuevamente lo sucedido entre Graig y ella en el establo, y nuevamente la losa volvió a pesar sobre sus hombros. La sola idea de volver a enfrentarse a él hacía que su cuerpo temblara como una hoja.

—¿Estás bien? —inquirió Meadows al percatarse del cambio en la expresión de su rostro, hasta entonces sonriente.

—Claro, si quieres podemos ir a ver cómo están esa vaca y su ternero —dijo Blake mientras posaba su mano en la cintura de su hermana instándola a caminar. Con la única intención de disipar el interés de su hermana por ella.

—Sí, me encantaría —replicó Meadows.

Angus levantó nuevamente la cuchara, se la metió en la boca una última vez y la dejó sobre el plato vacío. Luego giró su rostro y clavó su mirada en Graig, que estaba sentado en la butaca junto a su cama. Su entrecejo se frunció y estudió su gesto, que conocía a la perfección.

—Muchacho, ¿se puede saber qué demonios te pasa?—inquirió, sobresaltando a Graig, que no se esperaba la pregunta.

El aludido se sentó recto en la silla que ocupaba y observó a Angus Walker, que le estudiaba como si se tratara de una de sus vacas.

—Nada, Angus —mintió.

—¿Y ahora me tomas por estúpido? —replicó Angus mientras se frotaba la barbilla pensativo—. ¿Todo va bien en el rancho?

—Perfectamente, lo tenemos todo controlado —contestó Graig con excesiva celeridad—. Derek, Meadows y yo hacemos un buen equipo —concluyó con orgullo.

—Ah, sí, Campbell. ¿Crees que aceptará quedarse con nosotros permanentemente?

La pregunta expresada tomó a Graig por sorpresa.

—No he hablado con él sobre el asunto, pero cuando tú regreses...

Angus elevó su mano y cortó el parlamento de Graig.

—No nos engañemos, muchacho. Cuando yo regrese al rancho nada volverá a ser igual, los dos lo sabemos. He tenido mucho tiempo para reflexionar en estos días y creo que a partir de ahora me tomaré la vida de otra forma.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Graig con el corazón acelerado. Le gustaba su vida tal cual era, y tenía el concepto de que los cambios no eran buenos.

—Que a partir de ahora pienso dedicarle más tiempo a Harriet. Todos estos años no he sido el mejor marido del mundo, y estoy dispuesto a cambiar eso. Lo primero que quiero hacer es llevarla de viaje a cualquier parte, los dos solos.

—¿Y el rancho? —inquirió Graig confuso.

—El rancho será cosa vuestra. Es hora de sangre fresca. Y ahora que hemos aclarado esto, ¿me vas a contar de una vez qué es lo que te corroe por dentro?

—Nada —insistió Graig obstinadamente.

—Graig, eres como un hijo para mí, y te conozco mejor que a mis tres hijas. Está claro que lo que no te deja centrarte tiene que ver con una mujer. ¿Me equivoco?, y por favor, no se te ocurra mentirme.

«No puede saberlo», se dijo Graig mientras notaba como un reguero de sudor recorría su espalda. «Miente», se ordenó antes de contestar a la pregunta expresada por Angus Walker.

—Podría ser, pero es un imposible. Además, ella no siente lo mismo que yo.

—¿Y conozco a esa mujer?

—No es de por aquí, la conocí en la última feria de ganado.

—Bueno, sea como sea, te aconsejo no rendirte. Por la mujer de tu vida merece la pena luchar mil batallas.

—Gracias por el consejo, Angus.

—Solo espero conocer algún día a la afortunada. Y por cierto, no le cuentes a nadie mis planes para el futuro, no quiero crear una revolución. Me gustaría darle una sorpresa a Harriet y hablar con mis hijas.

—Seré una tumba —respondió Graig solemne.

CAPÍTULO 13

Graig llevaba días dándole vueltas al episodio sucedido en los establos, cuando había besado a Blake. Había soñado con ello demasiados años, y no podía negar que había sido espectacular saborear sus labios y rozar su suave piel con los dedos, pero había sido un tremendo error, al menos ese era el mantra que se repetía día y noche.

Para colmo de males, Blake se colaba en sus sueños, donde le hacía el amor salvajemente. En más de una ocasión se había despertado sudoroso y con una dolorosa erección que había requerido de una ducha fría.

—¿Quieres algo más? —interrogó Debbie, que había aparecido de la nada junto a su mesa, o al menos eso le pareció a Graig, que había estado absorto en sus pensamientos.

—No, gracias —replicó el aludido antes de limpiarse los labios y dejar la servilleta junto a su plato vacío. Aquella mañana había tenido que ir al pueblo a hacer unos recados y había decidido desayunar en la cafetería de Debbie.

La mujer clavó su mirada en su rostro y achicó los ojos con sospecha. Conocía a Graig desde que era un mocoso que siempre seguía a su padre a todas partes, y estaba claro que algo le sucedía. Tampoco le había pasado desapercibido que en la última semana el chico había visitado más veces su local que en el mes anterior.

—¿Estás bien? —preguntó directa, logrando que Graig elevara su mirada del plato y la clavara en su rostro con celeridad.

—Perfectamente —respondió Graig, intentando dibujar en sus labios una sonrisa para tranquilizar a la mujer.

—Pues no lo parece —insistió la dueña del restaurante.

Graig iba a responder con una gracia para disipar la preocupación de la mujer, pero una voz inesperada a su espalda se lo impidió.

—Graig, tenemos que hablar —pronunció Blake con firmeza.

El aludido se giró y clavó su mirada en el rostro femenino con asombro. Su siguiente impulso fue mandarla al infierno, pero la presencia de Debbie se lo impidió.

—Niña —dijo la mujer con alegría—, por favor siéntate —le ofreció la silla situada frente a Graig—. Te voy a traer un café —propuso, esperando que la joven se moviera.

Blake tardó unos segundos en reaccionar, pero finalmente hizo lo que Debbie le solicitaba. Notaba su corazón acelerado y un nerviosismo bullendo en su estómago ante la perspectiva de enfrentarse a Graig. Pero llevaba demasiadas horas sin apenas dormir, recordando a cada instante sus palabras antes de besarla: «Si tuviera la intención de conquistar a una de las chicas Walker, te aseguro que no sería Meadows la elegida». Necesitaba saber su significado o se volvería loca.

—¿Lo quieres con leche y dos de azúcar? —preguntó Debbie.

—Sí —respondió Blake escuetamente, clavando su mirada en la mesa, buscando fuerzas para elevar su mirada y fijarla en él.

—¡Perfecto! —exclamó Debbie alegremente antes de recoger el plato y la taza de Graig y caminar hacia la barra.

Graig permanecía en silencio, con la mirada ausente. Preferiría estar frente a un acantilado, con un hombre apuntando su espalda, que tener que enfrentarse a Blake. Estaba a punto de

levantarse de la mesa y abandonar el local cuando ella volvió a hablar, y fue entonces cuando fijó su mirada en el rostro femenino.

—Graig, por favor, no me ignores —le exigió.

—¿Qué demonios quieres? —respondió el aludido de mala gana.

—Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé —replicó él mientras colocaba los codos sobre la mesa y unía sus manos para luego apoyar la barbilla sobre ellas.

Blake apretó los labios y contó hasta diez antes de hablar.

—Hablo del beso.

—¿Qué beso? —inquirió Graig con calma fingida.

Su comportamiento logró que Blake estallara, a pesar de que se había prometido mantener la calma. Solo quería hablar, aclarar las cosas como los adultos que eran. Elevó su mirada y la clavó en su rostro antes de hablar.

—Oh, vamos, Graig. No te hagas el tonto, no te pega nada.

—Si no recuerdo mal, te dije que olvidarás lo sucedido, que hicieras como si nunca hubiera ocurrido. ¿Por qué demonios le das tantas vueltas al asunto?

—Le doy tantas vueltas al asunto porque quiero respuestas.

—¿Qué clase de respuestas?

—Por ejemplo, saber por qué lo hiciste —preguntó con nerviosismo.

Una cosa era imaginar lo que le preguntaría, y otra cosa hacerlo con aquellos intensos ojos grises clavados en su persona. Estaba claro que Graig no estaba de humor porque pequeñas vetas de verde se podían adivinar en sus pupilas.

Graig no sabía que responder a esa pregunta, que él mismo se había hecho una docena de veces desde aquel día. Agradeció la llegada de Debbie con el café de Blake, que le dio unos segundos para pensar.

Blake esperó hasta que volvieron a quedarse solos para poder seguir con su interrogatorio.

—¿Me vas a contestar? —insistió Blake.

—Maldita sea, ¿qué quieres que te diga? ¿Que estaba eufórico y que me sentí atraído por ti? Pues vale, lo asumo, pero para mí no tiene la mayor importancia.

—Pero... —comenzó Blake, intentando diseccionar sus palabras, pero Graig se lo impidió colocando una mano frente a su rostro para que se callara.

—No, no sigas por ahí, Blake. Ya sé que piensas que eres una mujer irresistible, toda una señorita de ciudad y que todos estos bobos —dijo abarcando el local con su mano— estamos deseando caer a tus pies. Pues no es así, asúmelo —dijo antes de sacar su cartera y dejar unos billetes sobre la mesa antes de abandonar su silla y salir por la puerta con paso airado.

Blake se quedó quieta, aferrando la taza con ambas manos, incrédula ante sus palabras hirientes y su actitud. Lo sucedido fue con un *déjà vu*, cuando le había confesado su idea de cambiar de carrera. Y nuevamente él se había ido, dejándola sola y confusa. «Eres una estúpida», se dijo mientras dejaba la taza sobre la mesa se frotaba la frente y cerraba los ojos por unos instantes.

—¿Estás bien? —le preguntó una voz conocida, y al elevar su mirada se encontró con Leah, que parecía radiante.

—Sí —pronunció Blake con esfuerzo.

—¿Seguro? —insistió la joven, que permanecía de pie junto a su mesa.

Blake tardó unos minutos en recuperarse. Pintó en su rostro una expresión neutra e intentó

olvidar lo que acababa de suceder.

—¿Por qué no nos tomamos ese café que te prometí ahora y nos ponemos al día? —inquirió Blake con una sonrisa, que pareció convencer a Leah. La joven se sentó a su lado.

—Me encantaría, tengo un millón de cosas por hacer con el tema de la boda, pero necesito un respiro. Estoy deseando que me cuentes algo de tu vida.

Meadows salió de casa a primera hora de la mañana con la intención de inspeccionar los campos para decidir por dónde empezar con la recogida del heno. Eso le había reportado una regañina por parte de Miranda, que le había reprochado que no desayunara en condiciones. Se dirigió al establo de los caballos y ensilló a *Lady Bree* antes de montar y salir a toda velocidad a los pastos del sur. Tras media hora de cabalgadura llegó al lugar por donde quería comenzar, y cual no fue su sorpresa al descubrir en una explanada cercana a media docena de hombres junto a la cosechadora.

—¡Maldita sea! —exclamó en voz alta antes de golpear con sus talones los flancos de la yegua.

Cuando llegó bajó de la montura con un movimiento diestro y ató las riendas en un árbol cercano antes de caminar a grandes zancadas hacia el hombre responsable de su oscuro estado de ánimo.

—¿Qué significa esto? —preguntó con voz acerada.

Derek, que en aquel momento estaba dando indicaciones a los hombres, se giró para descubrir el rostro furibundo de Meadows. «Se avecinan problemas», se dijo interiormente antes de dar las últimas ordenes y acortar los escasos pasos que los separaban. Luego cogió su brazo y tiró de ella para alejarse unos cuantos metros del grupo y así evitar que presenciaran la discusión que estaba seguro que explotaría en pocos segundos.

Meadows se vio sorprendida por su gesto y solo reaccionó cuando llegaron a la arboleda donde Derek pretendía mantener aquella conversación. Con movimientos bruscos se deshizo del agarre de su mano.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —gritó mientras se tocaba el brazo agraviado.

—Evitar que los trabajadores sean testigos del espectáculo que estás a punto de montar —dijo Derek con sinceridad mientras se apoyaba en el tronco del árbol a su espalda y se cruzaba de brazos despreocupadamente.

—¡Espectáculo! —replicó Meadows fuera de sí—. No soy ninguna loca ni nada por el estilo. Solo quiero saber por qué demonios has empezado con la cosecha sin mi autorización.

—No podíamos esperar más tiempo o el heno habría perdido sus facultades.

—Pero quedamos en que antes haríamos un estudio para decidir por dónde empezar —le rebatió Meadows, no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente.

—Se me olvidó —aceptó Derek. Había estado tan concentrado en que todo estuviera a tiempo que no recordaba la conversación que había mantenido con Meadows días antes.

—¿Se te olvidó? Pues te recuerdo que tú —dijo señalándole con el dedo índice— solo eres un simple empleado. Yo soy la que tiene la última palabra en todo lo referente al rancho de mi familia.

Derek se sintió herido por sus palabras. Pero conocía lo suficiente a Meadows como para

no saber que lo único que le sucedía a la joven era que se sentía presionada con la nueva situación, donde su padre, que siempre había sido el dueño y señor del rancho ahora no estaba. Recaía en ella ser la cabeza visible. Siempre se había mostrado dura como la roca para que los empleados la tomaran en serio, y ahora que era ella la responsable de las decisiones respecto a los trabajadores se comportaba de forma más intransigente. Definitivamente no pensaba discutir con ella.

—Lo siento, señorita Walker —mantuvo las distancias—, he cometido un error —añadió antes de hacer un gesto con su sombrero a modo de despedida y dirigirse a su todoterreno, aparcado a pocos pasos.

Meadows hubiera deseado gritar para mitigar su frustración, ya que Derek no le había permitido disminuir su enfado con una buena discusión. Solo clavó la mirada en la ancha espalda masculina antes de que entrara en el vehículo, y solo cuando desapareció por el camino de tierra se permitió patear el suelo polvoriento con su bota.

CAPÍTULO 14

La vuelta de Angus a casa fue todo un acontecimiento, como si en vez de regresar del hospital lo hiciera de la guerra. Nicola era la responsable de llevar a sus padres al rancho. Blake y Meadows, junto a Miranda, habían preparado un recibimiento por todo lo alto para su padre.

El rancho era un hervidero de actividad aquel día. Miranda se había hecho con el control de la cocina, como era su costumbre, y ninguna de las dos hermanas se atrevió a inmiscuirse en su camino. Por su parte Meadows había ido a comprobar que unas vacas a punto de parir se encontraban bien.

Blake, a pesar de que había prometido a su hermana que la esperaría para la organización de la mesa en el porche delantero, no dudó en ponerse manos a la obra. Al entrar en el viejo cobertizo, donde se guardaban las sillas plegables, las borriquetas y los tableros para montar las mesas, una emoción especial la embargó. Recordaba las legendarias fiestas que se solían celebrar en el rancho Walker. Habían pasado muchos años desde que había asistido a la última. De aquel cuatro de julio solo recordaba dolor, mucho dolor del que no sabía si algún día podría recuperarse y, sin pretenderlo se perdió en el pasado.

Aquel verano había regresado de la universidad tras finalizar el curso con muy buenas notas. Sabía que sus padres estaban orgullosos de ella y por ese motivo le habían regalado la vieja furgoneta Ford de su abuelo completamente restaurada. Cuando le entregaron las llaves se sintió fatal ya que pensaba que no se lo merecía y la culpabilidad la azotó como un látigo porque había tomado una decisión que trastocaría la vida de todo el mundo en el rancho.

En el último semestre había tomado una difícil decisión respecto a su futuro, y a pesar de que en un principio pensó que la carrera de veterinaria era la mejor opción, ahora no estaba tan segura.

Durante años había intentado ahogar su amor por la literatura, sobre todo cuando Graig y sus hermanas se burlaban de ella por perder el tiempo metiendo la nariz entre los libros que cogía en préstamo en la biblioteca. Amaba las letras, y le encantaba escribir las historias que merodeaban en su cabeza sin descanso. Su madre siempre había dicho que tenía una imaginación desbordante, pero ese rasgo al que hacía referencia cariñosamente se había convertido en algo adictivo para ella. Cada verano compraba a escondidas cuadernos de espiral en la papelería y daba rienda suelta a su imaginación, dejando que los personajes que convivían en su cabeza se plasmaran en las hojas de papel hasta dejar los cuadernos saturados de tinta, y abultados por el uso que les había dado.

Siempre mantuvo esa afición como un secreto porque pensaba que nadie de su entorno la entendería. Y así fue hasta ese año, que fue cuando se hizo amiga inseparable de Tricia, su compañera de cuarto en la residencia estudiantil. Blake se atrevió a confesarle su sueño: escribir las historias que la atormentaban cada noche robándole horas de descanso. Tricia, emocionada con su relato, le pidió que le dejara leer una de ellas y, no sin cierto pudor, Blake le dejó uno de sus cuadernos.

Durante los días que tardó su amiga en leer aquella novela corta, apenas fue capaz de comer o dormir. Pero toda esa angustia mereció la pena cuando Tricia entró por la puerta con el cuaderno naranja aferrado contra su pecho y una amplia sonrisa para decirle que lo que había

leído le había llegado al alma. Durante lo que restó de curso Tricia intentó convencerla para entregar el manuscrito a alguna editorial, que su lugar no estaba allí, si no en una carrera de letras, pero Blake no podía defraudar a su familia.

Y a pesar de que aguantó un año más cursando una carrera que no la llenaba, había tomado la decisión de matricularse en una de letras para el año siguiente, cosa que no les había comentado a sus padres todavía.

La mañana del cuatro de julio estaba junto al garaje, apoyada sobre la puerta de la vieja camioneta color rojo que había pertenecido a su abuelo. Solo había ido allí en busca de intimidad, necesitaba meditar sobre cómo confesar a sus padres su cambio de carrera, cuando una voz grave que conocía demasiado bien la sobresaltó.

—¿Qué haces aquí? —indagó Graig mientras se situaba a su lado y apoyaba su trasero en la chapa que había sido pintada pocas semanas antes.

Blake giró su rostro para clavar su mirada en él. Aspiró ampliamente y maldijo su mala suerte cuando el característico olor de Graig llegó a sus fosas nasales. «Es otra de las cosas que tienes que cambiar en tu vida», se dijo molesta consigo misma.

Llevaba enamorada de Graig desde que era una niña, pero para él no era más que una hermana pequeña. Había intentado llamar su atención desde que le habían crecido los pechos, pero él parecía ser ajeno a sus señales. Aunque no le extrañaba, Graig había madurado con el tiempo, como los buenos vinos de la bodega de su padre. Medio Fast River suspiraba por sus huesos, y no era raro, era uno de los hombres más atractivos de la zona. «Olvidalo y acepta de una maldita vez a alguno de los chicos que te han pedido una cita en los últimos tiempos», se dijo mentalmente.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —le sobresaltó la voz de Graig.

—No —contestó a regañadientes—, no es eso.

Graig clavó su mirada en el rostro huidizo de Blake y al instante supo que algo sucedía. Abandonó su postura relajada y se situó frente a ella antes de colocar el dedo en su barbilla para obligarla a elevar su rostro.

—¿Qué te sucede? —preguntó preocupado.

—Nada —replicó Blake retrocediendo para liberarse del tacto de sus dedos. Eso solo lograba hacerla flaquear en su idea de olvidarle para siempre.

Graig se sintió molesto por su actitud arisca. Estaba claro que algo pululaba en aquella cabecita. No entendía su comportamiento, como si su sola presencia le molestara. No sabía lo que le sucedía a Blake, pero estaba dispuesto a averiguarlo pasara lo que pasara.

—Está bien —dijo cambiando de táctica—. ¿Aún no has dado una vuelta en este trasto? —preguntó con cierto humor, logrando lo que pretendía.

—No es un trasto —saltó Blake, molesta porque él hubiera calificado de esa forma a la Ford de su abuelo.

—¿Me llevas a dar una vuelta?

Blake le miró, sorprendida por su petición.

—¿A dónde? —preguntó.

Graig contuvo la sonrisa que pugnaba por salir y mantuvo sus facciones serias. La táctica había funcionado, pero si Blake pensaba que se estaba riendo de ella se replegaría, y eso no era lo que quería.

—¿Qué te parece si vamos a tomar un batido donde Debbie?

Blake frunció el ceño al escuchar sus palabras. Sí, definitivamente Graig la seguía

considerando como a una niña, lo que confirmaba lo que tantas veces se había repetido, como un extraño mantra. «Él nunca te verá como a una mujer». Aun así, aceptó lo que él le proponía.

—Está bien, pero pagas tú —dijo mientras se dirigía al cajetín donde se guardaban las llaves de los vehículos del rancho.

Como suponía, el viaje hasta Fast River no fue del todo agradable. Graig se empeñaba en afear algunas conductas sobre su conducción, y en más de una ocasión deseó mandarle al infierno. Agradeció cuando descubrió el cartel de bienvenida que había al principio del pueblo, y cinco minutos después se encontraban sentados frente a sendos batidos de chocolate y fresa aderezados con una capa de nata montada.

«¿Por qué tiene que ser tan bonita?», se preguntó Graig, incapaz de apartar la mirada de ella, deseando ser la pajita que ella chupaba y así poder rozar sus labios. Sabía que era una locura, que no debía albergar aquellos sentimientos hacia Blake, con la que se había criado como si fueran hermanos, pero la deseaba más que a cualquier joven de las que conocía. «¿Por qué he sido tan estúpido de enamorarme de una chica que no está a mi alcance?», se fustigó como venía haciendo desde hacía demasiados meses.

—¿Necesitáis alguna cosa más? —dijo la voz cantarina de Debbie, que se había situado a su lado.

—Nada, gracias —respondió Graig, agradecido por la inesperada llegada de la dueña de la cafetería, que había logrado desviar su atención de Blake.

—¿Ahora me vas a contar qué te pasa? —La voz de Graig sobresaltó a Blake, que elevó la mirada hacia él—. Y no se te ocurra mentirme, te conozco demasiado bien.

—Quizás no tan bien como crees —replicó Blake molesta.

«¿Qué demonios le pasa?», se preguntó Graig confuso. Blake siempre era amable con todo el mundo y dulce como el algodón de azúcar. Una alarma se encendió en su cabeza al percatarse de su expresión. No solo encontró el enfado que parecía desear estrellar contra él, si no también angustia.

—Puede ser —contestó con cautela—, pero quizás si compartieras conmigo lo que te atormenta sería más fácil.

Blake dudó mientras se mordía el labio inferior. Conocía a Graig y sabía lo tozudo que podía llegar a ser. No quería confesarle lo que había hecho porque se pondría como un basilisco, y a su vez sabía que no tenía sentido mentirle. No pensaba posponer la conversación con su padre eternamente. Tarde o temprano tendría que enfrentarse al peor trago de su vida.

—¿Vas a hablar de una maldita vez? —dijo Graig perdiendo la escasa paciencia que le restaba.

—¡Oh, está bien! —exclamó la joven soltando el vaso que aferraba entre sus dedos y elevando sus manos a la altura de su rostro en señal de rendición—. Voy a dejar la carrera de veterinaria —soltó sin tapujos.

Graig tuvo que cerrar la boca, que había mantenido abierta durante unos instantes antes de poder articular palabra. Se hubiera esperado cualquier cosa, pero nunca eso.

—Es una broma, ¿verdad? —inquirió incrédulo.

El ceño de Blake volvió a fruncirse.

—No, no es una broma.

Graig se rascó la mejilla inconscientemente. La confesión de Blake le había dejado noqueado. Las consecuencias de su decisión no solo afectarían a su futuro, si no al resto de la familia. Solo imaginar el disgusto que se llevaría Angus cuando supiera que su hija había

abandonado la carrera le rompía el corazón. El hombre había puesto todas sus esperanzas en Blake, y sabía que estallaría con la peor de su furia cuando se enterara. Quería comprender, necesitaba comprender.

—¿Y se puede saber por qué? —indagó directo, sin restarle ni un ápice de dureza a su voz.

Blake se enderezó en la silla como un resorte. No le había gustado nada el tono que había empleado Graig.

—Porque ese no es el futuro que quiero para mí, tengo sueños que me gustaría cumplir. — Blake se sintió extraña, era la primera vez que lo decía en alto y se sentía liberada.

Graig achicó los ojos unos instantes, estudiando el fondo de su mirada azul, que parecía distinta. Estaba claro que pisaba arenas movedizas, y si quería salir indemne de aquello, tenía que bajar el ritmo. Tragó el nudo que atenazaba su garganta y moduló su voz para que fuera más suave.

—¿Y cuáles son esos sueños? —preguntó.

Blake le observó con sospecha al ver su cambio de actitud. De mostrarse beligerante había pasado a un estado de comprensión que no iba para nada con su carácter. «Y qué más da», se dijo, estaba claro que tarde o temprano la bomba iba a explotar, desintegrando su mundo para siempre.

—El año que viene comenzaré a estudiar periodismo —no estaba preparada para confesarle que su verdadera meta era ser escritora.

Graig intentó insuflar aire a sus pulmones, que parecían haberse quedado sin oxígeno. Le hubiera gustado decir algo inteligente, pero no podía. Recordaba perfectamente las tardes de invierno en la casa Walker. Mientras Meadows y Nicola le acosaban para jugar a juegos de mesa, Blake se mantenía apartada con la nariz metida dentro de un libro.

—¡Vaya! —fue lo único que fue capaz de pronunciar. Necesitaba tiempo para asimilar lo que suponía la decisión de Blake—. ¿Y eso quiere decir que no vas a formar parte del rancho? — Verbalizó sus miedos, aunque no había sido consciente de ellos hasta ese momento.

Era un hombre de costumbres, le gustaban las cosas como eran, y siempre había pensado que el rancho Walker nunca cambiaría, que cuando Blake acabara la universidad regresaría a casa, y entonces...

—¿Cómo crees que se lo tomará mi padre? —preguntó Blake con preocupación, ajena a los extraños pensamientos de Graig.

—No lo sé —respondió antes de buscar su cartera con desesperación. Cuando la tuvo en sus manos la abrió y sacó unos billetes que dejó sobre la mesa—. Ahora tengo que irme —dijo mientras abandonaba su asiento y acoplaba el sombrero color crema sobre su cabeza.

Blake le observó sorprendida por su extraña aptitud.

—¿Dónde vas? —preguntó confusa, sin saber qué hacer—. ¿No vuelves conmigo? —interrogó.

Graig clavó fugazmente su mirada en el rostro de Blake antes de contestar. Necesitaba salir de allí inmediatamente porque sentía que algo en su pecho se rompía en mil pedazos.

—Había olvidado que había quedado con alguien —dijo antes de salir atropelladamente del restaurante.

Blake no salía de su asombro mientras clavaba su mirada en su espalda hasta que desapareció de su campo de visión. Ni siquiera se percató de que la camarera cogía los billetes de la mesa y se alejaba a la caja.

Blake subió las escaleras de dos en dos hasta llegar al refugio de su habitación. Solo

entonces se dejó caer sobre la cama y empezó a llorar desconsoladamente. Como había supuesto, cuando le confesó a su padre lo que había hecho se montó un gran escándalo y la casa tembló gracias a los gritos furibundos de Angus Walker. Blake intentó explicarse pero su padre no se lo permitió y entonces comprendió que había llegado la hora de abandonar el hogar.

Cuando dejó de llorar, mucho tiempo después, notó los ojos hinchados como pelotas de tenis, y un dolor de cabeza punzaba sobre su sien. Aun así se levantó de la cama y cogió su maleta de debajo de la cama para comenzar a meter sus pertenencias más preciadas. Hasta ese simple gesto era como desgarrarse por dentro por su significado. Unos golpes en la puerta la sobresaltaron y al girarse descubrió el rostro de su madre.

—¿Puedo pasar? —preguntó Harriet con cautela.

Blake, que en ese momento cerraba la cremallera del equipaje, dudó, temiendo que su madre hubiera ido hasta allí para hacerla cambiar de opinión, pero finalmente aceptó.

—Sí, mamá —dijo antes de sentarse sobre el colchón.

Harriet entró en la habitación y cerró la puerta a su espalda con cuidado. Con paso inseguro se aproximó a su hija para sentarse a su lado. Pudo ver los estragos del llanto en sus ojos y sintió que el corazón se le encogía.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó preocupada mientras cogía la mano de Blake entre sus dedos y la estrechaba.

Blake notó que su labio inferior volvía a temblar, y con la intención de evitarlo lo mordió con sus dientes. Necesitó unos segundos para controlar las ganas de llorar y finalmente habló.

—Me siento fatal, mi intención no era haceros daño.

Harriet elevó su mano libre y apartó un mechón del rostro de su hija con delicadeza. No había subido antes a ver cómo se encontraba porque le había costado una gran batalla tranquilizar a su marido, cuyo genio cualquier día le ocasionaría un disgusto. No podía negar que la confesión de Blake la había sorprendido, que la decisión de su hija de dejar los estudios de veterinaria la había defraudado en parte, pero para ella lo más importante era la felicidad de su hija, de su familia.

—No te preocupes, mi amor, el tiempo todo lo cura. Comprendo lo que has hecho y quiero que sepas que siempre te apoyaré en todo lo que decidas.

Blake giró su rostro y clavó su mirada en el de su madre, sorprendida por sus palabras. Había imaginado que estaría tan enfadada como su padre, pero parecía que no era así y eso la reconfortó.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Ahora la pregunta es: ¿A dónde vas? —dijo señalando la maleta que reposaba sobre la cama.

—He pensado en ir a casa de Tricia, me dijo que si sucedía cualquier cosa podía refugiarme allí hasta que comenzara el curso.

—¿Y dónde es eso?

—Sus padres viven en una urbanización al lado de Oklahoma.

Harriet apretó los labios imperceptiblemente, no quería que Blake se fuera, la necesitaba a su lado después de un año sin ella, pero comprendía que su marcha era lo mejor hasta que las aguas se calmaran. Colocó una máscara en su rostro antes de hablar.

—Bueno, no te preocupes, yo te llevaré a la estación.

Aquellas palabras aliviaron a Blake, y sin poder contenerse un segundo más se abalanzó sobre ella y la abrazó fuertemente, notando el abrigo que siempre había sido su madre.

—Gracias, mamá.

Media hora después Blake esperaba a su madre, que había ido a por el coche, frente a la casa. El rancho, que normalmente era un lugar bullicioso, en aquel momento estaba silencioso como un cementerio. Blake aferraba el asa de su maleta y la congoja nuevamente la embargó.

Solo despertó de ese estado cuando el coche de su madre aparcó frente a ella. Dejó la maleta en el maletero y luego abrió la puerta del acompañante para subir. Fue entonces cuando su mirada descubrió una figura en la lejanía. Era Graig, apoyado contra uno de los cercados, con la mirada clavada en ella. Hubiera esperado que se le acercara, que al menos se despidiera, pero no fue así. Graig ocultó su rostro bajo el ala de su sombrero y se apartó de la valla antes de darle la espalda y comenzar a caminar hacia el granero.

—¡Blake! ¿Nos vamos? —le sobresaltó la voz de su madre desde el interior del vehículo.

—Sí, nos vamos —respondió antes de ocupar su asiento y cerrar la puerta. Otro nuevo dolor atravesó su pecho y, a pesar de la necesidad de desahogo que sentía en aquel momento por el comportamiento de Graig, no pudo llorar. Ya no le quedaban lágrimas.

CAPÍTULO 15

Graig entró en la cocina y se encontró a su madre entre cazuelas. Una sonrisa tierna se dibujó en sus labios al escuchar su canturreo. Muchos de los recuerdos que atesoraba de ella habían transcurrido en aquel lugar. Estaba claro que la cocina era su territorio.

Se acercó y la abrazó por la espalda, sobresaltando a Miranda, que soltó un pequeño gritito antes de hablar.

—¡Tonto! —dijo apartándose y golpeando ligeramente el brazo de su hijo—. Me has dado un susto de muerte.

—Oh, mamá, solo era una broma —se excusó, aunque el humor persistía en su interior.

—Graig, con la que hay montada hoy no estoy para tonterías.

«Sigue siendo el mismo sargento», se dijo Graig con humor mientras se acercaba a la nevera, de donde cogió una cerveza. Quitó la tapa y le dio un largo trago.

Miranda enarcó una ceja al ver su acción.

—Te veo muy ocioso. Deberías echar una mano por aquí.

Graig no contestó en el acto, se tomó su tiempo para degustar la amarga cerveza. Luego habló.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó resignado.

—Angus y Harriet llegarán en un par de horas y las mesas aún no están dispuestas en el porche. ¿Podrías ir al cobertizo a por ellas?

—Ahora voy —aceptó antes de tirar la botella al contenedor de reciclado.

Caminó con paso tranquilo hasta el lugar indicado y se sorprendió al ver la puerta abierta. Cuando entró se detuvo en seco al descubrir quién estaba dentro. Blake luchaba con unas cajas que le obstaculizaban el paso hacia los borriquetes. Sus gruñidos le hicieron gracia y no pudo evitar soltar una carcajada, arrepintiéndose al instante, ya que había logrado llamar su atención a pesar de que llevaba evitándola desde el día en que se encontraron en la cafetería de Debbie.

Blake notaba el sudor recorrer su espalda, mientras los músculos de sus brazos se tensaban a causa del forcejeo que mantenía con las cajas. No sabía qué había en su interior, pero el contenido tenía que asemejarse a ladrillos de cemento armado. Estaba a punto de desistir de su empeño e ir a buscar ayuda cuando una risa profunda la hizo girarse. Al descubrir de quién se trataba se tensó como una cuerda.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Graig, aunque lo que debería haber hecho era darse la vuelta y desaparecer por la misma puerta por la que había entrado.

—No, gracias, soy perfectamente capaz —replicó Blake tozudamente, mientras volvía a aferrar el lateral de una de las cajas e intentaba arrastrarla a un rincón. Lo único que quería era que él desapareciera de su vista y, a poder ser, de su vida.

«Tan cabezota como siempre», pensó Graig mientras se aproximaba a ella. Cuando estuvo a escasos centímetros, a punto de rozar la espalda de Blake, aferró la caja con ambas manos y la levantó como si pesara menos que una pluma y la dejó a un lado.

Blake, sorprendida por su cercanía y su acción, colocó las manos sobre sus caderas y no pudo evitar explotar con el peor de su genio.

—¿Es que estás sordo? Te he dicho que podía encargarme.

Graig, que ya había apilado las tres cajas de la discordia, se giró y se encontró con la postura de ataque de Blake. Furioso soltó lo que quemaba en su lengua.

—Claro, cómo no, la señorita Washington puede sola, no necesita a nadie, ni siquiera a su familia.

Blake sintió un hondo dolor en el pecho, como si le hubieran clavado un puñal en el centro mismo del corazón. Había sido una jugada sucia por parte de Graig y no se iría de rositas.

—Eres un capullo —espetó con voz acerada—. Si no recuerdo mal te pedí ayuda cuando decidí cambiar de carrera. Necesitaba que me ayudaras con mi padre, con mis hermanas. ¿Pero qué hiciste tú? Echar mierda.

—No me culpes a mí de tus errores —contestó Graig, como si el dolor que sintió en el pasado, cuando Blake se fue para siempre, regresara para torturarlo una vez más.

Blake sintió que la ira ascendía por su cuerpo y, perdiendo el temor a estar demasiado cerca de aquel hombre, incluso olvidando lo que le provocaba, se aproximó a él hasta quedar a escasos centímetros y elevó el brazo para clavar el dedo en su pecho.

—No me engañaste entonces y no lo vas a hacer ahora. Solo te deshiciste de mí, utilizando mi confesión para quedarte con mi familia.

La acusación de Blake le dolió más de lo esperado. No estaba dispuesto a dejar que le cargara con una culpa que no le correspondía.

—No me responsabilices a mí de tu egoísmo. Creía que eras de otra pasta, que amabas el rancho y a tu familia, pero nos abandonaste a todos por cumplir un estúpido sueño que no te ha llevado a ningún lado. Dime, ¿mereció la pena? ¿Eres feliz escribiendo una columna en un periódico de segunda? —inquirió Graig.

Blake no pensó en lo que hacía. En un acto reflejo elevó la mano y los dedos impactaron contra su rostro con fuerza. Graig ni se inmutó, simplemente clavó la mirada en su rostro con intensidad hasta que ella se giró como un resorte y salió del cobertizo como alma que llevaba el diablo.

Cuando un desmejorado Angus Walker llegó al rancho se encontró con un caluroso recibimiento por parte de su familia, amigos y vecinos. A duras penas pudo contener las lágrimas que insistían en poblar sus ojos. Tras una comida casera que había echado de menos en el hospital y tras charlar con cada uno de los presentes, se permitió el lujo de descansar en un rincón del porche, sentado en una mecedora.

Cuando sufrió el infarto se llevó un buen susto, pensó que su tiempo en la tierra había finalizado, pero ahora era consciente de que no era así. Lo sucedido le hizo recapacitar sobre su vida, sobre los errores cometidos.

Realizó un barrido visual y encontró a Blake, que estaba situada en un lateral del porche hablando con una amiga de la infancia. «Mi pobre niña», pensó al recordar los años que habían estado distanciados, la tortura que había supuesto, y todo por algo tan absurdo como el orgullo. No podía negar que se había llevado una gran decepción cuando la mayor de sus hijas le dijo que no quería seguir estudiando la carrera de veterinaria. Desde el día en que compró aquel rancho, que en aquel entonces era apenas un caseto con cientos de hectáreas a su alrededor, su gran sueño había sido que aquel lugar se convirtiera en algo próspero, que su legado quedara en la familia durante generaciones. Deseaba que sus hijos lo perpetuaran, pero lo que nunca pensó era que

aquellos hijos, que resultaron ser hijas, tuvieran sus propios planes. Ahora comprendía el error que había cometido con Blake, pero estaba a tiempo de subsanarlo.

En el tiempo que llevaba con ellos había descubierto una tristeza inusitada en sus ojos. A pesar de que Blake fingía ser feliz, estaba claro que no lo era y los remordimientos le carcomían las entrañas. ¿Sería el culpable de esa situación? Esa pregunta le había atosigado día y noche desde el regreso de su hija mayor.

—Viejo Walker, ¿cómo te encuentras? —preguntó una voz a su lado y al elevar el rostro se encontró con el de Dale Gardner.

—Dale, pensaba que no habías venido —inquirió Angus mientras tendía su mano al joven.

—Bueno —contestó Dale mientras se echaba el sombrero hacia atrás y se rascaba la frente—, acabo de llegar. Tuve un problema con una vaca.

Angus comprendía la situación. No era la primera vez que un problema con el rebaño se interponía en su camino. Apreciaba a aquel muchacho que le recordaba demasiado a sí mismo de joven. No había tenido una vida fácil. Su difunta madre falleció demasiado pronto dejando a Jeffrey Gardner sumido en los efluvios del alcohol. Dale, el mayor de los hermanos, tuvo que hacerse cargo del rancho desde bien joven. Si no hubiera sido por él la familia Gardner habría acabado arruinada.

—¿Has vuelto para darnos guerra? —preguntó Dale con humor.

—No lo dudes, muchacho. Me vais a tener que aguantar unos cuantos años más. Soy duro como el acero —replicó Angus con una media sonrisa.

Dale oteó la sala y descubrió algo que le dejó con la boca abierta. Antes de pensar si su pregunta sería correcta o bien recibida, esta salió de su boca como una bala.

—¿Blake ha vuelto? —inquirió sorprendido.

—Sí, hace unos días, cuando pensó que su viejo estaba a punto de irse al otro barrio. He tenido un infarto, pero si eso ha valido para que mi pequeña regrese al nido, ha merecido la pena.

—Walker, lo siento —respondió Dale, molesto por haberse metido donde no le llamaban—. Me alegro de verte bien, voy a ver si encuentro a Graig —se excusó, deseando alejarse antes de meter la pata nuevamente.

Tras revolotear entre sus conciudadanos, Dale finalmente dio con su amigo en una esquina tranquila. Era evidente que intentaba pasar inadvertido, aunque con su altura era cosa poco probable. Se acercó a uno de los bidones con hielo, de donde extrajo dos cervezas, y se aproximó a él. Permaneció unos segundos a la espera, pero la cabeza de su amigo estaba en otro lugar. Solo tuvo que seguir la trayectoria de su mirada para descubrir que estaba clavada en Blake.

—¿Un fantasma del pasado? —inquirió, logrando lo pretendido, que Graig le prestara su atención.

Graig, al percatarse de la presencia de su amigo, giró la cabeza de izquierda a derecha, intentando liberarse de los pensamientos que le atormentaban tras la discusión con Blake. Ahora le prestaba toda su atención a Dale mientras cogía entre los dedos la botella de cristal que este le tendía.

—Pensé que no llegarías a tiempo.

—Graig, no me cambies de tema.

—No sé a qué te refieres —respondió el aludido, tozudo.

Graig y él eran amigos desde el parvulario. Se conocían el uno al otro como si fueran una misma persona. Eran confidentes y no había secretos entre ellos. No era estúpido, la presencia de

Blake solo podía significar una cosa: problemas a la vista.

—Lo sabes perfectamente —le rebatió Dale—. Me refiero a esa morena de ojos azules y cuerpo escultural que está hablando con Leah. Si fuera una completa desconocida la invitaría a una copa y...

—No te pases —le advirtió Graig. Quería a Dale como a un hermano, pero había límites que no le dejaría traspasar.

—Tío, no te enfades, solo era una broma para destensar el ambiente —intentó Dale enmendar su error. Estaba claro que Graig en ese momento era como una bomba de relojería a punto de estallar—. Solo me preocupas. ¿Cómo te sientes?

—Perfectamente —mintió el aludido—, ¿por qué no habría de estarlo?

—Porque la mujer que te rompió el corazón ha regresado —dijo clavando su mirada en Blake—. Me pregunto si ahora que está aquí piensas acabar lo que nunca te atreviste a empezar. ¿Piensas llevártela a la cama? —soltó la pregunta como si tal cosa.

—¡Maldita sea, Dale, cállate! —exclamó Graig molesto. Parecía que había elevado el tono de voz más de lo pretendido porque varios pares de ojos se fijaron en él.

—¿Qué problema hay? —respondió Dale con otra pregunta mientras intentaba controlar una sonrisa.

Sabía que la táctica que estaba empleando con Graig era peligrosa. Remover un avispero no era la mejor de las ideas, pero era lo único que funcionaba con Graig. Era difícil hacerle reaccionar cuando se metía en un agujero.

—La verdad es que Blake se ha convertido en una mujer muy atractiva —insistió en el tema—, y yo llevo demasiado tiempo a dos velas. Quizás tenga una oportunidad con ella, ¿no crees?

Graig clavó la mirada en su amigo con enfado. Hubiera deseado estampar el puño contra su rostro, pero no lo hizo. Simplemente se giró y se dirigió a los escalones del porche para perderse en la oscuridad.

—Objetivo conseguido —susurró Dale mientras una sonrisa diabólica se dibujaba en sus labios.

CAPÍTULO 16

Estaba anocheciendo cuando Harriet decidió que era hora de que Angus descansara, había sido un día repleto de emociones y se había excedido. Aun así, la gente era reacia a marcharse, y la reunión parecía prolongarse hasta el infinito, pero finalmente logró llevarse a su marido al dormitorio.

En un momento dado Blake sintió que necesitaba respirar, evadirse durante unos minutos de aquella algarabía. Aunque no le gustara reconocerlo, la vida que llevaba en Washington no tenía nada que ver con aquello. Estaba acostumbrada a la tranquilidad y el silencio de su pequeño apartamento y no podía negar que en aquel momento se sentía agobiada.

El único lugar donde encontró algo de paz fue en el porche trasero de la casa. Dispuesta a tomarse unos minutos, se sentó en el columpio y cerró los ojos unos instantes, pero su tranquilidad duró poco. Sintió que alguien se sentaba a su lado y al abrir los ojos y girar el rostro descubrió que se trataba de su hermana, Nicola.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupada.

—Esta fiesta de bienvenida está durando demasiado —respondió Blake mientras se apartaba un mechón díscolo de pelo de la mejilla.

Nicola sonrió divertida ante la respuesta de su hermana.

—Recuerdo que cuando éramos pequeñas te encantaban.

—Habré madurado —replicó Blake con una media sonrisa.

—¿Y cómo llevas lo otro?

—¿Qué otro? —inquirió confusa. No sabía a qué se refería Nicola.

—Graig —respondió Nicola escuetamente.

Blake suspiró pesadamente y dejó caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en el borde de la mecedora. Su mirada se clavó en las vigas de madera del techo del porche antes de responder a la pregunta de su hermana.

—Nicola, no hay mucho que contar. A pesar de los años transcurridos nada ha cambiado. Graig sigue culpándome por lo sucedido y las pocas veces que nos hemos encontrado hemos acabado discutiendo. Todo eso confirma lo que siempre te he dicho: me considera una intrusa en mi propia familia. —Prefirió obviar lo sucedido en el granero, cuando Graig la besó con pasión. Estaba claro que era un error del que él se arrepentía. Solo había sido un impulso físico.

—Eso no es verdad, y lo sabes.

Blake giró el rostro como un resorte y clavó la mirada en el de su hermana. Si se hubiera visto reflejada en un espejo habría descubierto las llamas zigzagueantes en sus ojos, presos del enfado.

—¡Oh, claro que lo es! —Al percibir que su hermana estaba a punto de rebatir sus palabras elevó la mano derecha y con un gesto obligó a su hermana a callar—. Justo hoy hemos tenido una nueva discusión y no ha dudado en tirarme a la cara el pasado. Imagino que piensa que todos estaríais mejor si yo no hubiera regresado.

—¿Ya puedo hablar? —preguntó Nicola molesta.

—Claro —replicó Blake, sorprendida por el ceño fruncido de su hermana.

—Como te he dicho en más de una ocasión, creo que te equivocas con Graig. Si actúa así es porque intenta protegerse. Y sospecho que si se ha comportado de esa manera contigo es porque

siente algo por ti. En el fondo siempre ha estado enamo...

—Por favor, Nicola, eres demasiado romántica para tu propio bien, y eso cualquier día te jugará una mala pasada.

—Una afirmación extraña viniendo de una escritora de novela romántica.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad?

—Para nada, solo comento lo que sucede frente a mis ojos.

Blake estaba a punto de replicar a sus palabras cuando una voz se lo impidió.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Meadows, que se había situado junto a la mecedora—. Hacedme un hueco —exigió, hasta lograr colocarse entre sus hermanas—. Que sepáis que no os lo voy a perdonar.

—¿A qué te refieres? —inquirió Nicola confusa.

—Me habéis dejado sola ante el peligro, con toda esa gente que parecía querer echar raíces en esta casa. —Había deseado comprensión por parte de sus hermanas, pero por el contrario ambas estallaron en sonoras carcajadas que solo lograron empeorar el ánimo de Meadows.

—Sois unas... —No termino la frase.

—Señorita Walker, modere su vocabulario —proclamó Blake, imitando la voz de la señorita Sheffield, una de las profesoras del colegio de Fast River que, gracias a Dios, se había jubilado años antes.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Nicola con los ojos abiertos como platos—. Casi me había olvidado de esa mujer. Recuerdo cuando castigaba sistemáticamente a Meadows sin recreo, creyendo que con ello conseguiría doblegar su espíritu. Qué poco conocía a mi hermana.

—¿A qué te refieres? —indagó la aludida, sin tener claro si debía estar molesta o no.

—Que mi querida hermana pequeña —contestó Blake por Nicola— siempre ha reaccionado mejor a la actitud positiva, a los estímulos que reforzaran su autoestima, que a que la otra persona intentara ser más cabezota que ella.

Durante unos segundos permanecieron en silencio hasta que, finalmente, las tres estallaron en sonoras carcajadas.

Graig, que en aquel momento giraba en la esquina de la casa se quedó quieto como un poste observando la escena. Hacía años que no veía a las tres hermanas juntas, disfrutando de un momento de intimidad y, a su pesar, una sensación mezcla de nostalgia y alegría hinchó su pecho. Le hubiera gustado unirse al trío, como cuando eran apenas unos críos y estaban todo el día juntos recorriendo el rancho de un lado a otro y armando alguna que otra travesura. Pero sabía de sobra que era un lujo que ya no podía permitirse. Con paso cauteloso volvió a bordear la casa y entró por la puerta principal para dirigirse a su dormitorio.

Las tres hermanas permanecieron riendo varios minutos y después compartieron varias anécdotas más, hasta que Nicola se levantó del balancín y se estiró.

—¡Oh, vamos, Nicola! Quédate un poco más —rogó Meadows, que estaba disfrutando de aquel momento que le recordaba a otros que tanto había extrañado.

—No puedo, mañana me voy a Oklahoma a primera hora.

—¿Y a qué se debe? —inquirió Blake curiosa. Al ver la expresión del rostro de su hermana abrió ampliamente sus ojos—. ¡Se trata de un hombre! —exclamó efusivamente.

—No es verdad —mintió Nicola, avergonzada.

—¿Un hombre? —repitió Meadows confusa. No se enteraba de nada y eso la molestaba—. ¿Y

por qué no nos has hablado de él? —preguntó inquisitivamente.

—Porque no hay ningún hombre, solo he quedado con una amiga para comer. Blake, mi vida no es una de tus novelas. Buenas noches —se despidió antes de entrar en la casa y dejar a sus hermanas perplejas.

Nicola se incorporó al tráfico de Oklahoma y tuvo que sortear un pequeño atasco antes de llegar a su destino. Se sintió aliviada cuando finalmente entró en el aparcamiento del edificio donde tenía alquilado su apartamento.

Agradeció que el ascensor funcionara correctamente, ya que la mayor parte del tiempo estaba averiado, y subió hasta la segunda planta. Cuando llegó a la puerta dejó la maleta en el suelo y rebuscó en su bolso hasta dar con la llave. Una vez logrado cogió nuevamente su equipaje y se adentró en el pequeño apartamento.

La recibió una bocanada de aire caliente y con premura se acercó a la ventana del salón y la abrió con la esperanza de que entrara alguna brizna de aire que oxigenara el lugar. Luego se dirigió directamente al dormitorio, con la única intención de darse una ducha rápida para refrescarse.

Se deshizo del vestido azul que cubría su cuerpo y entró en la ducha. Accionó el grifo para que el agua saliera templada y se colocó bajo el potente chorro que proyectaba la alcachofa de grandes dimensiones adosada al techo. Estaba a punto de coger el frasco del champú cuando una mano intrusa atrapó su cintura.

Un grito histérico surgió de su garganta rompiendo el silencio.

—¡Ahhh!

—¡Shhhh! Tesoro, tranquila, soy yo —dijo una voz profunda a su espalda, logrando que su corazón ralentizara sus alocados latidos.

—¡Marcus! —exclamó Nicola confusa, sin poder apartar la mirada del cuerpo del hombre desnudo que se había colado en su casa y en su ducha—. ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —indagó con preocupación.

—Oh, vamos, nena —dijo mientras se colocaba tras ella y la abrazaba contra sí antes de coger sus pechos y besar el perfil de su cuello—, creí que te alegrarías de verme.

—Claro que me alegro —replicó Nicola con esfuerzo, conteniendo un jadeo cuando él pellizcó sus pezones sin misericordia—, pero habíamos quedado para comer. Y eso no responde a la pregunta de cómo has entrado... ¡Ohhh!

Marcus sonrió lobunamente cuando ella dejó de hablar, incluso de respirar, al recibir sus expertas caricias. Había cumplido su objetivo, que ella no hiciera más preguntas, que era lo que pretendía además de gozar de su cuerpo.

La verdad era que hacía mucho tiempo que no entraba en casas ajenas y tenía que confesar que le había gustado volver a sentir la adrenalina recorrer sus venas. Aunque ya no era un adolescente imberbe que se colaba en casas vacías para robar lo que podía y sacar algunos billetes para que su madre pudiera pagar el alquiler.

Nicola se sentía perdida en la marea de la pasión, pero la señal luminosa que se había activado en su cabeza instantes antes no la dejaba centrarse. A pesar de las sugerentes caricias de Marcus se ordenó mentalmente resistir y, con gran esfuerzo por su parte, logró apartarse de él

gracias a un empujón. Luego salió de la ducha precipitadamente antes de atrapar la toalla del colgador, con la que se cubrió con celeridad.

—¿Cómo sabes dónde vivo? Nunca te lo he dicho.

Marcus, que también había abandonado el pequeño cubículo, desnudo como Dios le trajo al mundo y sin molestarse en cubrir sus partes íntimas, apoyó despreocupadamente la cadera en el mueble del lavabo. En un gesto de lo más casual se peinó con los dedos antes de responder a su interrogatorio.

—Tengo mis contactos —respondió escuetamente—, pero eso es lo de menos. Lo importante es que estoy aquí y estoy deseando follarte —dijo llanamente, sin importarle que las mejillas de Nicola se colorearan.

—Habíamos quedado en el centro para comer —insistió Nicola tozuda—. No me gusta nada que te hayas colado en mi apartamento —añadió.

Marcus cruzó los brazos sobre el pecho y frunció ligeramente el ceño. Estaba claro que Nicola no era de las que se daban por vencidas. No era como las mujeres frívolas y tontas con las que solía relacionarse, quizás por eso se sentía tan irremediadamente atraído por ella.

Sin pretenderlo se perdió en los recuerdos de pocos meses antes, cuando conoció a Nicola Walker por pura casualidad en uno de sus locales. Tras esa primera noche quedaron en una pequeña cafetería del centro. Una sonrisa se dibujó en sus labios al recordar como le vertió el café sobre los pantalones y la desolación y la vergüenza que se reflejaron en su angelical rostro mientras intentaba secar la mancha.

Cuando les contaba a sus amigos su relación con Nicola muchos no podían evitar hacer bromas sobre ello y, a pesar de que no le gustaba, comprendía lo surrealista que era la situación. Una maestra de escuela infantil con uno de los mayores traficantes de drogas de la ciudad. No, definitivamente había sido cosa del destino.

—Deberías irte —dijo Nicola mientras se secaba la piel con la toalla. Se sentía incómoda con la situación.

Marcus era uno de los hombres más atractivos que había conocido en su vida, y sabía cómo hacer que su cuerpo vibrara con sus caricias, pero eso no era suficiente, y lo sabía. Durante los casi tres meses que duraba aquella relación que ni siquiera sabía cómo calificar, él no le había contado nada sobre su vida, ni a qué se dedicaba. Nada, en respuesta solo había recibido evasivas que no la llevaban a ninguna parte y estaba cansada. No podía negar que se estaba enamorando de aquel hombre, pero era todo un misterio para ella y no era lo que buscaba. Solo quería un buen hombre con el que comenzar una tranquila vida juntos, y quizás formar una familia.

—No pienso irme de aquí hasta hacerte el amor como es debido —replicó él mientras acortaba la distancia que los separaba y atrapaba la boca femenina en la propia con un beso abrasador.

Nicola quiso resistirse, verdaderamente lo intentó, pero las caricias que Marcus prodigaba a su cuerpo eran imposibles de rechazar, más cuando su mano descendió por su abdomen y llegó a la zona más sensible de su cuerpo. Entonces supo que estaba perdida.

CAPÍTULO 17

Nicola accionó la intermitencia y obligó al vehículo a tomar el camino de tierra que llevaba al rancho. Regresaba tras pasar unos días en Oklahoma con Marcus, aunque empezaba a cansarse de la situación. Se sentía como un nómada que no pertenecía a ningún lugar en concreto.

Cuando llegó a la casa aparcó a un lado, accionando el freno de mano antes de salir. Agradeció la suave brisa que la recibió, aquella que tanto había extrañado en la ciudad. Estaba segura de que allí descansaría sin los agobios del calor que la solía torturar en su pequeño apartamento cuando llegaba el verano.

No había dado ni dos pasos cuando la puerta de la casa se abrió para dar paso a Meadows, que cuando la descubrió junto al coche sonrió anchamente yendo decididamente hacia ella.

—¡Nicola! —exclamó mientras la abrazaba fuerte—. Te estaba esperando como agua de mayo.

La aludida se apartó de su hermana y estudió su rostro. Parecía que pretendía algo, y estaba segura de que no le iba a gustar.

—¿Y eso por qué? —preguntó con sospecha mientras una de sus cejas se enarcaba.

—Llevo toda la tarde intentando convencer a Blake para que me acompañe a tomar algo al pub, pero no hay manera. Está en su cuarto, con la mirada fija en ese maldito ordenador y no soy capaz de despegarla de él. Dice que tiene que trabajar, pero no he visto que sus dedos se movieran sobre el teclado ni una sola vez. ¿Me ayudarás? —preguntó, dibujando en su rostro una expresión de súplica que Nicola conocía demasiado bien.

—La verdad es que a mí tampoco me apetece demasiado —intentó zafarse, pero cuando el ceño de su hermana se frunció, supo que no estaba dispuesta a aceptar un segundo no.

—Te recuerdo que es viernes y hace casi una década que no salimos juntas. Por el amor de Dios, ¿en qué se han convertido mis hermanas? —preguntó en voz alta, aunque no esperaba la respuesta—. No, ya te lo digo yo —dijo mientras hacía un gesto de su mano frente a la cara de su hermana—: en dos vejestorios aburridos, si me descuido pronto os convertiréis en dos marujas que teje frente a la televisión —pronosticó.

A pesar de su estado de ánimo, no pudo evitar reír ante el ingenioso comentario de Meadows.

—Está bien —aceptó—, pero antes tengo que bajar mi equipaje.

—Por supuesto —respondió Meadows alegremente—, ¿quieres que te ayude?

—No, puedo yo sola, es solo una bolsa.

Media hora después ambas se dirigieron a la habitación de Blake. Como le había dicho Meadows, su hermana permanecía en su escritorio, frente al ordenador, aunque no movía ni un músculo de su cuerpo. Verdaderamente parecía una estatua de sal.

—Ejem —carraspeó Nicola, con la esperanza de llamar la atención de Blake, que elevó la mirada y la clavó en sus hermanas, situadas frente al escritorio.

—Nicola, ¿cuándo has llegado? —preguntó confusa.

—Ahora mismo, ¿no has visto los wasap que te mandé? —inquirió la aludida frunciendo ligeramente el ceño.

Blake se dejó caer en el respaldo de la silla y se frotó la frente con los dedos antes de responder.

—No, la verdad es que no sé ni dónde tengo el móvil —confesó pesarosa.

—¿Y qué estás haciendo ahí? —inquirió Nicola.

—Intentar empezar esta maldita novela —dijo Blake con frustración, aunque ante sus ojos solo había una página en blanco.

Nicola rodeó el escritorio y clavó su mirada en la pantalla.

—Oh, pues ya veo lo que te cunde. ¿Es un problema de esas a las que los escritores llamáis musas?

—Sí, ni rastro de ellas —confesó Blake antes de coger el ratón y presionar la esquina para cerrar el programa. No tenía sentido seguir torturándose.

—Quizás lo que necesitas es un muso, de esos con un pecho amplio, brazos que están a punto de romper la camiseta...

—¡Meadows! —exclamó Blake, sorprendida por el comentario de su hermana pequeña.

—¿Qué pasa? —inquirió esta confusa—. ¿Acaso no aparecen tíos así en tus novelas?

—Claro que sí, pero yo prefiero centrarme en una trama que atrape al lector, no solo en describir a un Adonis con culo prieto.

Meadows y Nicola no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas ante el comentario de Blake, que finalmente se rindió y se unió a ellas. Cuando al fin pudieron dejar de reír, y un poco más animada, Blake decidió indagar sobre lo que hacían sus hermanas allí.

—Y ahora que ya os habéis reído de mí a vuestras anchas, ¿me podéis decir qué es lo que queréis de mí?

—Habíamos pensado que no nos vendría mal oxigenarnos —dijo Meadows insegura—, y quizás tomarnos unas cervecitas en el pub Clother.

—No, rotundamente no —se negó Blake. Hacía meses que no salía y no estaba segura de querer hacerlo.

—¡Oh, vamos, Blake! Hace mucho que no hacemos nada juntas —insistió Meadows obstinadamente.

Nicola adivinó la ilusión en el rostro de Meadows y, aunque cuando dirigió su mirada a Blake no encontró más que apatía, lo intentó. Quizás no le vendría mal salir una noche y disfrutar de una ronda de chupitos y unas risas. Dispuesta a forzar a su hermana mayor, no dudó en apoyar a Meadows.

—Blake, creo que somos dos contra una.

—Ha sido un día muy largo y mañana tengo que trabajar —intentó excusarse.

—Nada de excusas —dijo Nicola con autoridad antes de obligar a Blake a levantarse de la silla que ocupaba.

Prácticamente la arrastró hasta el armario y rebuscó entre las pertenencias que su hermana había llevado, frunciendo el ceño al percatarse de que no había nada adecuado para una noche de chicas.

—¿Pero qué ropa has traído?

—No voy a quedarme mucho tiempo.

—¿Y eso es excusa para no traer nada decente? —le rebatió Nicola.

—Por si no lo recuerdas, mi idea no era irme de fiesta, venía a ver a papá, que estaba ingresado tras un infarto.

Meadows, al ver que la situación se descontrolaba, decidió intervenir.

—¡Tiempo muerto! —exclamó, formando con sus manos una T—. Por eso no hay problema, voy a mi dormitorio, a ver si encuentro algo —dijo antes de abandonar la habitación.

—¡Oh, vamos, Blake, no te enfades conmigo! —exclamó Nicola mientras colocaba el brazo sobre los hombros de su hermana para estrecharla contra su cuerpo.

—Lo siento, he sido un poco borde —se excusó Blake arrepentida—, no he tenido un buen día.

—¿Es por tu trabajo? —indagó Nicola preocupada—. No te preocupes, verás como mañana encuentras la inspiración que tanto necesitas...

—No es eso —confesó Blake mientras se frotaba la frente.

Una alerta se encendió en la cabeza de Nicola al escuchar sus palabras y ver el gesto que mostraba el rostro de su hermana.

—¿Qué sucede? —inquirió mientras obligaba a Blake a acercarse a la cama para acabar ambas sentadas sobre el colchón.

—Es Graig —expuso escuetamente, dudando sobre si debía o no comentar a su hermana lo que sucedía.

—Seguro que habéis vuelto a discutir... —profetizó Nicola, pero no pudo acabar la frase porque se vio interrumpida por la voz de Blake.

—Me ha besado, nos hemos besado —rectificó—, y desde entonces no puedo centrarme en nada.

Nicola abrió los ojos ampliamente, sorprendida por la confesión de Blake. Había esperado cualquier cosa, pero eso no, a pesar de que siempre había notado la tensión entre ambos, a pesar de que era demasiado joven en aquel entonces para identificar las señales.

—¿Lo ves? ¡Te lo dije! —exclamó triunfal.

Blake se sintió molesta con sus palabras.

—¿Te parece divertido?

—No, exactamente no —dijo Nicola. A pesar de la mirada huraña que le dedicaba su hermana en aquel preciso instante—, pero sabía que tarde o temprano acabaría sucediendo, Graig y tú sois un par de estúpidos.

Blake iba a replicar al discurso de Nicola, pero la intempestiva llegada de Meadows se lo impidió. La joven iba cargada con una montaña de prendas que soltó sobre la cama junto a ellas.

—¿Qué has traído? —inquirió Blake molesta—, ¿medio armario?

—De verdad, hermana —respondió Meadows sin perder el ánimo—, te has convertido en una amargada. A ver si en el pub encuentras a un vaquero que te quite las penas.

Nicola, al escuchar el comentario de Meadows, soltó una sonora carcajada que fue acompañada por la de la responsable. Blake puso los ojos en blanco y elevó su cabeza al techo mordiéndose la lengua para no replicar, mientras sus hermanas se divertían a su costa.

Treinta minutos después Blake observaba críticamente el reflejo que le devolvía el espejo. Le gustaba la camiseta roja sin mangas y escote en uve; le quedaba como un guante. Pero no tanto la minifalda vaquera de color negro y las sandalias de tacón alto de un llamativo color rojo. Sí podía destacar lo que sus hermanas habían logrado con su pelo, normalmente recogido en una coleta alta. Ahora se extendía por su espalda en completa libertad, y Nicola se había tomado su tiempo para ondular las puntas con un moldeador. Cuando llegó el momento del maquillaje, logró evadirse de sus hermanas, diciéndoles que fueran a arreglarse, y solo se dio una fina capa, rímel en las pestañas y se pintó los labios también de rojo. Sí, definitivamente tenía que admitir que estaba espectacular.

Blake sentía como su corazón galopaba en su pecho cuando Nicola cogió la desviación y entraron en la estrecha carretera que daba acceso al único local donde la gente podía divertirse,

beber algo y echar una partida de billar o dardos. Sintió una extraña sensación al vislumbrar el edificio que albergaba el pub Clother.

Cuando bajó del vehículo dedicó unos minutos a estudiar el lugar, que no parecía haber cambiado en el tiempo que llevaba fuera de su hogar. Era una edificación de una sola planta, rodeada por el *parking*. Sus ladrillos rojos estaban desgastados por el tiempo, y unas luces de neón anunciaban el nombre del local.

—¿Estás lista? —inquirió Nicola a su espalda.

Blake giró levemente su rostro y sonrió antes de responder.

—Claro, vamos a quemar la noche —respondió con humor.

Las tres mujeres caminaron hacia la puerta y se encontraron con el ambiente animado de los viernes.

Los ojos de Blake se tuvieron que adaptar a la escasa luz que proyectaban las lámparas industriales que en otro tiempo debieron pertenecer a alguna fábrica. Su mirada recorrió toda la sala, confusa, ya que el interior del pub sí que parecía otro.

—Todo esto está muy cambiado —exclamó sin poder contenerse, mientras se fijaba en las antiguas mesas de arquitecto de metal, rodeadas de taburetes dispares que le daban al local un aspecto ecléctico.

—Sí, cuando Aaron Harris cogió el local decidió darle su toque —comentó Meadows mientras avanzaban por la sala hasta la barra del fondo.

—¿Aaron Harris? —inquirió Blake sorprendida.

Conocía a Aaron, habían compartido pupitre en las aburridas clases de matemáticas de la señora Smith. También había formado parte de su grupo de amigos del instituto. Recordaba que había ido a la universidad con la idea de estudiar empresariales. No entendía qué hacía en Fast River regentando un local de copas.

—¡Ese soy yo, chica de ciudad! —exclamó una voz profunda a su espalda, antes de que se viera aprisionada contra un amplio pecho en un abrazo de oso.

—¡Qué sorpresa, Aaron! —exclamó Blake cuando al fin pudo apartarse—. Te hacía en la ciudad, comandando alguna gran empresa.

—Y lo hice, pero me cansé rápido, extrañaba demasiado esto —comentó señalando a su alrededor—. Te puedes ir de Fast River, pero Fast River nunca abandonará tu corazón.

Blake sonrió ante las poéticas palabras de Aaron, aunque no podía negar que cuadraban bastante bien con sus propios sentimientos.

CAPÍTULO 18

Graig se sintió aliviado cuando el duro día de trabajo acabó. Era la noche del viernes y tras una semana infernal necesitaba desconectar de todo y de todos. Tras cenar lo que su madre le había dejado en el horno, decidió darse una larga ducha y tras afeitarse se puso unos jeans negros y una camisa blanca. Salió decidido de la casa Walker y se subió a su coche en dirección al rancho Gardner, con la esperanza de que Dale le acompañara esa noche.

Aparcó frente a la casa, que parecía envejecida por el paso del tiempo, y quitó la llave del contacto antes de salir de la cabina. Con paso resuelto caminó hasta el porche y subió los dos precarios escalones. Saltaba a la vista que la vivienda necesitaba muchos arreglos, y en más de una ocasión se había ofrecido para ayudar a su amigo con ello, pero Dale siempre se negaba. Podía ser más terco que una mula cuando se lo proponía.

Llegó a la puerta y llamó con los nudillos. Para su sorpresa la puerta se abrió al instante y ante sus ojos apareció Jeffrey Gardner, el padre de su amigo. El hombre no se parecía nada al que conoció en su infancia, cuando era uno de los mejores domadores de caballos del condado. Los años no habían pasado en balde, y tampoco ayudaban las ingentes cantidades de alcohol que ingería cada día desde la muerte de su esposa, Tina, que había fallecido cuando Dale cursaba el último año de instituto. Desde entonces nada volvió a ser igual para la familia Gardner, ni para Dale y Philip, que además de perder una madre tras una larga y dolorosa enfermedad, también perdieron a su padre.

—¡Vaya, si es el chico Stewart! —exclamó Jeffrey con voz gangosa mientras se aferraba a la puerta para mantener el equilibrio.

—Buenas noches, señor Gardner —saludó Graig educadamente—. Vengo a ver a Dale, ¿anda por aquí? —indagó.

El hombre frente a él parecía confuso, e incluso se rascó la cabeza, revolviendo, si aquello era posible, su pelo blanco.

—Pues no estoy seguro, espera —dijo antes de girarse y empezar a vociferar el nombre de su hijo—. ¡Dale, está aquí Graig!

El aludido apareció al poco tiempo, con el rostro lleno de frustración. Se acercó a la puerta y ni siquiera prestó atención a su padre, que en aquel momento se dirigía a la cocina con movimientos trabajosos, bamboleándose de izquierda a derecha.

—Graig, ¿qué haces aquí? —inquirió Dale sorprendido, estudiando su aspecto—. ¿Tienes una cita? —añadió con un deje de humor.

—Sí, contigo —replicó el aludido.

—¿De qué hablas?

—Había pensado invitarte a unas cervezas y echar una partida de billar.

—Tío, lo siento, pero estoy agotado —intentó zafarse Dale.

—¡Oh, vamos! No me dejes tirado, necesito hablar.

Dale clavó la mirada en el rostro de su amigo y vio las ojeras y el tic nervioso de su ojo derecho. Algo le pasaba, y necesitaba hablar. Y a pesar de no saber qué le sucedía, estaba seguro de que tenía que ver con una mujer: Blake Walker. Le hubiera gustado negarse, había tenido un día de mierda, por no hablar de su padre, que la había vuelto a liar abriendo el vallado donde

guardaba las vacas a punto de parir. Había pasado gran parte de la tarde buscando las reses.

—Tendrás que añadir a esas cervezas algo de comer —dijo al fin.

Graig sonrió anchamente, agradecido por que su amigo hubiera aceptado.

—Eso está hecho.

Diez minutos después Dale bajó las escaleras y descubrió a su padre tirado y roncando en el sofá frente a la televisión. Chascó la lengua, molesto, y salió dispuesto a olvidar a aquel maldito viejo que parecía disfrutar jodiéndole la vida.

Graig ya le esperaba en la ranchera y, sin dudar, abrió la puerta del acompañante y la cerró. Agradeció el aire acondicionado del interior y esperó a hablar cuando su amigo enfilaba el camino de tierra para salir del rancho.

—Ahora cuéntame qué pasa —dijo directo, como era su costumbre.

Graig accionó la intermitencia y se metió en la estrecha carretera asfaltada para dirigirse a unos diez kilómetros de Fast River, que era donde se encontraba el único lugar donde divertirse en la zona; el pub Clother.

—Es esa mujer, acaba con mis nervios.

—Eso ya me lo imaginaba —respondió Dale mientras se acomodaba en el asiento y giraba el rostro para mirar el perfil de su amigo—. ¿Qué ha pasado?

—El otro día, después de marcar las reses, entré en mi habitación con la intención de ducharme.

—¿Y? —inquirió sin comprender.

—Cuando entré en el cuarto de baño me la encontré con mi caja de herramientas, intentando colocar unos pestillos.

Dale, a pesar de que sabía que su amigo se enfadaría, no pudo evitar estallar en sonoras carcajadas que solo lograron que el semblante de Graig se ensombreciera más, si es que aquello era posible.

—¿Qué te parece tan gracioso? —reclamó a Dale, que tuvo que limpiarse unas pequeñas lágrimas de los ojos.

—Que Blake consiga ponerte de tan mal humor. De todas maneras, no entiendo el problema de que ella decida poner unos pestillos. Supongo que se trata de una cuestión de intimidad.

—¿Qué pasa? ¿Acaso se cree que voy a entrar por la noche en su dormitorio?

—¿Lo harías? —respondió Dale con otra pregunta mientras una de sus cejas se enarcaba exageradamente.

—¿Qué coño te pasa? —replicó Graig molesto—. ¿Eres gilipollas?

—Eh, tranquilo, amigo —dijo Dale mientras elevaba las manos sobre su cabeza—. Eras tú el que necesitaba hablar.

—Y lo necesito.

—¿Quieres que te dé mi opinión? —interrogó Dale.

—Sí, dispara —respondió Graig, sabiendo de antemano que lo que le iba a decir su amigo no le iba a gustar, pero que iba a hablar con total sinceridad sin importarle si le molestaba o no.

—Creo que siempre te gustó demasiado Blake, por eso intentabas ahuyentarla de tu lado comportándote como un borde. Pero en el fondo siempre has estado coladito por ella. Durante años te he visto liarte con una tía o con otra, pero nunca has tenido nada serio con ninguna mujer porque nunca has podido olvidar a Blake. Y ahora que ha regresado no sabes cómo comportarte con ella. Te vuelves a sentir como un adolescente, pero ya no lo eres. ¿Me equivoco?

—No, maldita sea, no lo haces. Y por eso la besé el otro día...

—Espera, espera —exclamó Dale sorprendido—. ¿Que la besaste?

—Sí, pero es una locura. Está claro que ella no me quiere ver ni en pintura.

—¿Y te extraña?

—¿A qué te refieres?

—Graig, en el pasado, cuando ella te confesó sus sueños y anhelos, la ignoraste, la trataste como si no significara nada para ti. Durante estos años has fomentado que Meadows no hable a su hermana, y no se te ocurra negarlo —dijo mientras levantaba su mano derecha para ponerla frente a sí. Conocía a su amigo y sabía que había estado a punto de cortar su parlamento—. Ella es la que ha estado separada de su familia, sintiéndose rechazada, y tú eres el que ha disfrutado de sus padres y hermanas. Comprendo que no te tenga en gran estima.

—Eso no es del todo verdad, además, ella no tiene por qué saberlo.

—¿Estás seguro de eso? —sembró la duda.

—No lo sé —replicó Graig mientras se frotaba la nuca, donde sentía que la tensión comenzaba a acumularse.

—Amigo, sé que no lo hacías a mala fe, que simplemente pretendías mantenerla alejada para no sufrir, pero como ves, no ha servido de nada. El pasado siempre vuelve.

Blake no podía dejar de reír con las viejas anécdotas de su antiguo compañero de clase. En un momento dado incluso se tuvo que bajar del taburete que ocupaba frente a la barra y limpiarse las lágrimas de las mejillas.

—¡Otra ronda de tequilas! —exclamó Aaron antes de llenar los vasos de chupitos situados frente a las tres hermanas, que estaban pasándose el genial.

—¡No, no, no! —exclamó Nicola tapando con su mano el pequeño vaso—. Yo he llegado a mi tope.

—¡Oh, vamos, no seas aguafiestas! ¿Cuánto tiempo hace que las hermanas Walker no salen juntas? —dijo Aaron disfrutando de lo lindo del momento.

Sin disimulo clavó la mirada en Blake y recordó con nostalgia la infinidad de veces que había intentado conquistarla cuando eran unos adolescentes. Quizás ahora que eran adultos había llegado su momento.

Blake, que normalmente no bebía, se sentía desinhibida y feliz. Hacía demasiado tiempo que no se sentía así, y no quería que aquel momento acabara.

—¡Otro chupito! —exclamó mientras acercaba su vaso para que Aaron lo llenara nuevamente.

Con movimientos diestros, Blake cogió la rodaja de limón, que pasó sobre el puente de su dedo pulgar, luego el salero, que espolvoreó con gracia sobre el jugo pegajoso, y por último cogió el vaso y se lo bebió de un trago antes de lamer el ungüento de su mano.

Meadows observó la escena con preocupación mientras apartaba también su vaso. No le había pasado desapercibida la mirada que Aaron había echado a Blake, y estaba segura de lo que pretendía. Fast River era un pueblo pequeño donde todo el mundo se conocía, y Aaron Nelson no es que tuviera muy buena fama. Dispuesta a alejar a su hermana de aquel seductor de tres al cuarto se levantó de la banqueta que ocupaba y cogió la cintura de Blake.

—Vamos, Blake, se supone que hemos venido a estar juntas. ¿Qué te parece una buena partida de billar?

—Solo un chupito más —rogó la aludida.

—Luego —dijo Nicola, interviniendo mientras ayudaba a Blake a abandonar su asiento— seguimos con los chupitos.

—Os espero —dijo Aaron, aunque se sentía decepcionado por que Nicola y Meadows se llevaran a Blake. «Hay tiempo», se dijo para intentar consolarse.

Dale y Graig traspasaron el umbral para comprobar que el ambiente en el local estaba en su máximo apogeo. Se notaba que era una noche de viernes y había sido día de paga en muchos ranchos.

—Vamos a la barra, tengo tanta hambre que me comería un caballo —dijo Dale.

Graig le siguió con una sonrisa, que se borró instantáneamente cuando su mirada descubrió un grupo muy concurrido en la mesa de billar.

—No puede ser —dijo mientras llegaba a la barra donde su amigo ya se había sentado y estaba ojeando la carta de hamburguesas.

—¿Qué no puede ser? —inquirió Dale.

—Mira hacia la zona de billar.

Dale siguió sus indicaciones y descubrió a las tres hermanas Walker jugando una partida, pero no estaban solas, varios vaqueros de la zona que conocía de vista flanqueaban la mesa, esperando su turno para echar una partida. Aunque estaba claro que no les interesaba jugar, si no las tres preciosas mujeres que se divertían ajenas a los depredadores que las rodeaban.

—¡Mierda! —exclamó molesto mientras abandonaba su asiento y tiraba la carta sobre la barra con desgana—. Está visto que esta noche no voy a cenar —añadió antes de seguir a su amigo.

Graig no respondió al comentario malhumorado de Dale, simplemente comenzó a caminar, esquivando a la gente que bailaba en la pista, para llegar al apartado donde estaban situadas las dos mesas de billar.

—Ahora es mi turno —dijo Blake mientras dejaba su cerveza en una mesa alta.

Cogió la tiza color azul e impregnó la punta de su palo antes de situarse en posición. Agudizó su mirada y, tras unos segundos, golpeó la bola blanca. Su objetivo eran las bolas lisas, pero para su desgracia no logró meter ninguna, sino una rayada que le daba ventaja a Nicola, que al ver la jugaba se puso a saltar mientras aplaudía.

—¡Eres mía, muñeca! —exclamó su hermana triunfal.

—Ha sido pura suerte —respondió la aludida frunciendo el ceño, molesta.

—Vamos, Niki, solo te quedan tres —animó Meadows.

—¡Eres una traidora! —respondió Blake a su hermana pequeña mientras la apuntaba con el palo de billar.

—Lo siento, pero la apuesta me interesa.

—¿Y qué se supone que habéis apostado? —preguntó una voz grave que las sobresaltó a las tres. Al girarse descubrieron que se trataba de Graig, acompañado por Dale, que tenía cara de pocos amigos.

Nicola dejó de prestar atención a Graig y se centró en la bola blanca. Con un golpe maestro metió la bola en su lugar antes de responder a su pregunta.

—Que si gano yo nos iremos a casa.

—Y si pierdes invitarás a una ronda a estos vaqueros —continuó Blake mientras descansaba

sobre el palo, apoyado contra el suelo.

—Venga, tu turno —anunció Meadows, que tenía las mismas ganas de acabar con aquello como Nicola.

A su pesar, Graig fue incapaz de apartar la mirada de Blake, que en aquel momento le daba la espalda, dejando claro que no quería saber nada de él. Cogió el palo y lo colocó en posición, igual que su cuerpo, dándole a Graig una completa visión de su redondeado trasero, haciendo que tuviera que tragar saliva. Para sorpresa de todos, la jugada resultó maestra, ya que de las cuatro bolas que le faltaban por meter a Blake, tres desaparecieron de la superficie verde.

—¡Triplete, chicos! —exclamó dirigiéndose a los vaqueros que la vitorearon tras la partida.

—Nicola, ¿me cedes tu puesto? —pidió Graig, dispuesto a darle una lección a la señorita Washington.

La aludida dudó, pero finalmente le tendió el palo a Graig, para disgusto de Blake, que no tardó en protestar por la nueva situación.

—¡Ese no era el trato, Nicola! —protestó, molesta con su hermana.

—¿Acaso tienes miedo? —inquirió Graig, interponiéndose entre ella y Nicola.

Blake frunció el ceño, molesta con la situación. No le gustaba que Graig se interpusiera entre ella y su hermana, pero estaba a una bola de ganar la partida, ¿qué podía perder?

—¿El mismo trato? —preguntó dispuesta.

—Si tú ganas, invitaré a tus *amigos* a una ronda, y si gano yo limpiarás las cuadras de los caballos durante una semana. ¿Qué te parece?

Blake dudó, lo que había hablado con sus hermanas era más sencillo, pero también le permitía la libertad de quedarse un poco más si le placía. Nicola aún tenía cuatro bolas en juego, ella solo una. ¿Qué posibilidades había de que Graig metiera todas en una sola jugada?

—Está bien, trato hecho —sentenció, tendiendo su mano a la espera de que Graig la estrechara para dar por sellado lo hablado.

Graig acertó la distancia que los separaba y aferró aquella mano de dedos largos. Cuando una corriente eléctrica le atravesó la apartó con más rapidez de la pretendida. Solo había sido la electricidad estática producida por la tensión, se intentó convencer mientras cogía la tiza e impregnaba la punta de su palo para que las bolas no resbalaran con el simple roce. Luego se situó en la esquina derecha, donde estaba la bola blanca, y estudió la situación encorvado sobre la mesa.

—¡Vamos, que no tenemos todo el día! —exclamó Blake perdiendo los nervios tras varios minutos de espera.

Graig elevó ligeramente la cabeza, en dirección contraria a la mesa, donde estaba situada Blake, y sonrió enigmáticamente antes de golpear la bola blanca sin apartar la mirada del rostro femenino.

Blake se desligó del hilo invisible que la obligaba a mirar a Graig, y siguió el movimiento de la bola blanca con expectación.

—¡No puede ser! —exclamó en voz alta cuando las cuatro bolas entraron por los diferentes orificios de la mesa, logrando que Graig ganara la partida de una sola jugada.

—Pues sí lo es —dijo Graig mientras dejaba el palo sobre la mesa y se aproximaba a Blake por el lateral—. Y ahora, es la hora de irse —dijo aferrando el brazo de ella.

Blake se sintió furiosa por haber perdido ante Graig, por tener que limpiar las cuadras de los caballos durante una semana, pero, sobre todo, porque él se creyera con derecho a tratarla como a una niña, diciéndole lo que podía hacer o no.

—En el trato no decía que tuviera que irme contigo a ningún lado, aún no he acabado aquí — dijo dando un fuerte tirón para liberarse de su mano.

Graig sintió como las aletas de su nariz vibraban, y volviendo a aferrar el brazo de Blake se arrojó a su cuerpo antes de susurrar una orden.

—Vas a venir conmigo por las buenas o por las malas.

Unos de los vaqueros que había estado esperando a que finalizara la partida para acercarse a Blake se metió en el asunto.

—¡Eh, tío! ¿No has oído a la señorita? Quiere quedarse con nosotros.

Dale, viendo que la situación estaba a punto de descontrolarse, se acercó a Graig y le susurró unas palabras al oído antes de acercarse a uno de los tres vaqueros, Norman, al que conocía de otras temporadas.

—Tranquilos, chicos, no hay que sacar las cosas de quicio, ¿verdad, Norman?

El aludido elevó su rostro y clavó la mirada en Dale, al que conocía bien y sabía que tenía unos puños rápidos y diestros. Era evidente que pedía calmar los ánimos y, sabiendo que enfrentarse a Dale sería un error, accedió.

—Vamos, Tom, no merece la pena —dijo mientras veía como Stewart sacaba a las tres chicas del local—. Hay más mujeres guapas en este local.

CAPÍTULO 19

Tras la disputa en el interior del pub, Dale obligó al grupo a salir al exterior para evitar daños mayores. La tensión se podía palpar en el ambiente, y nadie parecía saber qué hacer o decir, hasta que Blake sacó las llaves del bolsillo trasero de su falda y se dirigió a su coche.

Graig, que estaba a poca distancia de ella, clavó la mirada en su espalda cuando intentó introducir las llaves en la cerradura sin demasiado éxito.

—Chicas, parece que la fiesta se ha acabado. ¿Nos vamos a otro sitio?

—De ninguna manera vas a conducir en ese estado —dijo Graig con seguridad, mientras arrancaba las llaves de las manos de Blake. Luego dejó de prestarle atención y se dirigió a su amigo—. Dale, coge mi coche y lleva a Nicola y Meadows al rancho y luego vete a casa, mañana iré con uno de los chicos a recogerlo.

Blake, situada a pocos pasos, y con el ceño fruncido, no pudo evitar ponerse a aplaudir antes de hablar.

—Muy buen trabajo, señor Stewart, ya lo ha organizado todo, como siempre. Debería cambiar de trabajo y dirigir una gran empresa donde todos sus lacayos le laman la punta de las botas.

Graig, que hasta ese instante había intentado ignorar a Blake expresamente, giró su rostro y clavó la mirada en ella. Cogió aire y lo soltó lentamente antes de contar hasta diez, como le había aconsejado su madre un millón de veces, pero en esta ocasión no sirvió para relajarse. Tenía muchas cosas que reprocharle a Blake, que se estaba comportando como una estúpida, pero quería hacerlo sin testigos.

—Blake, cállate —le ordenó señalándola con el dedo índice—, ahora arreglaremos cuentas.

Tres pares de ojos les observaban expectantes, como si se tratara de una película que les mantenía atentos, pero al ver la mirada torva que Graig les dedicó se dispersaron rápidamente, dejándole a solas con Blake en medio del *parking*.

—¿Y ahora qué? —inquirió Blake mientras se apoyaba contra el costado de su coche y cruzaba las piernas, uniendo sus tobillos. Con la postura solo consiguió tambalearse.

—Ahora me vas a explicar por qué te comportas como si tuvieras quince años —dijo Graig situándose frente a ella mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—¡Oh, vamos, Graig, solo quería divertirme! —exclamó Blake frunciendo sus labios para formar un gracioso mohín.

—Te recuerdo que tienes casi treinta años y deberías comportarte como una mujer hecha y derecha.

—Ah, muy bien, ahora me recuerdas que soy un vejstorio.

Graig se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y el pulgar, sin saber muy bien qué hacer. Estaba claro que había bebido más de la cuenta y no lograría razonar con ella.

—Está bien, vamos —dijo cogiéndola del brazo y apartándola del coche para abrir la puerta, pero ella se resistió.

—Todavía es pronto, solo quiero pasarlo bien. ¿Por qué no me dejas sola y te vas a casa? Estoy segura de que alguno de los vaqueros que hay ahí dentro no tendrá problemas en llevarme luego.

Graig sintió que la ira ascendía por su cuerpo. Comenzó a respirar aceleradamente y las aletas

de su nariz se elevaron denotando su enfado. Las palabras de Blake habían logrado sacarle de sus casillas, y sin poder evitarlo la cogió por los brazos y la acercó a su cuerpo, hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros.

—¿De verdad eso es lo que quieres? ¿Acabar en las garras de uno de esos vaqueros que lo único que piensan es en llevarte a la cama? —preguntó con voz acerada.

Blake sintió que se quedaba sin respiración al percibir su olor varonil, el calor que emanaba el cuerpo masculino, demasiado cerca del suyo. Parte del aturdimiento que sentía gracias a los tequilas ingeridos se evaporó y fue sustituido por una sensación muy distinta y que conocía demasiado bien: el deseo. Apenas había prestado atención a sus palabras, a pesar de que debería haberse ofendido por ellas, pero lo que Graig le hacía sentir era más fuerte.

—¿Y qué problema hay? —susurró, sabiendo que sus palabras solo lograrían enfurecerle más —. Hace demasiado tiempo que no...

—¡Cállate, maldita sea! —gritó Graig fuera de sí.

Supo que había perdido la batalla cuando ella se carcajeó. En un movimiento diestro cogió su rostro entre las manos y abordó su boca sin contemplaciones, su lengua penetró en su interior y sintió que su masculinidad engrosaba cuando Blake respondió al beso gustosa.

Pero la cosa empeoró cuando las manos femeninas se situaron en su pecho, desabrochando un par de botones para acariciar con las yemas de los dedos su piel. Sin percatarse soltó un gruñido y sin dejar de besarla dejó que sus propias manos descendieran a través de los costados del cuerpo de Blake, rozando sus costillas, hasta llegar a su minúscula falda negra. Siguió bajando y llegó a sus muslos desnudos. Había olvidado por completo dónde se encontraban, en medio de un *parking*, y con las palmas de sus manos pegadas a la piel suave y firme comenzó a subir la falda hasta dejar al descubierto su ropa interior.

Blake sentía que con cada caricia que le prodigaba Graig la excitación latía en su estómago, anhelando algo con lo que había soñado media vida. «¿De verdad está sucediendo?», se preguntó en estado de shock. Su olor la volvía loca, sus caricias, a pesar de las manos encallecidas, estaban haciendo milagros en su cuerpo, y su boca, su sabor...

—¡Eh, buscaros una habitación! —exclamó un grupo que salía en aquel momento del local entre risas y cuchicheos.

Graig despertó del sueño en el que se encontraba, y solo entonces fue consciente de que había estado a punto de hacerle el amor a Blake en plena calle, a la vista de cualquiera. «Me he vuelto completamente loco», se dijo tembloroso antes de bajarle la falda con movimientos frenéticos y apartarse de ella.

El silencio entre ambos se prolongó un par de minutos y, finalmente, Graig fue el que se hizo cargo de la situación. Apartó a Blake del coche para abrir la puerta y empujarla al interior. Luego emprendió el viaje de regreso al rancho.

Blake tardó en reaccionar, en poder pensar, pero cuando su mente comenzó a procesar lo sucedido empezó a sentirse frustrada. No sabía si por efecto del alcohol que aún recorría sus venas, o porque estaba harta de esperar lo que había estado a punto de suceder, habló con más claridad que en toda su vida.

—¿Esto va a quedar así? —preguntó directa, con la mirada clavada en el perfil masculino, que parecía tenso.

Graig apretó el volante con más fuerza, mientras sus nudillos se volvían blancos por la presión. Todavía estaba asimilando lo sucedido, fustigándose por su debilidad, y la pregunta de Blake le descolocó por completo.

—¿No vas a decir nada? —insistió Blake tozuda—. ¿Eres un cobarde, Graig Stewart? —añadió, sabiendo que eso le haría reaccionar.

El aludido dio un fuerte volantazo para situarse en la cuneta y frenó el coche en seco antes de girarse sobre su asiento y clavar la mirada en Blake con intensidad.

—No soy un cobarde —afirmó con voz acerada—, pero no suelo acostarme con mujeres borrachas, que además son de la familia.

—¡No soy de tu familia! —explotó Blake llena de ira, para segundos después ponerse a llorar.

Graig tragó el nudo que se había formado en su garganta y giró la llave para arrancar el motor. Con la intención de ignorar los gimoteos de Blake, encendió la radio a todo volumen y se incorporó nuevamente a la carretera.

Cuando llegó al rancho, y a pesar de que no quería mirar a Blake, giró su rostro hacia el asiento del acompañante y descubrió que ella estaba dormida. Maldijo mil veces su mala suerte y bajó con movimientos bruscos del vehículo para rodearlo y abrir la puerta del copiloto. Desabrochó el cinturón de seguridad y cogió a Blake en sus brazos. Esta ni se percató de lo que sucedía, estaba sumida en un sueño profundo.

Graig entró en la casa y a duras penas abrió la puerta del dormitorio de Blake, intentando no hacer ruido para que el resto de la casa, que permanecía en silencio, no se percatara de su acción. Encendió la luz y finalmente la dejó sobre la cama. Luego le quitó las sandalias y fue testigo de como ella se movía para acurrucarse sobre el colchón como si fuera una niña pequeña.

Se frotó la nuca con cansancio y arrastró sus pasos hasta la puerta del baño que compartían para llegar a su habitación. Ni siquiera se molestó en quitarse la ropa, se tiró sobre la cama y cerró fuertemente los ojos con la imperiosa necesidad de dormir y olvidar lo que había sucedido.

—Estoy preocupada —dijo Meadows con los ojos abiertos como platos, incapaz de conciliar el sueño.

Nicola, tumbada en una cama supletoria en la habitación de su hermana, quiso taparse la cara con la almohada, pero conocía lo suficientemente bien a Meadows para saber que no se callaría.

—No deberías estarlo, Graig se encargará de todo —intentó tranquilizarla.

—Pero nunca le había visto tan enfadado. Bueno, si lo pienso bien, desde que le dio el infarto a papá no hay quien le aguante.

Nicola conocía el motivo real: el regreso de Blake, pero no quería desvelar nada, porque tenía que Meadows no lo entendiera. Su hermana pequeña tenía idealizado a Graig, era el mejor hermano mayor, según había dicho mil veces, y no sabía cómo reaccionaría cuando supiera que Graig y Blake estaban enamorados desde tiempo inmemorial. Meadows era una mujer dura, de fuerte carácter, pero en ciertos asuntos era demasiado inocente.

—Tranquila, se le pasará, simplemente estará cansado.

—Y furioso con Blake. Menuda borrachera se ha cogido.

—No está acostumbrada a beber —la defendió Nicola.

—Y tengo la sensación de que eso es lo que pretendía Aaron, emborracharla para aprovecharse de ella. Nunca me ha gustado ese tipo.

—A mí tampoco —respondió Nicola antes de dar un sonoro bostezo.

—Tenemos que proteger a Blake, no me gustaría que cayera en sus garras —dijo Meadows con seguridad.

Una dulce sonrisa se dibujó en los labios de Nicola al escuchar aquello. «Cuando llegue el momento seremos nosotras las que te tendremos que defender de algún hombre», pensó Nicola con humor.

—Lo haremos, y ahora, ¿podemos dormir? —rogó Nicola.
—Claro —aceptó Meadows de mala gana.

CAPÍTULO 20

Dale estaba de un humor de perros, nuevamente había discutido con su padre y cada vez le era más difícil controlar las ganas de estrangularle. Necesitaba oxígeno, salir del rancho o acabaría ocurriendo una desgracia. Con esa determinación salió de la casa y se subió a su vieja furgoneta para dirigirse a su lugar favorito, donde solía ir a pensar y relajarse: una hondonada del río que pasaba a pocos kilómetros de Fast River.

Llegó en pocos minutos y aparcó en un recodo del camino de tierra. Cogió la linterna de la guantera y salió del coche. Caminó por un sendero unos segundos hasta llegar al fondo del pequeño barranco y se sorprendió al ver luz allí.

Se acercó con cautela y descubrió a la persona que se encontraba en el lugar.

—Graig, ¿qué haces aquí? —preguntó sentándose junto a su amigo en una roca.

El aludido dio un largo trago a la botella de cerveza que portaba en su mano y solo entonces elevó la cabeza hacia su amigo.

—Supongo que lo mismo que tú: buscar un poco de paz.

Dale estudió sus facciones y supo al instante que Graig estaba jodido. Alargó la mano y sacó una de las botellas de cerveza de la nevera portátil situada junto a su amigo. Al abrirla produjo un sonido sordo.

—¿Se trata de la señorita Washington? —inquirió, seguro de que la responsable del estado de ánimo de su amigo no era otra que Blake Walker.

Graig clavó su mirada en la botella de color ambarino y decidió que no tenía ningún sentido mentir a Dale. Él era la única persona que conocía lo que sentía por Blake y cuando ella se marchó fue su paño de lágrimas.

—Sí, la otra noche cometí una gran estupidez.

—¿Qué puede ser tan grave? —preguntó Dale curioso.

—Ayer, después de salir de Clother, la besé como si no hubiera un mañana. Estuve a punto de hacerle el amor en el *parking*. Si no llegan a aparecer unos graciosos habría culminado.

Dale, que en aquel momento estaba dando un trago a su cerveza, tuvo que toser al atragantarse. Había esperado que le relatara una nueva discusión, pero nunca lo que le acababa de confesar su amigo. Necesitó varios minutos para recuperarse, y luego meditó sobre lo sucedido, pero antes de expresar su opinión necesitaba saber qué rondaba por la cabeza de Graig.

—¿Y ahora en qué situación estáis?

—Cuando esos graciosos desaparecieron la obligué a subir al coche y le dije que lo que había pasado no significaba nada.

Dale movió su cabeza de un lado a otro antes de decir lo que pensaba en voz alta.

—¿Y por qué mentiste?

—No lo hice —dijo Graig con excesiva celeridad.

—¡Oh, vamos, Graig! ¿Me tomas por estúpido? Llevas años obsesionado con esa mujer. Siempre has estado enamorado de ella y aún lo estás. —Dale fue consciente de que Graig iba a hablar, pero le cortó con un gesto de mano—. Y, por favor, no pierdas el tiempo intentando mentirme. He sido yo el que ha tenido que apoyarte todo este tiempo.

Graig hubiera querido mandar al cuerno a su amigo, pero en el fondo sabía que Dale tenía

razón. «Soy un cobarde», se dijo. Agradecía que su mejor amigo hubiera tenido la cautela de no llamarle así, pero era lo que realmente era: un maldito cobarde que no se atrevía a enfrentarse a una mujer y a sus sentimientos.

—¿Y cómo lo hago? —formuló la pregunta en voz alta, a nadie en concreto.

Dale elevó la mano y se rascó el cabeza, confuso con la pregunta. No sabía cómo responder. Desgraciadamente no tenía ni idea de cómo se debía tratar a una mujer, mucho menos cómo conquistarla. Había estado ocupado la mayor parte de su vida sacando el rancho Gardner adelante, y no había tenido tiempo para las mujeres. Lo más cerca que había estado de tener una cita con una había sido buscar a una profesional en una de las ferias a las que solía asistir anualmente. Y, aun así, respondió a la pregunta como buenamente pudo.

—Quizás estaría bien empezar a portarte bien con ella, en vez de atacarla cada vez que la tienes cerca. Regalarle flores, bombones...

Graig comenzó a carcajearse al escuchar la última parte del parlamento de Dale, y tuvo que cubrirse la boca para controlarse al ver la expresión huraña de su amigo.

—Tranquilo, he captado la idea —dijo para apaciguarle.

Blake estaba cansada de utilizar el coche de alquiler, y con la esperanza de que la vieja furgoneta Ford de su abuelo, que su padre había arreglado para ella, aún funcionara se dirigió al garaje con paso alegre. Ya en el interior encendió la luz y descubrió varios vehículos dispersos por el lugar. Tras merodear por la zona llegó al fondo del edificio y descubrió una lona de color gris que cubría algo de grandes dimensiones. Sin dudar se aproximó y tiró de ella para descubrir que se trataba de la vieja furgoneta Ford que siempre había vivido en sus recuerdos.

Abrió la puerta del conductor, que resultó pesar una tonelada, y apartando las telarañas se sentó en el asiento.

—¿Dónde estarán las llaves? —dijo en voz alta, y se sorprendió cuando la voz de su padre respondió a su pregunta.

—En la guantera —respondió Angus Walker mientras se sentaba en el asiento del copiloto—, donde las suelo guardar siempre —añadió como si fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Blake curiosa mientras hurgaba en el lugar indicado por su padre hasta dar con el llavero en forma de rueda—. ¿No deberías estar reposando?

Angus chasqueó la lengua sonoramente, demostrando su enfado. No era un hombre que llevara bien el relax y el descanso.

—Estoy aburrido de estar sentado, de intentar leer, de ver los viejos programas de la televisión que reponen una y otra vez.

—Deberías poner la tele por cable —aconsejó Blake mientras introducía la llave en el contacto.

—Tengo un plan mejor —dijo Angus seguro.

—¿Cuál? —inquirió Blake sorprendida.

—Si lo fuera aireando por ahí, dejaría de ser una sorpresa, que es lo que pretendo que sea.

—Está bien, me enteraré a su debido tiempo —dijo Blake respetando la voluntad de su padre.

Volvió a girar la llave por segunda vez y frunció el ceño al comprobar que no arrancaba, solo soltaba una especie de tos seca. Iba a intentarlo una tercera vez cuando su padre colocó la mano sobre la suya para evitar su acción.

—No la fuerces más, la vieja Bessy no lo aguantaría.

—Papá, pero si le cambiaste casi todas las piezas del motor —exclamó Blake sorprendida.

—Sí, lo hice, pero lleva muchos años sin usarse.

—¡Maldita sea mi suerte! —exclamó Blake, ganándose por parte de su padre una mirada amenazadora.

—Las señoritas no hablan así —le reprochó Angus—. Bueno, supongo que no te queda más remedio que ir al taller y que le echen un vistazo para ver qué le pasa. Si es que realmente quieres usarla.

—Claro que quiero —dijo Blake con seguridad. Sabía con qué ilusión la había restaurado su padre para ella, y lamentaba no haberla usado—. Llamaré al taller para que alguien le eche un ojo.

—Si quieres perder el tiempo —dijo Angus mientras abandonaba el vehículo y se reunía con su hija frente al capó.

—¿A qué te refieres?

—Si Cameron está en el taller, no oírás el teléfono de la oficina.

—Pues no creo que sea muy bueno para su negocio —comentó Blake mientras caminaba junto a su padre hacia la puerta—. En fin, ¿podrías llevarme tú? El coche de alquiler se ha quedado sin gasolina.

—Pues no puedo, cielo —se disculpó Angus cuando llegaron al porche de la casa, donde se detuvo para acariciar su mejilla—, tengo que revisar las cuentas junto a tu madre. No sabes lo dura que puede llegar a ser —añadió mientras le guiñaba un ojo—. Pero puedes ir con Graig.

Angus fue testigo del cambio que se produjo en el rostro de su hija. Su nariz se encogió imperceptiblemente y sobre la misma se formó una pequeña arruga. La idea no le había hecho ni pizca de gracia. Estaba a punto de indagar sobre el asunto cuando la puerta se abrió para dar paso a Graig. El gesto de su hija se torció aún más, si aquello era posible. «¿Qué está pasando aquí?», se preguntó, conteniendo las ganas de frotarse la barbilla.

—Angus —dijo Graig escuetamente—, te estaba buscando por si tenías algún encargo más que hacerme.

—Sí, que lleves a Blake al taller de Hunt. Al parecer ha decidido que prefiere conducir a la vieja Bessy, pero la pobre no arranca.

Graig giró su rostro y clavó la mirada en el de Blake. No se había percatado de su presencia hasta el momento. «Es mi oportunidad», se dijo ante la perspectiva de pasar tiempo a solas con ella. Lo había intentado en los últimos días, pero le había evitado sin coartarse.

—Claro, no hay ningún problema.

Las palabras de Graig sorprendieron a Blake, que no se esperaba tanta amabilidad por su parte. Achicó los ojos y los clavó en el rostro extrañamente sonriente de Graig. «¿Qué está tramando?», se preguntó confusa. «Da igual, no lo quiero saber».

—Gracias, pero esperaré a que pueda llevarme Meadows esta tarde.

—No hace falta, a mí me pillas de camino —insistió Graig. No estaba dispuesto a rendirse tan fácilmente.

—También quería buscar una tienda de informática, no quiero robarte tiempo.

—Blake, de verdad, no es ninguna molestia. Tengo toda la mañana libre.

Angus tuvo que disimular la sonrisa que se dibujó en sus labios al presenciar aquella extraña escena entre Blake y Graig. Definitivamente allí había gato encerrado, pero ya buscaría el momento de investigar lo que allí sucedía.

—Bueno, chicos, ya veo que lo tenéis controlado. Si me disculpáis, tengo cosas que hacer —

dijo antes de desaparecer por la puerta del garaje.

Graig fue el primero en reaccionar.

—¿Tienes que cambiarte o algo? —preguntó mientras se ajustaba el sombrero negro sobre la cabeza.

—Solo tengo que ir a por el bolso —dijo Blake, dividida entre la necesidad de mantenerse alejada de Graig y la curiosidad por su extraño comportamiento.

—Perfecto, te espero en el coche —replicó Graig alegremente.

Minutos después Blake salió de la casa y se subió al coche, situándose en el asiento del acompañante. Durante unos minutos permanecieron en silencio, hasta que Graig intentó comenzar con una charla intrascendente.

—¿Qué tal llevas lo de la apuesta? —inquirió, sin apartar la mirada de la carretera frente a sus ojos.

—¿Qué apuesta? —preguntó Blake confusa.

—La que hiciste con Meadows la otra noche, en Clother.

Blake tenía recuerdos confusos de aquella noche, solo recordaba con claridad lo sucedido entre ella y Graig, y como él le había ordenado que lo olvidase, eso era lo que pensaba hacer. Al día siguiente no se pudo levantar hasta el mediodía por la resaca que le provocó el tequila. Se había jurado no volver a probarlo.

—No, aún no. —Por nada del mundo pensaba preguntarle a él sobre el asunto. Ya averiguaría qué había apostado con su hermana pequeña—. Y si no te importa, no tengo ganas de hablar —soltó desagradablemente.

—Como quieras —repuso él secamente.

Graig aferró el volante con fuerza, hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Pero aceptó la petición de Blake. Estaba claro que no se lo iba a poner fácil, y lo comprendía, pero no sabía si él tendría la paciencia necesaria para llegar a su fin; conquistar a Blake.

Tras veinte minutos de completo silencio, al fin llegaron a Fast River. Graig aparcó su furgoneta frente al taller y apagó el motor.

—Te dejo aquí, en una hora acabo con los recados que tengo que hacer. ¿Dónde quieres que quedemos? —preguntó con voz cautelosa.

—En la cafetería de Debbie —respondió Blake escuetamente antes de abandonar el vehículo y caminar con paso firme hacia la acera.

—¡Perfecto! —exclamó Graig mientras volvía a arrancar y se incorporaba a la calle principal, dispuesto a acabar con los recados y prepararse para un segundo asalto. Iba a ser una lucha sin cuartel.

CAPÍTULO 21

Blake se acercó al taller y descubrió un cartel que indicaba que abriría en media hora. Confusa, se alejó y decidió ir a la tienda de informática para ver si podía contratar un servicio de Internet y televisión por cable para el rancho.

Tuvo que pedir indicaciones varias veces antes de encontrarla, y resultó ser propiedad de un antiguo compañero de instituto, Kevin. Tras la promesa de tener servicio en menos de una semana, salió a la calle y regresó al taller de Hunt, que ahora estaba abierto.

Al traspasar la puerta descubrió un taller limpio y luminoso, que nada tenía que ver con el que recordaba. Avanzó hasta el fondo, donde estaba la oficina, y cuál fue su sorpresa al descubrir tras la mesa a Leah.

—Buenos días, Leah —saludó alegremente, y sonrió a su amiga cuando esta levantó la mirada de una guía telefónica.

Cuando descubrió el mohín en sus labios y las lágrimas incipientes en sus ojos, Blake no dudó en acercarse.

—¿Qué sucede? —preguntó sentándose en una de las sillas frente al escritorio.

—¡Todo se ha ido al traste! ¡Mi boda será un desastre mayúsculo! —confesó Leah mientras buscaba una caja de pañuelos, situada en una esquina de la mesa.

Blake buscó la mano de su amiga y la aferró entre sus dedos para apretarla, intentando infundirle ánimos.

—Vamos, cielo, nada puede ser tan malo.

Leah tardó unos minutos en contestar, los que tardó en secar las lágrimas que poblaban sus mejillas. Solo entonces habló.

—Íbamos a celebrar el banquete en el rancho Anderson, en el establo. Hoy Cameron y yo íbamos a ver lo que necesitábamos cuando Madison nos han dicho que no podíamos celebrarlo allí, que finalmente había aceptado otra boda que le reportaba mayores ingresos, a unos panolis de ciudad. Perdona —añadió al pensar que Blake se podía sentir ofendida.

—No te preocupes por eso. ¿Y cuándo era la boda? —dijo Blake, deseosa de encontrar una solución.

—En dos semanas. Lo teníamos todo; el *catering*, el alquiler de las mesas, de los bancos, flores...

—Bueno, pues no hay problema.

—¿Cómo que no hay problema? —replicó Leah, que sentía los nervios a flor de piel con la situación que vivía.

—Estoy segura de que encontrarás otro lugar.

—En esta época del año es imposible, todos los graneros están ocupados con el heno que hay que almacenar para el invierno. Y no me caso si no lo hago en un granero, lo llevo soñando desde hace años.

—Está bien, espérame un momento —dijo Blake antes de abandonar la oficina y salir a la calle. Sacó el móvil de su bolso y cinco minutos después regresó a la oficina donde su amiga seguía revisando la guía telefónica en busca de opciones.

—Pues ya está solucionado —exclamó Blake triunfal—. Ya tienes el granero que necesitas

para la boda.

Leah elevó la mirada y la clavó en el rostro de su amiga, sin comprender a qué se refería.

—¿De qué estás hablando?

—He llamado a mi padre y me ha dicho que podemos usar el viejo granero del rancho que hace años que no utilizamos. Un poco de limpieza, una buena iluminación y todo listo.

—¿Estás hablando en serio? —exclamó Leah sin poder creerlo.

—Muy en serio.

Leah se levantó del asiento donde se encontraba y corrió al encuentro de Blake, a la que abrazó fuertemente.

—¡Gracias, gracias, gracias!

—Es lo mínimo que podía hacer después de años de ausencia. Recuerdo lo bien que lo pasábamos juntas. Sobre todo, cuando me obligabas a ir a los entrenamientos de Cameron —añadió guiñándole un ojo.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó una voz masculina desde la puerta.

Al girarse, Blake descubrió que se trataba de Cameron Hurt. Seguía siendo tan alto como una torre, y su pelo tan rubio, pero parecía que con los años su pecho musculado se había hecho más redondeado.

Leah, al ver entrar a su prometido, se apartó de Blake y se abalanzó sobre él antes de contarle la buena nueva atropelladamente. El hombre clavó la mirada castaña en el rostro de Blake agradecido.

—Gracias por todo, Blake, te debemos un favor enorme.

—Bueno, cuando vine al taller tenía un motivo —explicó la aludida recordando la vieja furgoneta de su abuelo.

—¿Qué necesitas? —inquirió Cameron servicial.

—¿Recuerdas la vieja Ford de mi abuelo? —inquirió Blake.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Leah al perderse en los recuerdos.

—Claro, sé que adorabas aquel trasto. Si no recuerdo mal, tu padre la restauró para regalártela para tu cumpleaños.

—Así es, pero desde entonces nadie la ha usado y esta mañana no ha habido manera de arrancarla. Tenía la esperanza de que Cameron pudiera darme su opinión y un presupuesto para ponerla a punto.

—Por supuesto que puedo, Blake, esta misma tarde voy al rancho y le echo un vistazo —dijo el hombre, atento.

Graig empezaba a impacientarse. Estaba apostado en la puerta de la cafetería y llevaba más de diez minutos esperando la aparición de Blake. Volvió a otear la calle y descubrió a la joven avanzando con tranquilidad por la ancha acera hasta llegar a su encuentro.

—Menos mal que has llegado, me estaba derritiendo. ¿Quieres que tomemos algo donde Debbie? —inquirió sorprendiendo a Blake, que no se esperaba su invitación.

La verdad es que no podía negar que le apetecía un batido fresquito, de aquellos que se tomaba cuando era una adolescente, pero la amabilidad de Graig en las últimas horas la tenía desconcertada.

—Vamos, ámate, estoy seguro de que en Washington no hay batidos de fresa como los de

Debbie —insistió Graig, seguro de poder conseguir su objetivo.

Blake se sintió sorprendida por sus palabras. Pareciera que le había leído el pensamiento y no sabía si eso le gustaba o disgustaba. «Bueno, ¿por qué no? Es solo un batido», se dijo antes de aceptar su invitación.

—Está bien, pero no quiero hacerte perder tiempo.

—No lo haces —respondió Graig sonriendo mientras abría la puerta y se apartaba para que ella pasara.

Cinco minutos después Blake sorbía de una pajita de color azul, disfrutando del denso sabor del batido. Graig se había decantado por uno de chocolate, y Blake no pudo evitar sonreír al recordar que siempre había sido demasiado goloso.

—¿Qué tenías que hacer en la tienda de informática? —preguntó Graig, con la única intención de entablar conversación.

—Necesito tener Internet para mi trabajo, y de paso he contratado la televisión por cable para mi padre. Es un hombre de acción y el reposo está acabando con sus nervios.

—Bueno —dijo Graig recostándose sobre su silla—, la verdad es que lo lleva mejor de lo que esperaba. Creí que acabaría subiéndose por las paredes, o merodeando por el rancho para comprobar que todo va bien.

—Sí, se lo ha tomado muy bien.

Tras esa breve conversación el silencio se instauró nuevamente entre ellos. Graig se devanaba los sesos intentando encontrar algo que decir, pero parecía que su mente se había quedado en blanco. Se sentía como un adolescente imberbe que no sabía cómo tratar a una chica, pero es que Blake no era cualquier chica, sino la mujer por la que llevaba suspirando cerca de diez años.

—¿Me vas a explicar qué sucede aquí? —preguntó Blake directa.

Graig estuvo a punto de atagantarse con el batido. No se esperaba aquella pregunta por parte de Blake. Había llegado el momento de intentar solucionar los conflictos entre ellos. Ser sincero y ganarse su confianza era el primer paso para arreglar la situación y, quizás, solo quizás, tener la esperanza de conquistarla.

—Nada, ¿por qué? —inquirió para saber si pisaba arenas movedizas.

Blake achicó los ojos, que tenía clavados en el rostro de Graig, y le estudió. Luego apartó el alto vaso del batido, cuyo contenido ya había desaparecido, y se cruzó de brazos antes de apoyarse contra el respaldo de la silla.

—Desde que llegué no has hecho otra cosa que atacarme, por no hablar de lo que sucedió en el *parking* de Clothier y, por favor, no hace falta que me repitas que lo olvide —dijo anticipándose a las palabras que suponía que él pronunciaría—. Y de la noche a la mañana te comportas amablemente. ¿Qué significa todo esto?

—Significa que me gustaría firmar la paz contigo, por el bien de todos. Como el resto, te he extrañado, y me gustaría que volviéramos a ser amigos, como antes.

«¿Amigos como antes?», se preguntó Blake confusa. Estaba claro que Graig tenía memoria selectiva, porque si no recordaba mal, el día que se fue del rancho él ni se molestó en despedirse. Incluso pareció alegrarse cuando se subió al coche de su madre para no regresar jamás.

—Por favor, si no lo haces por mí, al menos hazlo por tus padres.

—Eso es chantaje emocional —replicó Blake molesta.

—Lo sé —respondió, dibujando en sus labios una sonrisa tímida—. Pero no tengo más cartas con las que jugar.

Blake dudó, estudió sus ojos en busca de la verdad, y finalmente se rindió.

—Está bien, puedo intentarlo, pero no te prometo nada.

—Perfecto —exclamó Graig sintiéndose triunfador—. Y ahora deberíamos irnos.

De camino al rancho se mantuvieron en un silencio cómodo. Blake estaba contenta porque la salida a Fast River había sido más productiva de lo esperado. Estaba feliz de haber podido ayudar a Leah con su problema, al menos sentía que así compensaba los años que había pasado alejada de su amiga de la infancia. Cuando llegaron Graig se despidió de ella con escuetas palabras antes de entrar en la casa.

Blake, por su parte, decidió ir al viejo granero para comprobar su estado. Cinco minutos después estaba frente al alto edificio construido por completo en madera y se sintió maravillada. Con cautela se acercó hasta la puerta corredera, ya que llevaba puestas unas sandalias de cuña, y se reprendió mentalmente por no haberse puesto ropa más cómoda antes de ir allí.

Aferró con ambas manos el pasador de hierro y con un esfuerzo sobrehumano tiró de él hacia la derecha. Las bisagras chirriaron, pero finalmente se abrió y Blake pudo mirar al interior, donde el polvo en suspensión se vislumbraba gracias a los rayos de sol que se filtraban a través de la puerta que acababa de abrir.

—¡Es impresionante! —exclamó en voz alta mientras su mirada se fijaba en el techo, compuesto por grandes vigas de madera a tres metros de altura. Luego oteó a su alrededor para descubrir que el lugar estaba repleto de cachivaches inservibles que tendrían que desaparecer. Había mucho trabajo por delante, pero lejos de asustarla, la tarea la excitó.

Estaba a punto de avanzar por el pasillo central cuando una voz a su espalda la sobresaltó, logrando que diera un brinco.

—¿En qué demonios estabas pensando? —dijo una voz huraña.

Blake no necesitó mirar para descubrir de quién se trataba. Suspiró pesadamente y se giró para enfrentar a Graig, que se había situado a pocos pasos de su persona y mostraba una postura parecida a la de un antiguo vaquero del oeste a punto de batirse en duelo. Sus piernas estaban separadas, sus manos situadas a ambos lados de las caderas y su sombrero negro le ocultaba el rostro.

«Qué poco nos ha durado la tregua», pensó Blake mientras se cuadraba de hombros, preparada para una nueva disputa.

—¿Qué quieres ahora, Graig? —preguntó con aburrimiento. Estaba empezando a cansarse de estar discutiendo con él continuamente.

—Tu padre me acaba de decir que le has ofrecido a Leah y Cameron celebrar su boda aquí —dijo barriendo el espacio con su mano—. ¿Te has vuelto loca?

Blake acortó la distancia que los separaba y se cruzó de brazos antes de elevar su rostro y clavar su mirada en el masculino.

—No, no me he vuelto loca. Leah y Cameron se habían quedado sin lugar donde celebrar la boda y no pensaba permitir que la cancelaran. Además, antes de comprometerme le pedí permiso a mi padre, el dueño de este rancho. ¿Qué problema tienes? ¿Te cuesta ver que los demás son felices porque tú eres un amargado?

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —replicó Graig molesto—. ¿De verdad piensas que este lugar es apto para celebrar una boda? Blake, por el amor de Dios, mira a tu alrededor. Todo está hecho un desastre, y hasta tiene goteras —argumentó seguro de sus palabras—. Deberías llamar a Leah y decirle que...

—No pienso hacer eso de ninguna de las maneras. Estamos en pleno verano, no tiene la mayor

importancia que este lugar tenga o no goteras. Solo necesita algo de limpieza y un toque especial y será perfecto. No pienso destruir las ilusiones de mi amiga, que lleva meses soñando con su boda.

—Oh, por favor, no me hagas reír —replicó Graig—, ¿pretendes que ahora me crea que te importan los sentimientos de Leah cuando llevas años sin hablar con ella? Ya no eres nadie en Fast River.

—Graig Stewart, no sé cuándo te has convertido en un amargado resentido, pero tampoco me importa. No vas a lograr que me marche de aquí, o que la gente a la que quiero deje de importarme.

Graig iba a rebatir sus palabras, pero Blake elevó su mano y se lo impidió.

—Y, por favor, ahorra saliva, no tengo ganas de escuchar tus reproches ni un segundo más. ¿Desde cuándo no eres feliz? —preguntó, arrepintiéndose al instante de sus palabras.

«Desde que decidiste marcharte y llevarte mi corazón. Pero lo peor no fue eso, no, fue verte regresar como si nada hubiera sucedido», se dijo Graig mentalmente. Por el contrario, siguió con el tema que les ocupaba: el estado del viejo granero donde Blake parecía empeñada en celebrar una boda.

—Necesitarás gente para arreglar y limpiar esto, y te aseguro que ninguno de mis hombres lo harán en sus horas laborables. Por si no lo recuerdas, estamos en época de cosecha. Necesitamos ese heno para pasar el invierno.

Blake achicó los ojos y se frotó la barbilla antes de replicar a sus palabras. Se había hecho el firme propósito de llevar a cabo aquel proyecto y ni Graig Stewart ni nadie se lo iba a impedir.

—Tranquilo, estoy segura de que esos hombres lo harán encantados en su tiempo libre porque aprecian a Leah y a Cameron.

—Claro, y tú misma, así vestida —dijo Graig.

Sin pretenderlo su mirada se clavó en el cuerpo de Blake y la recorrió de pies a cabeza. Desde su corto vestido floreado, siguiendo por sus largas piernas hasta finalizar en sus sandalias de cuña.

Blake sintió como si la estuviera radiografiando y, a su pesar, una corriente eléctrica atravesó su cuerpo, pero no estaba dispuesta a amilanarse.

—No te preocupes por eso, tengo ropa de sobra para esa ocasión. Y ahora, si no te importa, tengo cosas mejores que hacer que discutir contigo —añadió antes de comenzar a andar hacia la puerta.

Graig sintió una ligera brisa floral inundando sus fosas nasales cuando ella pasó a su lado, y se maldijo por haber cedido a la tentación que había supuesto estudiar su aspecto. Había sido un estúpido, y lo único que logró fue excitarse como cuando era un adolescente.

«La has vuelto a joder», se reprochó mentalmente. Todos los avances que había hecho con ella se fueron al traste por su mal genio, pero es que cuando Angus le comentó las pretensiones de Blake, su cabeza se llenó de nubes negras.

Furioso dio una patada a un cubo cercano, que acabó estrellándose en una de las columnas del granero que sustentaban el tejado. Luego abandonó el viejo edificio a grandes zancadas, deseando encontrar algo que hacer que le liberara de la tensión que parecía embargar su cuerpo.

CAPÍTULO 22

Blake había tenido una tarde muy ajetreada. Primero había venido el técnico a instalar el servicio de ADSL en el rancho y luego Cameron, a revisar a la vieja Bessy, que tras un cambio de aceite y algunos filtros había quedado como nueva. Incluso se ofreció a devolver el coche de alquiler y Blake se sintió sumamente agradecida.

Estaba anocheciendo cuando regresó a casa tras convencer a varios de los trabajadores para que la ayudaran a limpiar el viejo granero para la boda de Leah y Cameron. Había quedado con ellos el domingo, el día que libraban. Entró por la puerta trasera de la cocina y se vio sorprendida cuando Miranda clavó su mirada en ella inquisitivamente.

—Niña, ¿dónde te habías metido? —inquirió la mujer mientras se quitaba el delantal y cogía una fuente que reposaba sobre la encimera.

—Estaba ocupada, ¿sucede algo? —preguntó Blake sorprendida, ya que aún faltaban diez minutos para la hora de la cena.

—Coge esa fuente —dijo Miranda señalando la ensalada—, que nos están esperando en la mesa.

—¿Pero qué pasa? —preguntó confusa mientras seguía la orden.

—Que tu padre quería que hoy cenáramos juntos.

—¿Sucede algo?

—Pues no lo sé, pero pronto lo descubriremos —replicó la mujer mientras se adentraba en el pasillo que daba al comedor.

Cuando llegaron ya estaban todos sentados a la mesa. Miranda se sentó junto a su hijo, y Blake entre sus dos hermanas. La cena transcurrió como cualquier otra, pero Angus aprovechó los postres para hablar.

—Pues bueno, ha llegado el momento de la sorpresa.

Los ocupantes de la mesa se miraron los unos a los otros confusos.

—¿De qué sorpresa estás hablando? —inquirió Harriet con la mirada clavada en el rostro de su marido.

—De algo que llevo varios días preparando —dijo Angus mientras abandonaba su asiento y se dirigía a un aparador cercano. Abrió un cajón y sacó un sobre que dejó frente a su esposa.

Harriet clavó la mirada en el sobre blanco, y luego la elevó para observar a su marido, que tenía una sonrisa traviesa.

—Angus Walker, ¿qué significa esto?

—Si quieres saberlo, tendrás que abrirlo —dijo Angus señalando el sobre.

Harriet lo cogió con manos temblorosas y levantó la solapa para encontrarse con dos billetes de avión. Notó que su corazón se aceleraba cuando leyó el destino: Hawái. Tuvo que tragar el nudo que se había formado en su garganta, y controlar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos.

—¿Y esto? —preguntó.

—Mi amor, hace cerca de treinta y cinco años que te debo una luna de miel. Concretamente a Hawái.

Un coro de exclamaciones se propagó por el comedor. Angus había logrado lo que pretendía, y

cuando su esposa se levantó de su asiento y se acercó hasta él para besar sus labios, sus hijas no dudaron en aplaudir.

—¿Y cuándo os vais? —preguntó Miranda, tan emocionada como su amiga.

—Cuando se celebre la boda de Leah y Cameron, no todos los días se organiza un evento semejante en el rancho —comentó Angus, con la mano de Harriet entre sus dedos.

—¿La boda de Leah y Cameron? —exclamaron al unísono Meadows y Nicola, que no sabían nada sobre el asunto.

—Sí, se han quedado sin lugar donde celebrarla y se me ocurrió la idea de hacerlo en el viejo establo. Espero que no os moleste, no quiero causar problemas —dijo mientras clavaba su mirada en el hombre que tenía frente a sí en la mesa.

Graig permanecía con la cabeza gacha y la vista fija en la comida. Blake había esperado que él explotara como una olla a presión, pero parecía calmado.

—Pues a mí me parece una idea genial —dijo Nicola emocionada.

—Pero ese lugar está hecho un completo desastre —expuso Meadows recordando el edificio donde solía esconderse de niña cuando estaba enfadada.

—Lo sé, pero tenemos un par de semanas para adecentarlo. Solo es cuestión de un poco de ayuda. Acabo de hablar con los trabajadores y algunos se han ofrecido a ayudar en su día libre. Aún existen almas caritativas en este mundo —lanzó el dardo, esperando a ver si Graig reaccionaba, y nuevamente se encontró con que él no abría la boca, a pesar de las pegadas que había puesto cuando se encontraron en el viejo establo. No sabía si su apatía le gustaba o no.

—¿Y cómo va a ser el banquete? —preguntó Miranda interesada.

—Tienen contratado un *catering* —respondió Blake.

—Pues yo colaboraré en todo lo que pueda en ese asunto. ¿Sabes cuál es la empresa? —inquirió la mujer interesada.

—Pues la verdad es que no lo sé, pero si quieres te doy el número de Leah.

—Por supuesto, estoy deseando ayudar.

—Seguro que te lo agradecerá. La pobre estaba al borde de un ataque de nervios cuando me contó lo que sucedía esta mañana.

—No sabes lo que me alegra que se celebre esta boda —intervino Harriet, más recuperada de la sorpresa que le había dado su marido—. La última que recuerdo que se celebró en el rancho fue la mía —comentó con emoción.

—¡Oh, mamá! —sonó un coro de voces femeninas, las de las hermanas Walker.

El resto de la sobremesa la conversación giró en torno al próximo viaje de Angus y Harriet y la boda. Angus, sentado en una esquina de la mesa, disfrutó de la situación, a pesar de parecer caótica. Varias conversaciones se cruzaban, unas voces más altas, otras más bajas, pero todos parecían felices. Fue entonces cuando reparó en Graig, que permanecía callado y taciturno. «A este chico le pasa algo, y empieza a preocuparme», se dijo mientras se frotaba la barbilla pensativo.

Blake había quedado aquella tarde para charlar con Leah sobre la boda. Se había propuesto que fuera una ceremonia inolvidable que su amiga recordara para siempre. Tenía mil ideas pululando por su cabeza, pero antes de aventurarse quería consultar con la novia para conocer su

parecer.

Tras darse una ducha templada, decidió ponerse un vestido amarillo con unas sencillas sandalias de piel. Y dispuesta a comerse el mundo se encaminó hasta el garaje donde estaba aparcada su furgoneta. Cameron la había dejado como nueva y estaba deseando colocarse tras el volante.

Cuando giró la llave y el motor rugió sintió una emoción en el pecho al imaginar a su abuelo, y después a su padre, conduciendo aquel viejo trasto al que ella adoraba. Puso la primera marcha, aceleró y salió disparada antes de accionar el freno. Una risa tonta surgió de su garganta sin poder evitarlo.

—¡Eh, tranquila, debes tomártelo con calma! —exclamó una voz masculina, y al girar su rostro descubrió que se trataba de Graig.

—¿Qué quieres, Stewart? —inquirió molesta.

—Tranquila, vengo en son de paz —exclamó Graig mientras se acercaba y apoyaba sus antebrazos sobre la ventanilla abierta.

Blake notó como su cuerpo se tensaba por su cercanía, sentía que había invadido su espacio vital. Graig estaba tan cerca que su característico olor almizclado llegó a ella y se instaló en sus fosas nasales. «Tienes que alejarle», se ordenó mentalmente.

—Sí, como cuando nos encontramos en el granero. Por la mañana firmamos una supuesta tregua y a los pocos minutos apareciste hecho un basilisco.

—Te pido paciencia, llevo demasiado tiempo siendo un viejo gruñón —dijo antes de dedicarle a Blake una sonrisa traviesa.

«Está jugando contigo», se dijo Blake. Pero cuando aquella sonrisa iluminó el rostro masculino, y en sus maravillosos ojos grises zigzagueó un brillo especial, sintió que los latidos de su corazón se detenían por un instante.

—Está bien, pero ahora tengo que irme —se excusó, deseando alejarse de él.

—Bien, pues nos vemos luego —respondió Graig apartándose del coche para que ella pudiera seguir con su camino.

Veinte minutos después Blake estaba en el pueblo. Le había costado un poco coger el truco a la vieja Bessy, sobre todo el tema de las marchas, que lo tenía algo olvidado, pero había disfrutado como lo hacía un niño con un juguete nuevo.

Había quedado con Leah frente a la floristería. Y cuando llegó su amiga ya la esperaba sentada en un banco próximo.

Aparcó junto a la acera, bajó y cerró la furgoneta y encaminó sus pasos decididos hasta allí.

—¿Llego tarde? —preguntó preocupada.

—No, por supuesto que no —replicó Leah mientras abandonaba el asiento que ocupaba y se acercaba a Blake para abrazarla fuertemente—. El problema es que yo suelo ser demasiado puntual —confesó mientras aferraba el brazo de Blake y la instaba a caminar por la amplia acera.

—Y eso es una virtud. Ya quisiera yo ser más puntual y organizada. ¿Y cuál es el plan? —inquirió Blake, deseosa de ponerse manos a la obra.

—Primero iremos a la *boutique* de Mónica. Me gustaría enseñarte el vestido de novia...

Blake detuvo su paso, obligando a Leah a hacer lo propio, y abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Leah preocupada.

—¡Qué yo no tengo vestido para la boda! —confesó mortificada.

—Ah, bueno, si es por eso no hay problema. Mónica tiene unos vestidos preciosos que estoy

segura que te encantaran.

—¿Y después? —inquirió Blake curiosa, más recuperada tras el susto inicial.

—Luego iremos a mi casa para enseñarte unas revistas donde tengo señalados algunos detalles que me encantaría poner en las mesas y comeremos juntas. ¿Qué te parece el plan?

—Suenan fantástico —exclamó Blake ilusionada.

CAPÍTULO 23

Nicola, Blake y Meadows entraron en el viejo granero dispuestas a adecentar el lugar. Estaban emocionadas como niñas con el trabajo que se presentaba ante ellas. Los cinco hombres que habían decidido ayudar llegaron poco después y comenzaron a sacar los trastos más pesados para echarlos en un contenedor que había contratado Blake. A mediodía el edificio estaba completamente vacío.

Blake notaba todo su cuerpo lleno de polvo aderezado con sudor. Tras quitarse los guantes se limpió la frente con un pañuelo que guardaba en el bolsillo trasero de su pantalón y observó el lugar con perspectiva.

—¿Qué os parece? —interrogó a sus hermanas, situadas a su lado.

—Que me encantaría casarme aquí también —exclamó Nicola.

—Ahora que está vacío y barrido, creo que deberíamos darle a las paredes y al techo con la manguera —expuso Meadows, no demasiado interesada en las bodas.

—Me parece una idea genial —dijo Blake con una sonrisa.

—Voy a por ella —dijo Meadows.

—Te acompaño —replicó Nicola, ya que sabía que tendrían que coger varias mangueras y engancharlas para que llegaran hasta el granero, alejado considerablemente del núcleo del rancho.

Blake se quedó sola, disfrutando de la sensación de satisfacción que la embargaba. Recordó entonces el comentario de Nicola. Sí, verdaderamente aquel era un lugar precioso y con encanto donde no le importaría casarse, si es que alguna vez lo hacía.

El sonido de un motor en el exterior la alertó y, pensando que se trataba de la empresa que había contratado para llevarse el contenedor, salió al exterior. Cuál no fue su sorpresa al descubrir que se trataba de Graig, que frenó en seco frente a la puerta.

—¡Perfecto! —farfulló.

Graig salió de la furgoneta, y a pesar de haber encontrado en la entrada a Blake, no se molestó en hablar. Se dirigió a la parte trasera y sacó varias cajas voluminosas que dejó junto a la puerta.

—¿Qué es eso? —preguntó Blake curiosa.

Graig colocó el último bulto sobre los anteriores antes de girarse y prestar atención a Blake, que tenía una pinta espantosa.

—Dímelo tú, las acaba de traer un mensajero hace diez minutos. Según parece es un pedido a tu nombre.

—¡Son las luces! —exclamó Blake emocionada, ignorando la mala disposición de Graig. Sin mediar palabra se acercó a la torre de cajas y abrió la primera para descubrir una guirnalda de diminutas luces led de varios metros.

Graig la observaba atentamente y, a pesar de su propósito de estar enfadado con Blake eternamente, no pudo evitar disfrutar de la emoción que se reflejaba en su rostro. Le recordó a cuando eran niños y abrían los regalos de Navidad junto a la chimenea de piedra del salón.

—¿No te parecen preciosas? —dijo Blake con emoción, olvidando por un momento que quien estaba a su lado era Graig.

Este, tomado por la sorpresa, tardó varios minutos en contestar a su pregunta.

—Sí, lo son, pero no van a servir para demasiado.

Blake dejó de mirar las diminutas luces y elevó su rostro para clavar su mirada en Graig antes de fruncir el ceño.

—¿A qué te refieres? —inquirió molesta.

—A que aquí no hay luz de ninguna clase. Los electricistas la condenaron al ser tan antigua. No sé dónde piensas conectar esto —respondió Graig sincero.

—¿Podrías por una vez aportar ideas en vez de estropear sueños? —dijo Blake molesta con él.

—¡Ya estamos aquí! —exclamaron dos voces al unísono.

Tanto Blake como Graig se giraron al mismo tiempo para descubrir a Nicola y Meadows aferrando una manguera. Sus rostros mostraron sendas sonrisas, y Blake, que las conocía bien, se temió lo peor.

—¿No se os ocurrirá...? —preguntó, pero ya estaba reculando al interior del edificio.

—Por supuesto que sí —exclamó Meadows, aunque el primero en recibir el impacto del agua a presión fue Graig, que no se lo esperaba.

—¡Maldita sea, Meadows! —exclamó, aunque también huyó al interior del granero en busca de refugio.

Nicola y Meadows reían divertidas mientras Blake y Graig se refugiaban juntos tras un viejo abrevadero de madera.

—Tenemos que hacer algo —dijo Graig en un susurro junto al oído de Blake para que las otras dos hermanas no le escucharan.

—¿Qué propones? —replicó la aludida.

—¿Tienes tu móvil?

—Sí —respondió Blake, sin saber muy bien que se proponía Graig.

—Pues llama a Nicola con número oculto, así saldrá al exterior para tener mejor cobertura. Mientras tanto yo pillaré desprevenida a Meadows y me haré con la manguera. Después estas dos se van a enterar de quiénes somos —concluyó Graig con una sonrisa diabólica.

Blake se vio sorprendida por la expresión que le mostro el rostro masculino. Graig parecía relajado y divertido, un estado en el que no le había visto desde su vuelta. Ahora sí parecía el hombre del que había estado locamente enamorada. La situación en la que se veían envueltos resultó parecida a tantas otras vividas en su adolescencia con sus hermanas. Graig y ella habían formado equipo en más de una ocasión.

—Eres un genio. ¿Preparado? —replicó con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

Graig sonrió a su vez y levantó el dedo pulgar hacia arriba en señal de aceptación antes de arrastrarse hasta una ventana para salir al exterior.

El móvil de Nicola comenzó a sonar y, como había pronosticado Graig, salió al exterior dejando sola a Meadows, que no se amilanó por ello.

—¡Oh, vamos, chicos! Dejad de jugar al ratón y al gato —dijo la menor de las hermanas Walker—. Solo es agua.

Graig entró con cautela en el establo y avanzó con sigilo hasta Meadows, que le daba la espalda, antes de inmovilizarla.

—¡Ahora, Blake! —gritó mientras forcejeaba con Meadows.

—¡Graig, eso no es juego limpio! —exclamó la rehén.

Blake salió del escondite y se abalanzó sobre su hermana hasta que finalmente logró coger la manguera y enfocarla hacia Meadows, no se percató que con su acción también estaba calando

a Graig, que sostenía a Meadows.

—¡Blake, a mí no, que soy de tu equipo! —exclamó este, que con una mano sujetaba la cintura de Meadows y con la otra se quitaba el exceso de agua del rostro.

La aludida apartó el chorro de agua de Graig y Meadows al advertir lo que estaba haciendo, pero luego una sonrisa maquiavélica se dibujó en sus labios antes de apuntar directamente a Graig.

—¡Tu y yo nunca hemos sido un buen equipo! —exclamó divertida, disfrutando de la expresión cómica que mostro el rostro de Graig.

Meadows aprovechó que Graig la había soltado para salir corriendo al exterior. Al llegar a la puerta descubrió a Nicola, que observaba la escena desde la distancia.

—¿Por qué no me has ayudado? —inquirió Meadows molesta.

—Lo siento, pero no quería acabar empapada.

—Oh, vamos, nos lo estábamos pasando bien. Aún podemos con ellos —dijo señalando a la pareja que se disputaba la posesión de la manguera.

—No, déjalos solos, parece que lo están pasando bien juntos. Quizás así la tensión sexual que hay entre ambos desaparezca.

Meadows, que no esperaba las palabras de Nicola, se giró y clavó su mirada en el rostro de su hermana con intensidad.

—¿A qué te refieres? —preguntó confusa.

Una risa cantarina surgió de la garganta de Nicola antes de responder a la pregunta de Meadows.

—Eres tan dura algunas veces, y tan inocente otras...

La aludida frunció el ceño ante las palabras de Nicola, pero eso no respondía a su pregunta sobre Blake y Graig.

—Quiero que me digas qué sucede entre estos dos ahora mismo, por favor, me tienes en ascuas —dijo llanamente.

—Pues que llevan enamorados desde la infancia, pero son tan estúpidos que no son capaces de solucionar sus diferencias ahora que están juntos. Me temo que tendremos que intervenir. Pero ahora será mejor que los dejemos solos. Quién sabe —profetizó mientras cogía por la cintura a Meadows y la instaba a caminar.

—¿En serio que Blake y Graig...? —inquirió Meadows incrédula.

—Tan cierto como que el día es día, como diría papá.

Blake luchaba con todas sus fuerzas por intentar arrebatar la manguera de las manos de Graig, pero parecía una misión imposible. Se encontraba tirada en el suelo y con una constante lluvia de agua sobre su cuerpo.

—¿Te vas a rendir? —preguntó Graig, que se había colocado a horcajadas sobre Blake, que no hacía más que resistirse.

—No lo verán tus ojos, Stewart —respondió Blake entre dientes mientras se removía bajo el cuerpo de Graig.

—Como guste, señorita Washington —respondió Graig antes de aferrar la goma con una mano mientras con la otra comenzaba a hacerle cosquillas bajo las costillas.

Blake comenzó a reír con fuerza gracias a los dedos hábiles de Graig. No había esperado su acción, pero no era la primera vez que compartían una batalla donde la principal arma de Graig eran las cosquillas. Tras varios minutos angustiosos, y cuando estaba a punto de quedarse sin aire,

Blake intentó hablar.

—¡Graig, por favor, para! —rogó.

El aludido se sintió recompensado cuando escuchó sus palabras, pero estaba disfrutando demasiado como para soltar a su presa tan rápido.

—¿Eso quiere decir que te rindes? —inquirió con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡No! —respondió Blake tozudamente, pero nuevamente los dedos de Graig atacaron la zona sensible de su cintura.

—¿Segura? —insistió Graig.

—¡Sí, sí, me rindo! —cedió Blake finalmente.

Graig aceptó el final de la batalla compartida y cerró la manguera, que aún rezumaba agua antes de apartarse de Blake y tumbarse a su lado. Hacía tiempo que no se divertía, que no se sentía tan a gusto, y pensó que quizás no era tan malo llevarse bien con Blake. Al menos era menos agotador que estar todo el santo día discutiendo.

Blake se encontraba a gusto, a pesar de estar agotada, empapada y llena de barro. Poco a poco los alocados latidos de su corazón se iban ralentizando y clavó la mirada en las vigas del techo.

—Blake —le sobresaltó la voz de Graig, y al girar su rostro descubrió que la observaba a poca distancia—. Ha sido genial —confesó, sorprendiendo a la joven—, tengo que admitirlo. Deberíamos repetirlo.

La aludida no salía de su asombro, y sin poder evitarlo se perdió en la mirada gris de él, aquella que siempre aceleraba su corazón.

—Yo pienso igual —admitió a su vez.

—Perfecto —dijo Graig mientras se sentaba en el suelo antes de incorporarse y tender la mano a Blake para que hiciera lo propio.

Y solo volvió a hablar cuando ambos estuvieron de pie, uno frente al otro.

—Respecto a lo de la boda... —comenzó, pero se vio interrumpido por Blake.

—No te preocupes, procuraré no causarte molestias.

—Lo que quería decir —continuó Graig, dispuesto a ignorar las últimas palabras de Blake — es que te ayudaré en todo lo que pueda. Cameron también es mi amigo, jugamos todos los meses una partida de póker en su taller. Es lo menos que puedo hacer. Sobre las luces no tienes por qué preocuparte, traeré un generador con potencia suficiente para que dure toda la noche.

—¿De verdad? —inquirió Blake, sorprendida por su ofrecimiento.

—Claro. Y ahora vete a cambiarte, estás empapada —dijo, aunque evitó mirarla para no ver que la camiseta blanca de manga corta que llevaba Blake se adhería a su pecho como una segunda piel, cosa de la que había sido consciente poco antes—. Yo acabaré con esto.

—Tú también deberías cambiarte —le rebatió Blake.

—No te preocupes, acabó con la limpieza de las paredes y el techo y voy a cambiarme. Más que nada por si me cae algo más de agua sobre la cabeza—replicó con una sonrisa divertida antes de guiñarle el ojo.

—Gracias —dijo Blake agradecida antes de girarse para salir del establo en dirección a la casa.

CAPÍTULO 24

Blake había puesto una mesa portátil en medio del granero y durante cerca de una hora se había entretenido desmenuando las luces que habían llegado el día anterior. Cansada, se enderezó y logró colocar cada vértebra de su espina dorsal antes de comprobar la hora en su reloj de muñeca. Chascó la lengua frustrada al percatarse de que sus hermanas no habían aparecido, a pesar de que le habían jurado y perjurado que la ayudarían a colocar las luces.

—Oh, está bien, lo haré yo misma —dijo en voz alta antes de coger una de las tiras de luces y acercarse a la escalera que había colocado uno de los hombres allí aquella misma mañana.

Graig, que entraba en ese preciso instante, sintió que un sudor frío recorría su cuerpo al ver a Blake subida a más de dos metros de altura en una endeble escalera. «¿Se ha vuelto completamente loca?», se preguntó preocupado mientras corría hacia ella y sostenía la escalera.

—Blake, ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo? —inquirió sin poder contenerse.

La aludida, que no esperaba su presencia, tuvo que aferrarse fuertemente a la escalera para no acabar en el vacío.

—¡Graig, por Dios, me has dado un susto de muerte! —dijo mientras se estiraba para colocar la primera fila de guirnaldas en una de las vigas.

—¿Por qué no bajas y me dejas hacerlo a mí?

—No te preocupes, Nicola y Meadows están a punto de llegar. Ellas me ayudarán.

—No, no vendrán, son ellas las que me han enviado aquí.

—¿Qué? —boqueó incrédula, mientras descendía con demasiadas prisas.

—¡Eh, despacio! —exclamó Graig mientras aferraba la escalera, temiendo que Blake acabara estampada contra el suelo.

—¿Pero cómo han podido dejarme tirada? —iba quejándose ofuscada—. ¿Y ahora que voy a hacer?

Graig cogió la cintura de Blake cuando estuvo a su alcance, temiendo que diera un traspiés, y la dejó suavemente sobre el suelo de tierra, quedando uno frente al otro. Por unos instantes, sus miradas se unieron.

—Tranquila, para eso estoy yo aquí, para ayudarte. ¿No te valgo?

Blake se apartó un paso de su cercanía, de su olor y su aura. Nuevamente su cuerpo reaccionaba por su cuenta, a pesar de que desde el día anterior había decidido que Graig no volvería a ser un hombre para ella, que prefería llevarse bien con él, como en el pasado, cuando en su corazón no anidaban sentimientos imposibles. Habían firmado una tregua y estaba segura de que la única forma de mantenerla era respetarse mutuamente y evitar la atracción que sentía por él.

—Sí, me vales, pero soy una jefa muy exigente —dijo con humor mientras una ligera sonrisa se dibujaba en sus labios.

Graig sonrió a su vez, aunque era incapaz de apartar la mirada del rostro femenino. Blake estaba preciosa, a pesar de la sencillez con la que vestía; unos pantalones vaqueros cortos, una camiseta de tirantes azul y una alta cola de caballo. Su rostro estaba limpio de maquillaje y parecía luminoso. «Para de una vez», se exigió mentalmente mientras se quitaba el sombrero.

—Bueno, creo que podré contigo —respondió a su pregunta—, tu padre es uno de los jefes más exigentes que he conocido —añadió antes de apartarse para buscar un lugar donde colgar su

sombrero. Luego se quitó la camisa para quedarse con una camiseta de tirantes blanca.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó interrogante.

Blake, que había estado observando los movimientos de Graig tuvo que tragar saliva y mover la cabeza de izquierda a derecha antes de poder hablar. «Estúpida», se reprendió mentalmente antes de contestar.

—Yo saco las luces y tú las cuelgas, ¿Qué te parece?

—Bueno, no me gustan demasiado las alturas, pero lo haré —respondió Graig mientras afianzaba mejor la escalera que poco antes había abandonado Blake para estabilizarla como era debido.

Meadows caminaba de un lado al otro del cuarto que ahora compartía con Nicola, que la observaba desde la cama. Los movimientos de su hermana pequeña estaban acabando con sus nervios, y así se lo hizo saber.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó molesta—. ¡Para de una maldita vez! —le exigió Nicola, logrando su objetivo.

Meadows se paró en seco y clavó su mirada en su hermana.

—¿De verdad que no podemos ir a ayudar a Blake? Me siento fatal, le habíamos dicho que...

—Se lo que le habíamos dicho, pero ya tiene ayuda: la de Graig.

Meadows resopló y se sentó junto a su hermana en la cama.

—¿Estás segura de que estos dos sienten algo? No lo tengo tan claro, ¿y si estamos metiendo la pata hasta el fondo? —dudó Meadows preocupada.

Una sonrisa suave se dibujó en los labios de Nicola, y elevó su mano para apartar un mechón de pelo rubio del rostro de Meadows. «¿Cómo puede ser tan inocente?», se preguntó.

—Hazme caso, antes de que acabe este verano estos dos acabarán juntos, muy juntitos. Un amor que perdura en el tiempo no puede morir. Y si ninguno de los dos ha logrado olvidarse mutuamente, algo tiene que significar.

—¿Y tú cómo sabes tanto de amor? —preguntó Meadows mientras fruncía el ceño—. Nunca te he conocido ningún novio, y desde que te fuiste a la ciudad no has traído a ningún hombre a esta casa.

«Marcus», retumbó el nombre en la cabeza de Nicola e intentó borrarlo. Meadows tenía razón, nunca había llevado a ningún hombre al rancho porque ninguna de las relaciones que había tenido en su vida habían durado lo suficiente o no eran verdaderamente serias como para presentarlos formalmente a sus padres. Y aunque le doliera admitirlo, Marcus era la relación más larga que había mantenido en los últimos tiempos. Su instinto le decía que aquel hombre no era para ella, que era peligroso, y aún así no era capaz de apartarlo de su cabeza.

—¡Nicola! —le reclamó la voz molesta de Meadows, que esperaba una contestación por su parte.

La aludida pareció despertar, y tuvo que tomarse unos segundos para recordar las últimas frases de su hermana.

—¿Nunca has oído la frase: «leer es cultura»? —dijo antes de enarcar su ceja derecha.

—Pues vaya contestación, yo quería saber más sobre cómo es la relación entre un hombre y una mujer.

Nicola clavó su mirada en el rostro de su hermana pequeña con sospecha. Se fijó especialmente en sus ojos azules, que parecían una ventana a su alma, y supo en ese instante que trataba de ocultar algo. Y estaba más que claro que tenía que ver con un hombre.

—¿Y por qué quieres saber más sobre eso? —inquirió Nicola.

Meadows supo que había cometido un error en ese preciso instante. Elevó su muñeca y clavó su mirada en la esfera de su reloj antes de levantarse enérgicamente de la cama para dirigirse a la puerta.

—¡Meadows! —exclamó Nicola molesta, pero no le sirvió de nada.

—En otro momento, Nicola, ahora tengo mucho trabajo y se me ha hecho tarde —intentó excusarse mientras traspasaba el umbral de la habitación. Pero no pudo ignorar las palabras de Nicola.

—¡Eres un cobarde! —gritó Nicola antes de coger un cojín de la cama y lanzarlo, a pesar de que su hermana ya se había esfumado.

Blake estaba entretenida colocando las velas color crema en el interior de los tarros de cristal de conserva que había rescatado del mismo granero. Cuando Leah le había enseñado la idea en la revista, había recordado los botes olvidado en una caja y había decidido lavarlos y prepararlos para colocarlos sobre las mesas del banquete. Al acabar con él último y dejarlo sobre la mesa decidió seguir con su plan. Cogió la caja con cintas de colores que tenía preparadas para adornarlos y entonces descubrió a Graig estirándose en una postura imposible sobre los peldaños. Dejó la caja sobre la mesa y se aproximó a él preocupada, temiendo que acabara cayendo contra el suelo.

«Solo una más», se dijo Graig mientras se estiraba para colocar la última tira de luces led en una de las columnas. Cuando le había dicho a Blake que no le gustaban las alturas no mentía, y después de varias horas subido a una escalera necesitaba urgentemente una buena cerveza fría.

—¿Te echo una mano? —preguntó Blake, deseosa de ayudar.

Graig, que no lo esperaba, se tambaleó sobre la escalera, y con el movimiento la misma se venció y notó el vértigo de la caída. Sus huesos no tardaron en dar con el duro suelo. Por un instante sus pulmones se quedaron sin aire, y notó el culo dolorido, pero no era la primera vez que se caía, y sabía que no se había roto nada.

Blake fue testigo de toda la escena. Sus pulsaciones se habían acelerado a mil por hora y cuando Graig finalmente quedó tendido en el suelo con los ojos cerrados corrió hacia él con celeridad y se acuclilló a su lado.

—Graig, ¿estás bien? —preguntó mientras palpaba su rostro con ansia—. Por favor, dime algo —le rogó preocupada.

El aludido abrió los ojos y los fijó en el rostro de Blake. Las mejillas de la joven estaban sonrojadas y sus ojos abiertos como platos. En aquel momento sus iris no eran azules, se habían oscurecido por una emoción especial.

Blake volvió a respirar cuando los ojos de Graig se abrieron y se clavaron en su rostro. Se había temido lo peor. Y aún así necesitaba que él le confirmara que estaba bien.

—Por favor, Graig, dime que estás bien —le rogó.

El aludido se sintió enternecido por su preocupación, pero la caída había sido de apenas un metro y medio. Y a parte del trasero, no le dolía nada más.

—Sí, estoy bien, no ha sido nada —dijo mientras se incorporaba para quedar sentado sobre el suelo de tierra.

Con su movimiento acortó la distancia existente entre ambos, quedando sus rostros a escasos centímetros el uno del otro.

—¿Te has asustado? —preguntó Graig mientras apartaba un mechón rebelde de la mejilla de Blake y lo colocaba tras su oreja.

—No... bueno, sí, solo un poco —respondió Blake balbuceante.

No podía negar que la cercanía de Graig le afectaba. Como su aliento, que acariciaba su rostro. En varias ocasiones intentó apartar su mirada de la de él, pero parecían unidas por un hilo invisible. «¿Por qué no aparta la mano?», se preguntó, deseando que aquel leve roce dejara de despertar mariposas en su estómago.

—Ha sido una caída a poca altura, lo único dolorido es mi ego y, por qué no decirlo, mi trasero —informó Graig, aunque estaba perdido en la marea que eran sus ojos azules.

Una risa cantarina surgió de la garganta femenina, y fue como música para los oídos de Graig. «¿Debo o no debo besarla?», se preguntó confuso. Aunque era lo que más deseaba en el mundo tenía miedo de volver a meter la pata, de asustarla y que volviera a replegarse sobre sí misma. Pero cuando ella se humedeció los labios con la lengua, todos sus pensamientos se esfumaron y descendió en picado para atrapar su boca con deleite.

Blake se vio sorprendida por el gesto. No esperaba que la volviera a besar, y no estaba segura de si le gustaba o disgustaba. Anteriormente, después de besarla la había rechazado, y no estaba preparada para sufrirlo una tercera vez. Y a pesar de estar disfrutando de aquel dulce y abrasador beso, cogió fuerzas de flaqueza y, colocando sus manos sobre el pecho de él, le apartó con un ligero empujón.

—¿Qué pasa? —preguntó Graig confuso.

—Que no quiero que después de besarme vuelvas a largarte —contestó Blake llanamente, haciendo amago de levantarse, pero Graig se lo impidió cogiendo su cintura.

—No, espera, Blake, te juro que esta vez no me arrepentiré.

—Pero... —comenzó Blake confusa, pero fue interrumpida por Graig, que posó un dedo sobre sus labios.

—Quiero pasar el resto de mi vida besándote.

Y tras su confesión Graig volvió a tomar sus labios, esta vez con pasión, introduciendo su lengua en la húmeda cavidad. Se vio recompensado cuando ella respondió a su beso, e incluso elevó sus manos y enredó los dedos en su pelo. Estaba a punto de tumbarla en el suelo, sin importarle si ambos acababan llenos de heno y tierra, cuando el sonido de un coche en el exterior, y luego unos pasos les interrumpió.

—¡Maldita sea! —exclamó Graig apartando a Blake con desgana antes de levantarse y ayudarla a ella a hacer lo propio. Pero antes de acercarse a la puerta le susurró unas palabras al oído—. Aún no hemos acabado.

—Señor Stewart —exclamó Gavin, que en aquel momento entraba por la puerta—. He traído el transformador —dijo alegremente el joven, sin percatarse del estado de alteración de su jefe y la señorita Walker.

CAPÍTULO 25

Blake echó la última palada de estiércol en el carretilla y dio por concluida la tarea. Luego lo cogió y caminó hasta el exterior. Aún tardó más de diez minutos hasta llegar al lugar donde se solían amontonar los excrementos de los animales para luego utilizarlo como abono para los campos.

Regresó a los establos y colocó el heno limpio en los boxes de los caballos antes de dar por cumplida su faena del día. Se quitó los guantes de trabajo y los dejó sobre la balda de una estantería cercana. Estaba calada de sudor hasta los huesos, y notaba su pelo pegado al cráneo. Ahora se arrepentía de haberse ofrecido a ayudar en el rancho. Su hermana Meadows pareció disfrutar cuando le encomendó la tarea de limpiar los establos.

Decidida a sentirse mejor, encaminó sus pasos a la casa soñando con una ducha reparadora. En el porche se quitó las botas y las dejó en un armario que se utilizaba para dicho fin, y al entrar en la casa agradeció el frescor que la recibió.

Se sorprendió al no encontrar a Miranda en la cocina, y el silencio reinante en la casa. Entonces recordó que aquel día su padre tenía que ir al hospital para una revisión y que su madre y Miranda habían decidido ir con él y pasar el día en la ciudad. Nicola tampoco estaba porque había ido a pasar un par de días en casa de una amiga y Meadows debía estar ocupándose del ganado.

Tras coger una botella de agua fresca de la nevera y beberse dos vasos con desesperación, encaminó sus pasos al dormitorio. Se deshizo del sombrero que había cubierto su cabeza para protegerse del sol, de la camisa de cuadros y entró decidida en el cuarto de baño para encontrarse con Graig, que se estaba afeitando frente al espejo. Solo le cubrían unos *jeans* azules. Su pecho estaba al descubierto y sus pies estaban descalzos sobre la baldosa. Estaba claro que se acababa de duchar, a juzgar por el vaho reinante.

Después de lo sucedido en el granero el día anterior no se habían vuelto a encontrar y no estaba preparada para verle de nuevo. Con la esperanza de que él no se hubiera percatado de su presencia dio un paso atrás, pero su voz retuvo su movimiento.

—No te molestes, sé que estás aquí, tu delicioso olor a estiércol te delata —dijo Graig con humor, disfrutando de la situación.

Blake estaba a punto de salir del baño, dispuesta a ignorarle, pero sus palabras la encolerizaron. Avanzó un paso más y, cruzando los brazos sobre su pecho, se apoyó en la jamba de la puerta antes de hablar.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿No deberías estar en los campos con Meadows? —preguntó, elevando una de sus perfectas cejas oscuras.

Graig se sorprendió por la pregunta, pero con total parsimonia se lavó los restos de las espuma de afeitarse y se secó las mejillas con una mullida toalla antes de responder.

—No tienes que preocuparte, Derek está con ella.

—¿Y tú dónde vas?

—¿Y qué te hace pensar que voy a algún lado? —inquirió Graig sorprendido.

—Que no hueles como normalmente: a animal —respondió Blake con una ancha sonrisa, sin percatarse de que estaba a punto de caer en su propia trampa.

Graig se giró sobre sí mismo, y apoyó su cadera en el mueble del lavabo antes de cruzar sus brazos y clavar su mirada directamente en Blake. Una sonrisa socarrona se dibujaba en sus labios.

—Le dijo la sartén al cazo —dijo con humor mientras se fijaba en el aspecto de Blake.

La aludida apretó los labios, y soltó lo primero que le vino a la mente.

—Supongo que has quedado con alguna de las mujeres que se desviven por ti, he oído rumores. —Recordó lo que había escuchado sobre Graig, susurrado a media voz por dos jóvenes que se hacían manicura el día que acompañó a su madre a la peluquería—. Aunque supongo que el olor a estiércol no te ayudará demasiado —concluyó con humor.

Blake fue testigo de cómo una sonrisa seductora se dibujaba en los labios Graig mientras se acercaba a ella peligrosamente.

—¡Graig! —exclamó sorprendida cuando él la cogió y la alzó con seguridad—. ¡Suéltame ahora mismo! —le ordenó mientras intentaba liberarse de los dedos que aferraban su cintura como si fueran dos garras de hierro.

Pero la alarma se encendió en su cabeza cuando Graig se giró y logró meterla en la bañera, para seguidamente meterse él también.

—¿Qué demonios te crees que estás haciendo? —preguntó histéricamente.

—Deshacerme de ese insoportable olor. Puede que tengas razón en que a algunas mujeres les gusta, pero te aseguro que a mí no —dijo Graig antes de accionar el grifo.

—¡Ahhh! —exclamó Blake cuando notó que el agua helada comenzaba a recorrer sus ropas. Tuvo que escupir porque estuvo a punto de ahogarla.

Graig estaba disfrutando a pesar de que se había calado la escasa ropa que le cubría. Al notar que el agua que corría sobre sus cuerpos estaba demasiado fresca, se tomó la molestia de regularla. Agradeció cuando salió algo más caliente.

—Cretino, ¡suéltame ahora mismo! —exigió Blake furiosa.

—Oh, vamos, nena, creía que necesitabas ayuda para quitarte esa peste a animal que emanas —inquirió sin soltar su mano de la cintura femenina.

—¡Eres un salvaje! —repuso Blake mientras apartaba el agua de su rostro con las manos.

Graig escogió ese momento para prestar atención a Blake, clavando su mirada en su rostro. Luego fue descendiendo para darse cuenta de que la camiseta gris que cubría su torso estaba empapada y se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Podía distinguir el sujetador con aros que realzaba sus pechos, cuyos pezones en aquel momento estaban enhiestos.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Blake molesta, al percatarse de que él no parecía responder a su ataque.

Graig se hacía la misma pregunta, pero era sumamente complicado cuando intentaba ignorar cómo su miembro se apretaba dolorosamente contra la tela de sus ajustados vaqueros. Olvidando el último resquicio de cordura que le quedaba, obligó a Blake a colocar la espalda contra la pared de azulejos, e ignorando la mirada sorprendida que ella le dedicaba en aquel momento atrapó sus jugosos labios entre los propios con toda la pasión que se había acumulado en su cuerpo en las últimas semanas.

Blake no se esperaba aquel beso duro, avasallador, que fue como caer al abismo. El olor masculino la subyugó, logrando incluso que su corazón se detuviera en su pecho por un instante. Cuando la lengua de él penetró con rudeza en su boca le dejó libre acceso, deseosa de descubrir su sabor, que le supo a pura gloria. Sin coartarse, su lengua respondió a la caricia, mientras sus manos ascendían por su pecho empapado hasta llegar al vello rizado, donde enredó sus dedos.

Graig por su parte comenzó a luchar con la camiseta de tirantes de Blake, hasta que logró

sacarla por encima de su cabeza, aunque para ello tuvo que renunciar a sus labios por unos instantes. Luego desabrochó los dos corchetes del sujetador para liberar sus esplendorosos pechos. Al bajar la mirada descubrió que sus pezones estaban erguidos, mientras hilos de agua los recorrían. Sin dudar bajó su cabeza y los lamió, disfrutando de su sabor, mordisqueando, succionando, hasta que un jadeo desesperado ascendió por la garganta femenina. Solo entonces dejó de jugar con ellos y se incorporó para atrapar sus labios mientras luchaba con los botones de los vaqueros de Blake, que al estar mojados se resistían. La quería desnuda para él.

—Necesito follarte —susurró contra sus labios.

Blake, lejos de sentirse ofendida, notó cómo la excitación ascendía por su estómago. Ella también necesitaba sentir a Graig dentro de sí.

—Pues hazlo —respondió con una sonrisa cautivadora.

Con necesidad que rozaba la desesperación, Blake dejó que sus manos descendieran por el amplio pecho masculino hasta llegar a la cinturilla del pantalón, la única prenda que le cubría, y logró desabotonarlo para luego bajarlo junto a los calzoncillos, liberando así su masculinidad, que empuñó tras un instante de duda.

—Tranquila, cielo —dijo Graig conteniendo el aliento cuando los largos dedos se cerraron sobre su verga, que notaba más dura que una piedra.

Con esfuerzo logró separar a Blake de su cuerpo y con movimientos diestros, aunque dificultados por el estrecho espacio del cubículo donde se encontraban, logró deshacerse de la ropa que aún les cubría a ambos hasta quedar desnudos, uno frente al otro, con las miradas enfrentadas.

—Aún estás a tiempo —pronunció Graig con voz cavernosa. Aunque lo que decía era una gran mentira, ni siquiera un terremoto de grado ocho lograría apartarle de Blake.

—¿De verdad crees que pienso renunciar a sentirte en mi interior? —dijo la aludida sorprendiéndole, antes de acortar la escasa distancia que los separaba.

Blake se aferró a la espalda de Graig y elevó su pierna derecha hasta colocarla en su cintura, disfrutando cuando un pequeño jadeo escapó de los labios masculinos.

Graig tomó la cintura femenina y alzó el cuerpo de ella para que Blake pudiera acoplarse a sus caderas, antes de empotrarla contra la pared nuevamente y penetrarla con una fuerte embestida. Luego se quedó quieto durante unos instantes. «Esto es el cielo que siempre soñé», pensó mientras comenzaba a moverse en su interior.

Blake se sentía perdida en la marea de la pasión, disfrutando de cada roce, de cada caricia, segura de que verdaderamente era la primera vez que sentía que su cuerpo se deshacía con las caricias de un hombre.

—¡Blake! ¡Blake! —se escuchó una voz cercana. Se trataba de Meadows, que se acercaba por el pasillo.

Graig se quedó estático en el sitio, sosteniendo el cuerpo de Blake, sintiendo que le estaban arrebatando lo que más había deseado en su vida.

—¡Maldita sea! —exclamó, apartándose con esfuerzo de Blake, aunque le hubiera gustado quedarse en su interior una eternidad—. Esto no va a quedar así —añadió antes de salir de la bañera para internarse en su dormitorio y cerrar la puerta.

Blake ni se movió, utilizando toda su concentración en intentar respirar. Con esfuerzo, alargó la mano y cerró el grifo para que el agua dejara de correr. Con el cuerpo aún tembloroso salió de la bañera y con cuidado de no resbalarse cogió una toalla con la que se envolvió.

—¡Blake! ¿Dónde demonios te metes? —dijo Meadows mientras se asomaba al baño malhumorada.

—Perdona, no te escuchaba con el agua —mintió mientras se colocaba una toalla en el pelo—. ¿Qué sucede? —preguntó más repuesta.

—Ha llegado un camión cargado con mesas y sillas. Preguntaban por ti —respondió Meadows—. ¿Estás bien? —preguntó preocupada al ver las mejillas de su hermana coloradas como tomates.

—Sí, claro —respondió la aludida con una sonrisa—. Dile a los hombres que tardo cinco minutos.

—Vale, te lo agradezco, yo me tengo que ir a los pastos del sur —respondió Meadows antes de desaparecer.

Blake se internó en la habitación y se dirigió al armario para vestirse con celeridad antes de salir por la puerta.

Una hora después regresó a su dormitorio tras organizar las mesas, sillas y bancos en el granero. Faltaban dos días para la boda y solo quedaban pequeños detalles que concretar, pero todo el trabajo más fuerte estaba hecho.

Cansada se sentó sobre la cama y clavó su mirada en el escritorio, donde permanecía su ordenador portátil. «Un nuevo día sin escribir», se reprendió mentalmente, recordando la promesa que le había hecho a Eric. Si no se ponía las pilas pronto, no llegaría al plazo que se había autoimpuesto.

Suspiró pesadamente y se dejó caer sobre la cama. Estiró sus brazos y los colocó bajo la almohada, donde notó que había un papel oculto. Sorprendida se volvió a sentar y sacó la hoja que alguien había dejado allí. La abrió para descubrir una breve nota con caligrafía firme que conocía bien.

Blake, no pienso dejar a medias lo que acaba de pasar. Te espero esta noche en el viejo granero a las doce.

Graig

Las escuetas palabras de Graig la dejaron con el corazón acelerado. La anticipación revoloteaba en su estómago, y lamentó que aún faltaran horas para la media noche. Con energías renovadas se acercó al ordenador y lo abrió, dispuesta a dar rienda suelta a su imaginación para ocupar las horas que faltaban para reunirse con él.

CAPÍTULO 26

Blake estudió su aspecto críticamente mientras se miraba en el espejo. Se había puesto un sencillo vestido de verano blanco y unas sandalias de piel. Había recogido su cabello en una coleta alta y había decidido prescindir del maquillaje. Finalmente comprobó la hora en su móvil antes de guardarlo en el cajón, de donde cogió una linterna. No estaba del todo segura de qué iba a suceder aquella noche, si al fin lograría aclarar las cosas con Graig, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

Abrió la puerta y asomó su cabeza para otear el pasillo. Tras confirmar que no había nadie salió aceleradamente y se dirigió a la escalera. Quince minutos después llegó al viejo granero y descubrió que la puerta estaba cerrada. Se sintió desconcertada.

De pronto unas grandes manos taparon sus ojos, y una voz bien conocida susurró junto a su oído, provocando que el vello de su cuerpo se erizara.

—Cierra los ojos hasta que yo te diga.

Blake asintió con la cabeza, pero Graig repitió la pregunta para asegurarse.

—¿Me prometes que no los abrirás? —insistió.

—Lo prometo —replicó Blake, mientras el olor masculino la obnubilaba.

—Bien —replicó Graig antes de apartarse de ella y descender la gran puerta. Entró en el interior y encendió el generador hasta que se hizo la luz. Luego volvió a donde le esperaba Blake y se tomó unos segundos para observarla. «Está preciosa», se dijo mientras contenía la respiración.

—¿Ya? —preguntó ella, que había escuchado los ruidos producidos a su alrededor. Incluso las pisadas de Graig cuando se acercó.

—Sí —dijo tomando su mano y situándose a su lado.

Cuando Blake abrió los ojos se quedó con la boca abierta. Ante sus ojos estaba el establo iluminado por las diminutas luces que ella misma había elegido. Ella y Graig se habían encargado de colocarlas, pero no había llegado a ver el efecto del conjunto con luz. Realmente era algo mágico, las pequeñas luces amarillas parecían estrellas en el firmamento.

—Es precioso —dijo a media voz.

—Y aún hay más —dijo Graig mientras tiraba de la mano de Blake para adentrarse en el interior del edificio.

Blake se vio sorprendida cuando descubrió una mesa adornada con un mantel blanco y flanqueado por dos sillas. Sobre la misma, una botella de champagne y diferentes envases de helado, así como una fuente con fresas.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó girándose y clavando la mirada en el rostro masculino.

—Quería darte una sorpresa —comentó Graig mientras la instaba a sentarse en una de las sillas—. Y como ya hemos cenado, pensé que uno de tus postres favoritos te gustaría.

Blake dudó unos instantes pero finalmente ocupó el asiento que le ofrecía Graig y esperó a que él hiciera lo propio.

—¿Y todo esto por qué? —insistió Blake.

—Quería que habláramos de lo sucedido entre nosotros —confesó Graig directo—, pero

antes disfrutemos de esto —dijo señalando la mesa.

Blake cogió una cuchara y se sirvió una generosa cucharada de helado de chocolate blanco, aderezado con trocitos de chocolate negro. Disfrutó de la explosión que se produjo en su boca. Era su helado favorito, y cuando se sentía mal o triste solía refugiarse en una tarrina, tumbada en el sofá, viendo una buena película.

Graig, por su parte, se decantó por el de sabor a pistacho. Luego cogió una fresa y se la ofreció a ella, que la cogió entre sus dedos.

Comieron y degustaron en completo silencio, y cuando se sintieron saciados tomaron las copas llenas de espumoso.

Blake dio un trago antes de hablar.

—Creo que ha llegado el momento.

—Sí, eso parece —replicó Graig, sintiendo los nervios bullir en su interior.

—¿Por qué me besaste el otro día? ¿Por qué me metiste en la ducha esta mañana?

—¿No es evidente? —replicó él, tan directo como había sido la pregunta.

—Si lo tuviera tan claro, no te preguntaría —dijo Blake antes de dar un largo sorbo a su copa.

—Porque te deseo, es absurdo negarlo. No pude resistirme.

—Entonces, ¿se trata solo de sexo? ¿Esto ha surgido de la noche a la mañana?

—Tu segunda pregunta casi responde a la primera —respondió Graig enigmáticamente.

—No te entiendo —dijo Blake algo molesta—, deja de jugar.

—Te equivocas si piensas eso, para mí esto no es un juego —dijo Graig con seguridad, clavando su mirada en el rostro de Blake con intensidad—. Nunca lo ha sido. Quizás por eso todos estos años no he podido tener ninguna relación seria con una mujer.

Blake se quedó sorprendida por su parlamento. «¿Ha dicho años?», se preguntó confusa. Su corazón cabalgaba sobre su pecho, y pensó que explotaría de un momento a otro.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Graig con nerviosismo.

—¿Me estás diciendo que te sientes atraído por mí desde hace años? —inquirió Blake deseando saber la verdad.

—Sí —confesó Graig con sinceridad—, hace tanto tiempo que no te puedo decir cuánto. Sin pretenderlo me enamoré de ti.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —exclamó Blake con sobresalto. Empezaba a estar enfadada con él.

—Estaba esperando a que acabaras la carrera, a que fueras más madura para confesarte lo que sentía por ti. Pero aquel día, cuando me dijiste que dejabas la carrera de veterinaria, que tenías que cumplir tu sueño, me sentí devastado.

—¿Y por eso reaccionaste así? —verbalizó Blake lo que pasaba por su cabeza, comprendiendo entonces lo sucedido—. ¿Por qué no me lo confesaste entonces?

—No podía tirarme a la piscina, me daba miedo. Creía conocerte, pensé que tú también sentías algo por mí, pero dado que desconocía que odiabas la carrera de veterinaria y que querías hacer la de periodismo, quizás también me equivocaba respecto a tus sentimientos hacia mí.

Blake sonrió torcidamente, dándose cuenta de lo retorcido que podía llegar a ser el destino.

—Yo estaba locamente enamorada de ti, pero cuando te confesé mis miedos y no reaccionaste sentí que mi corazón se rompía. Más aún cuando discutí con mi padre y me fui, ni siquiera te despediste de mí.

—Fui un estúpido, pero me sentía herido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Blake de improviso.

—Ahora solo deseo conocer a la mujer que eres ahora. ¿Me lo permitirás? —preguntó mientras cogía la mano femenina entre sus dedos y se la llevaba a los labios.

—Sí, lo haré —replicó Blake con voz temblorosa.

—Perfecto, y ahora —dijo Graig mientras soltaba la mano de Blake y sacaba su móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Luego buscó en los menús de la pantalla hasta dar con lo que buscaba: una balada romántica comenzó a sonar—. Vamos a bailar, no malgasté horas de mi tiempo para que aprendieras a bailar para tu graduación.

—¡Oh, no, por favor! —exclamó Blake recordando aquel episodio.

Graig se ofreció a enseñarla a bailar para su fiesta de último año en el instituto. Durante una semana se encontraron en aquel mismo lugar para las lecciones, y Graig debió acabar con un terrible dolor de pies por los pisotones recibidos.

—Oh, sí, señorita Washington —replicó Graig mientras la obligaba a levantarse y la pegaba a su cuerpo para comenzar con los primeros pasos.

Durante minutos se movieron al son de las notas musicales, abrazados estrechamente, perdidos en las sensaciones, hasta que la canción concluyó.

—¡No te he pisado ni una vez! —exclamó Blake sorprendida.

Graig la apartó ligeramente y elevó su mano para acariciar su mejilla con dulzura. Sin poder evitarlo se perdió en la profundidad de sus ojos azules.

—No, no lo has hecho.

—¿Y ahora? —inquirió Blake curiosa.

—Ahora querría acabar con lo que empezamos esta mañana en la ducha. Llevo demasiados años esperando —confesó.

Blake sintió que su corazón se aceleraba, estaba tan deseosa como él de resolver aquello. Pero miró a su alrededor sin encontrar un lugar idóneo.

—¿En la casa? —preguntó, aunque no le hacía demasiada ilusión.

—No, aquí —respondió Graig con seguridad, aunque no había pensado en ello cuando había preparado aquella noche romántica. Ahora se sentía estúpido, pero tampoco le hubiera gustado que Blake pensara que solo quería llevársela a la cama.

—¿Dónde? —insistió Blake.

—Espera un momento —dijo Graig mientras apartaba lo que había sobre la mesa. Luego cogió el mantel y lo colocó sobre unos fardos de heno rectangulares situados en una esquina a modo de decoración—. ¿Qué te parece? —preguntó inseguro.

Blake, que había sido testigo de sus acciones, sonrió con humor antes de acercarse a él y hablar.

—Original cuanto menos —dijo antes de colgarse de su cuello y besar sus labios con pasión.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Graig al escuchar sus palabras. Pero cuando los labios de ella se posaron sobre los propios dejó de pensar, incluso de respirar. Sin dudar, enlazó sus manos sobre su cintura y la pegó a su cuerpo.

Blake soltó un pequeño suspiro y se dejó llevar. Hacía demasiado tiempo que fantaseaba con aquel momento y por fin se iba a materializar. Estaba deseando saciarse con los besos de Graig, que sus grandes manos recorrieran su cuerpo y que su masculinidad la llenara hasta llegar al orgasmo.

No era una mujer acostumbrada a escarceos amorosos, realmente solo había tenido un par

de relaciones en el tiempo que llevaba lejos de casa, y ninguna la había llevado a ninguna parte. Suponía que era debido a que la sombra de Graig siempre había estado presente.

Graig, en un movimiento diestro alzó a Blake y la tumbó sobre el improvisado lecho que había preparado. Se situó sobre ella y apoyó los antebrazos a ambos lados del rostro femenino, mirándola fijamente.

—Siempre has estado en mi cabeza, atormentándome —confesó antes de acariciar su nariz con la de él.

—¿Y esas palabras deben hacerme sentir halagada? —preguntó Blake, perdida en la inmensidad de sus ojos grises, mientras una sonrisa se dibujaba en sus labios.

—No te puedo responder a eso —confesó Graig con sinceridad—, pero te diré que desde tu vuelta ocupas todo mi mundo. Aunque en principio lo único que hacías era ponerme de un humor de mil demonios.

Pero Graig no quería hablar más, solo quería atrapar su boca y que sus lenguas se unieran en la danza más antigua de la humanidad: la pasión.

Tras varios minutos de intensas caricias prodigadas por Graig, Blake decidió que había llegado su turno. En un rápido movimiento se libró del cuerpo situado sobre ella y le obligó a él a tumbarse para situarse sobre él a horcajadas.

Atrapó el rostro masculino entre sus manos y notó sus mejillas rasposas a causa de la incipiente barba que estaba a punto de salir. Le encantó descubrir en sus ojos aquella expresión de sorpresa, mezclada con el velo de la pasión. Y sin ninguna misericordia dejó descender su rostro para atrapar su boca mientras sus dedos luchaban contra los botones de su camisa. Tras varios intentos, no dudó en coger los dos bordes de la tela y tirar de ella. Una docena de botones saltaron por los aires. Luego sus labios descendieron de la boca masculina y llegó a su cuello.

Cuando Graig notó los pequeños dientes de Blake en su piel la excitación logró que una marea animal recorriera todo su cuerpo. Con necesidad aferró las caderas femeninas y colocó a Blake donde quería, justo sobre su masculinidad, que no se había mantenido inmune a la situación. Luego atrapó el rostro de Blake entre sus manos y la besó intensamente. Se sintió recompensado cuando un pequeño jadeo escapó de los labios femeninos. Luego la apartó de su cuerpo y la obligó a moverse para poder quitarle el ligero vestido que la cubría. Quedó expuesta ante él con tan solo un sujetador y unas braguitas blancas. Aferró la cabellera de Blake y tiró de ella, para tener completa visión de su rostro. Sus pupilas se unieron con una intensidad que hizo que su corazón se acelerase en su pecho con tal fuerza que retumbaba en sus oídos.

—¿Estás segura de esto? —preguntó con voz rasgada por la pasión.

—Sí, lo estoy —respondió Blake rotunda.

Tras su respuesta la tumbó boca arriba y luego se situó sobre ella antes de volver a besarla, mientras se abría el cinturón, se desabotonaba los vaqueros y finalmente liberaba su masculinidad, que estaba más que dispuesta a entrar en acción. Sin dejar de recorrer el cuerpo femenino con sus manos, y con su lengua entretenida entre sus pechos, Graig finalmente separó con un dedo la ropa interior de ella y notó la humedad de su femineidad. Juguetó con el clítoris hasta que de la garganta de Blake surgieron pequeños jadeos y entonces, sin poder contenerse un segundo más, la penetró con una fuerte embestida.

Blake dejó de respirar cuando notó que tenía a Graig en su interior y cuando él comenzó a moverse perdió toda percepción de lo que la rodeaba, sin importarle nada más que notar las yemas rasposas de sus dedos sobre sus pechos.

Graig sentía la presión en las sienes, la necesidad de derramarse en ella, pero se controló

todo lo que pudo, hasta que ella soltó un largo alarido fruto del orgasmo, y entonces se dejó llevar. Ambos alcanzaron el éxtasis al tiempo. Cuando todo acabó Graig se dejó caer sobre ella, ya que sus brazos eran incapaces de sostenerle. Su cabeza se quedó alojada entre el rostro de Blake y su hombro derecho, mientras su aroma floral penetraba en sus fosas nasales.

CAPÍTULO 27

El día había amanecido soleado y Blake se despertó con una sonrisa en los labios. Al estirar su brazo se encontró con un pecho masculino y comenzó a acariciarlo. Para su sorpresa Graig se había colado a medianoche en su dormitorio y gracias a él apenas había dormido.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Graig atrapando la mano femenina.

Blake giró su rostro y clavó su mirada en él. Incluso recién levantado, con el pelo castaño revuelto y los ojos somnolientos era el hombre más atractivo que había conocido en su vida, o al menos eso le parecía a ella.

—Nada, solo quería comprobar que no te habías ido —confesó Blake.

Graig sonrió ante sus palabras y no pudo evitar besar sus labios en una caricia suave y delicada. Había sido una de las noches más maravillosas de su vida y quería que se repitiera día tras día hasta el fin. Había pasado años perdido en las tinieblas, pero ahora se sentía el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra.

—Eres la mujer más especial que he conocido —dijo mientras acariciaba su mejilla con la yema de sus dedos.

Blake sintió que su corazón se aceleraba con sus palabras. Estaba a punto de replicar cuando unos fuertes golpes en la puerta la alertaron.

—¡Vamos, Blake, dormilona! ¡Hoy es el gran día! —exclamó Meadows desde el exterior, intentó abrir pero descubrió que estaba cerrada. Por un momento frunció los labios, confusa, pero no tenía tiempo para tonterías por lo que siguió su camino por el pasillo para despertar a Nicola.

Blake, en un gesto nervioso, buscó la sábana con la intención de taparse, temiendo que su hermana pequeña irrumpiera en la habitación.

—Tranquila —susurró Graig junto a su odio—, ayer cambié los cerrojos del baño y los puse en nuestras puertas.

Las palabras de él hicieron reír a Blake, que no lo esperaba. Ahora recordaba con humor el tema de los cerrojos, que tras su discusión aparecieron al día siguiente colocados en las puertas por arte de magia.

—Fuiste tú, ¿verdad? —preguntó a Graig mirándole divertida.

—Tenía que protegerme de ti, tenía miedo de que entraras furtivamente en mi dormitorio y te aprovecharas de mí —comentó con humor, logrando su objetivo, que la risa cantarina de Blake se expandiera por la habitación.

—¡Vamos, Blake, no tenemos todo el día! —se escuchó la voz de Nicola al otro lado de la hoja de madera.

—No recordaba que tus hermanas fueran tan aguafiestas —dijo Graig mientras su mano recorría la espalda femenina—. Al menos, ¿te ducharás conmigo? —rogó a Blake.

—Será un auténtico placer —dijo la aludida mientras abandonaba la cama, desnuda como Dios la trajo al mundo, y se dirigía al baño.

Media hora después, Blake bajó a la cocina. Esperaba que todo el mundo hubiera desayunado ya, pero para su sorpresa se encontró con Nicola, sentada en la mesa ovalada con una jarra de café entre sus manos. Cuando entró, su hermana clavó su mirada en ella, como si quisiera leer sus pensamientos.

—Buenos días —dijo escuetamente mientras abría la alacena para coger una taza. Luego se acercó al mostrador y cogió la cafetera antes de servirse y dirigirse a la mesa, sentándose frente a su hermana.

—¿Se puede saber que está pasando? —preguntó Nicola directa.

Estaba segura de que algo estaba sucediendo entre Blake y Graig. Su hermana mayor podía engañar a Meadows, que le había comentado que la habitación de Blake estaba cerrada con pestillo, pero no a ella.

—Nada —mintió Blake mientras se servía el azúcar y la leche. No era estúpida y sabía de sobra a que se refería Nicola.

—¡Oh, vamos Blake! —exclamó Nicola molesta—. Sé perfectamente que algo está sucediendo entre tú y Graig. ¿Desde cuándo tienes cerrojo en tu dormitorio? —preguntó mientras una de sus perfectas cejas se curvaba.

Blake dio un nuevo sorbo a su taza y tardó unos segundos en contestar. Era absurdo negar lo evidente, pero no lo había hablado con Graig, y temía que no le sentara bien que aireara su relación.

—Si no me respondes tú, iré a preguntarle a él —dijo Nicola frustrada—. Y yo que creía que era tu confidente... —concluyó molesta.

—Esta bien, tienes razón. Siempre te he contado todo respecto a este asunto, no tiene sentido ocultarte nada.

—¿Entonces?

—Graig y yo... —no quería ser burda en la explicación, aunque tampoco podía definir su relación de momento— hemos limado nuestras asperezas...

Nicola estudió el rostro de Blake mientras se acariciaba la barbilla pensativa.

—Vamos, que os habéis acostado —dijo directa.

—¡Nicola! —exclamó Blake, sorprendida por las palabras de su hermana.

—¿Es o no es? —insistió la aludida.

—Es —reconoció finalmente—. Me gustaría decirte que hay algo más, pero todavía es muy pronto.

—Blake, no te agobies por eso. Estoy completamente segura de que Graig sigue coladito por tus huesos, como te he dicho un millón de veces en este tiempo. Solo necesitáis tiempo.

—¡Eh, vosotras dos! —exclamó una voz proveniente del pasillo.

Ambas giraron sus rostros y descubrieron a Meadows en el quicio de la puerta. Su postura era del todo altanera, con las piernas separadas y las manos en las caderas.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicola.

—Se supone que la boda es en unas horas, y que aún hay un montón de cosas que organizar. ¿Cuándo demonios vais a mover el culo?

Nicola y Blake intercambiaron una mirada y ambas se llevaron la mano a la frente en un saludo militar.

—Sí, señora. A sus órdenes, señora —exclamaron al unísono antes de estallar en sonoras carcajadas.

—Os creéis muy graciosas, ¿verdad?

—¿Qué sucede? —preguntó Graig, apareciendo a la espalda de Meadows, que al escuchar su voz dio un pequeño respingo.

Graig había decidido dejar pasar algo de tiempo antes de acercarse a la cocina para desayunar. Se sentía hambriento tras una larga noche, pero lo que no había esperado era encontrar

a las hermanas Walker al completo reunidas allí.

—Graig —le nombró Meadows más recuperada—. Pon en orden a estas dos, me tienen harta —afirmó antes de dar un ligero empujón al aludido y caminar a grandes zancadas por el pasillo en dirección a la calle.

Blake y Nicola no pudieron evitar estallar en sonoras carcajadas al escuchar las últimas palabras de Meadows. Y las risas subieron de nivel al descubrir el rostro confuso de Graig, que las miraba alternativamente.

Faltaba menos de una hora y media para la boda y Blake se metió en el baño con la intención de darse una ducha rápida. Organizar los últimos preparativos le había llevado más tiempo de la cuenta y ahora tenía que darse prisa. Recogió su melena en un moño alto con una pinza, con la intención de no estropear las ondas que le había hecho Jane, la peluquera de la novia que ahora se encontraba en la habitación de Nicola. No quería estropearlo.

Salió del baño envuelta en una toalla blanca y tras secarse y darse la crema y el desodorante, se puso la ropa interior antes de abrir la bolsa de tela que cubría su vestido. No había sido fácil encontrar algo que le gustara y sentara bien en tan poco tiempo, pero estaba claro que había dado en el clavo. Frente a sí se mostraba un delicado vestido de color aguamarina. El escote era palabra de honor y ella había pedido que le añadieran unos finos tirantes repletos de pedrería que refulgía con la luz. La falda era de gasa y le llegaba hasta los tobillos. Para completar el conjunto se había decidido por unas sandalias plateadas de tacón ancho. No quería tener problemas de quedar atascada en el suelo de tierra del camino que llevaba al viejo granero.

Con parsimonia cogió el vestido para ponérselo por los pies. Lentamente lo fue subiendo por su cuerpo hasta colocarlo en su lugar. Estaba ajustándose los tirantes sobre los hombros cuando un prolongado silbido la sobresalto.

—¡Estás espectacular! —exclamó Graig sin poder contenerse. No era la primera vez que veía a Blake vestida de gala, pero en aquella ocasión parecía distinta.

Blake sintió que sus mejillas se coloreaban ante el piropo, pero cuando se giró para enfrentarse a Graig se quedó sin aire por unos segundos. El hombre que le tenía robado el sentido estaba guapísimo.

No sabía en qué momento del día se había cortado el pelo, pero tenía que reconocer que el corte le quedaba de miedo, aunque extrañaría enredar sus dedos en sus mechones castaños. Su piel morena hacía contraste con la blancura de su camisa. Y el traje color azul marino se ajustaba a su cuerpo como un guante. Aderezaba el conjunto una corbata del mismo color de su vestido.

—¿De dónde has sacado esa corbata? —preguntó mientras se aproximaba a él y la colocaba recta sobre el cuello de la camisa.

—Me la ha regalado Nicola —respondió Graig confuso—. Pero eso qué más da, ¿No me vas a decir lo guapo que estoy? —preguntó mientras cogía la cintura femenina y la aproximaba a su cuerpo.

Una sonrisa divertida se dibujó en los labios de Blake al escuchar sus palabras. A pesar del humor que Graig había intentado imprimir a sus palabras, ella se percató de que en realidad se trataba de inseguridad.

—Eres el hombre más irresistible que he conocido en mi vida —dijo antes de colocar las palmas de sus manos sobre su pecho para apartarle—, pero tengo que acabar de arreglarme. ¿Por

qué no bajas y ayudas a Nicola a recibir a los invitados?

Graig frunció el ceño sin percatarse. Le hubiera gustado más besar a Blake, pero hasta que la boda no pasara no tendría tiempo para dedicarle a ella.

—Está bien —dijo resignado antes de abrir la puerta del dormitorio de Blake y otear a izquierda y derecha para comprobar que no había nadie en el pasillo. Después salió en dirección a las escaleras.

Como había pronosticado Blake, Nicola se encontraba en el exterior, indicando a los coches a dónde se tenían que dirigir. Lo habían decidido así porque junto al viejo granero había una gran explanada donde la gente podía dejar los vehículos, y de este modo no tendrían que recorrer los diez minutos que se tardaba en llegar allí por un camino de tierra.

Graig se acercó a ella y estudió su aspecto. Nicola llevaba su característico pelo rojizo recogido en un moño alto, y su alegre vestido amarillo hacía destacar el moreno de su piel. Estaba preciosa, y así se lo hizo saber.

—¿Quién es esta mujer? ¿Dónde está mi Nicola? —preguntó mientras cogía su mano y la hacía girar sobre sí misma.

La aludida se sintió halagada, aunque sabía de sobra que Graig solo tenía ojos para Blake.

—Tú también estas guapísimo. No recuerdo haberte visto embutido en un traje nunca en mi vida.

—Bueno, ya sabes, el que tiene percha... —dijo Graig mientras se quitaba una mota de polvo imaginaria de la solapa de la chaqueta.

—Tonto —exclamó Nicola con una sonrisa.

—Bueno, preciosa, voy a ver cómo va Meadows con el tema del parking, no vaya a ser que empiece a poner multas o algo así —comentó con humor antes de despedirse con un gesto de la mano y caminar hacia el lugar.

Nicola sonrió ante la ocurrencia de Graig, aunque en verdad imaginaba a su hermana pequeña echando broncas a diestro y siniestro y poniendo multas a los invitados sin misericordia.

Alisó la falda de su vestido y oteó el firmamento para descubrir que el sol ya se ocultaba tras las montañas. Las luces que se habían colocado en el rancho para la ocasión se encendieron. Nicola sonrió al ver que la vieja furgoneta de Dale se acercaba y se detenía a su lado, y se sorprendió al descubrir que alguien ocupaba el asiento del acompañante.

—Buenas noches —saludó Dale educadamente, aunque por la expresión que mostraba su rostro, estaba claro que no estaba del mejor humor.

—Buenas noches, Dale —replicó Nicola amablemente.

Como llevaba haciendo cerca de una hora, buscó su nombre en la lista de invitados que le había entregado Leah el día anterior. Finalmente dio con el nombre y lo tachó con una cruz. Luego elevó su rostro y clavó su mirada en el hombre sentado junto a Dale. Le daba apuro preguntarle por él, pero debía asegurarse de que era un invitado.

—¿Y tu acompañante es...? —preguntó mientras tamborileaba con el bolígrafo sobre la carpeta con nerviosismo.

El aludido, que hasta el momento estaba con la vista perdida en los prados que podía otear desde la ventana del acompañante, giró su rostro con virulencia y clavó su mirada verde en Nicola. Una sonrisa perezosa surgió en sus labios antes de hablar.

—¿Qué pasa, Niki? ¿Ya no te acuerdas de los viejos amigos? —preguntó, intensificando su sonrisa, logrando que un pequeño hoyuelo se formara en su barbilla.

La aludida se aproximó unos pasos más al coche y clavó su mirada en el rostro.

—¡Lip! —exclamó sorprendida.

Conocía al hermano de Dale porque a pesar de ir dos cursos por encima del suyo, habían coincidido en más de una ocasión. Todas sus amigas suspiraban a su paso, y no era de extrañar porque entonces era uno de los adolescentes más atractivos de Fast River. Pero de eso hacía una eternidad.

—El mismo, nena. A ver si luego tienes un hueco y podemos bailar —dijo Lip guiñándole un ojo divertido.

—Claro —replicó Nicola desubicada.

Dale arrancó el motor, dando por concluida la conversación entre su hermano y Nicola, y se dirigió al parking improvisado.

CAPÍTULO 28

Leah le había pedido a Blake que la acompañara hasta el granero. Quería que su amiga, artífice de que su boda pudiera realizarse como había soñado, estuviera presente en el momento en que ella llegara al lugar, que había evitado expresamente para llevarse una sorpresa. Leah decidió permanecer con los ojos cerrados hasta llegar a la puerta del viejo granero, y cuando su padre detuvo el vehículo, fue el momento que eligió para abrirlos, alertada por el rumor de voces a su alrededor.

—¡Dios mío! —exclamó la joven mientras se cubría las mejillas con las manos—. Es algo increíble. Es... ¡es mágico!

Blake, situada a su lado, notó cómo su pecho se expandía por la emoción. No sabía ni cómo ni por qué se había metido en aquel berenjenal, pero allí estaba. En su vida se había encargado de ninguna celebración importante, y mucho menos de una boda. Pero solo con ver la expresión del rostro de su amiga sabía que había merecido la pena.

Ella misma se sintió impresionada cuando dejó su vista vagar por la fachada del viejo establo. La imagen era del todo idílica. El viejo edificio se mostraba alto e imponente. Sus grandes puertas de madera estaban abiertas y desde allí se podía distinguir la delicada iluminación de las luces led, que parecían pequeñas estrellas diseminadas por el techo. La gente esperaba sentada en los sencillos bancos de madera, adornados con flores silvestres y lazos blancos. El pasillo central, que daba paso al templete construido expresamente por el padre de Leah y adornado con flores, estaba cubierto con una fina moqueta de discreto color crema.

—Nunca voy a poder agradecerte lo que has hecho por mí —dijo Leah cogiendo la mano de Blake y conteniendo las ganas de llorar. No quería estropear el maquillaje.

—Te lo debía, querida Leah —confesó Blake con la misma emoción.

El padre de Leah, testigo de la situación, no pudo evitar sonreír, pero tras observar la esfera de su reloj se percató de que iban con diez minutos de retraso.

—Leah, creo que ha llegado el momento —dijo para alertar a su hija, que cruzó su mirada con la de él.

—Sí, papá.

La puerta del coche se abrió y ambas mujeres se sorprendieron al descubrir a Graig, que tendió su mano a Leah para ayudarla a descender.

—Estás preciosa, Leah —dijo Graig galantemente.

—Gracias, Graig, por todo —replicó la novia clavando sus ojos en el rostro masculino con intensidad—. Ya me dijo Nicola que tú has puesto tanto en esto como Blake. Os voy a estar eternamente agradecida.

—No es nada, Cameron y tú os lo merecéis.

Blake eligió ese momento para salir del coche y ayudó a su amiga a colocar la cola del vestido correctamente. Luego padre e hija comenzaron avanzar a interior del edificio, dejando a Blake y Graig solos.

—Parece un lugar mágico —exclamó Blake sin poder contenerse. Había sido testigo de los avances producidos en el lugar, pero hasta ahora no había visto el conjunto. Su cabeza comenzó a almacenar los datos, los colores, el juego de luces y los sentimientos que atravesaban

su cuerpo para luego poder reflejarlo en una de sus novelas.

—Que has creado tú —dijo Graig mientras enlazaba su cintura—. Siempre sospeché que eras una romántica empedernida.

—Puede ser —pensó Blake, recordando su profesión; escribir novelas de amor que hicieran suspirar. Aún no le había confesado a Graig que realmente no trabajaba como columnista en un periódico de Washington. Sabía que tenía que hacerlo, pero un pudor antiguo se lo impedía: temía que él se riera de ella.

—¿Vamos? —la instó Graig mientras la empujaba levemente—. ¿No querrás perderte la ceremonia?

—Por nada del mundo.

La boda fue hermosa, podía palpase el amor que se profesaban los novios mientras intercambiaban los votos. Luego los invitados prorrumpieron en aplausos antes de felicitar a la pareja. Poco después se sirvió el catering y todos comieron y bebieron a su antojo mientras charlaban animadamente.

Era medianoche cuando un grupo *country* que había contratado Blake como sorpresa para los novios comenzó a tocar. El centro del granero había sido despejado y en pocos minutos comenzó a llenarse de gente deseosa de bailar.

Blake, que no era muy amante del baile, decidió colocarse junto a una de las columnas de madera, donde habían situado los bancos por si alguien quería descansar y se apoyó sobre ella, feliz de ver a la gente disfrutar.

—¿Te estás escondiendo? —preguntó una profunda voz a su espalda. Era Graig, que se había situado tras ella. Acariciaba sutilmente su cintura.

—Puede ser —replicó Blake con una enorme sonrisa en sus labios—, ya sabes que no me gusta bailar.

—¿Y no harías un pequeño esfuerzo por mí? —susurró Graig junto a su oído—. El otro día lo hiciste.

—¡Oh, por favor! No me pidas eso —le rogó—. Ya sabes que soy un pato mareado en la pista.

Graig hizo un gesto a la banda sin que Blake se percatara y lo que había sido una canción con ritmo, se convirtió en una lenta melodía. También la intensidad de la iluminación descendió, creando un ambiente íntimo.

—Es una lenta, y yo te guiaré —dijo Graig situándose frente a ella y tendiéndole la mano.

Blake estaba dispuesta a negarse, pero cuando los ojos grises de él se clavaron en su rostro no pudo evitar alargar su mano y tomar la que él le tendía.

Angus, que estaba sentado en los bancos situados frente a donde se encontraban Blake y Graig, fue testigo de la escena. No pudo evitar que una sonrisa tierna se dibujara en sus labios. Ahora todo cuadraba en su cabeza, y sin percatarse pronunció en voz alta lo que pasaba por su cabeza.

—Al final mis sospechas se han confirmado.

Harriet, situada a su lado, frunció el ceño confusa ante las palabras de su marido. Giró su rostro para mirar a Angus.

—¿De qué estás hablando? —inquirió curiosa.

—De Blake y Graig.

Harriet buscó a los jóvenes y los localizó en la pista de baile.

—¿Qué pasa con Blake y Graig?

—¿De verdad que no lo ves? —inquirió Angus con una sonrisa enigmática pintada en sus labios.

—Pues no, pero ilumíname.

—Están enamorados —respondió llanamente.

Harriet clavó su mirada en el rostro de su esposo, incrédula, y luego se fijó en la pareja, que bailaban pegados, muy pegados. «¿Blake y Graig?», se preguntó sin dar crédito a las palabras pronunciadas por Angus.

—Y tengo la impresión de que esas dos —dijo Angus señalando a Meadows y Nicola, situadas en una esquina de la pista de baile, y que cuchicheaban sin apartar la mirada de su hermana mayor— lo saben desde hace tiempo.

—¿Y qué opinas? —preguntó Harriet preocupada.

—¿Qué voy a opinar? —exclamó Angus con humor—. Pues que me gustaría que lo que sea que ha surgido entre esos dos salga bien. No conozco mejor hombre que Graig para una de mis hijas. Pero independientemente de eso, son ellos los que deben decidir con quién quieren compartir su vida. No pienso entrometerme, ya lo hice una vez con Blake y pagué un alto precio.

Harriet se emocionó con las palabras pronunciadas por su marido y apoyó la cabeza sobre su hombro. Estaba orgullosa de él, había aprendido una dura lección y había sufrido mucho por ello.

—Y ahora ya es hora de que nosotros también bailemos —solicitó Angus levantándose para tomar la mano de su esposa y caminar juntos hasta el lugar donde varias parejas se movían al ritmo de la música.

Meadows y Nicola fueron testigos de cómo su padre sacaba a su madre a bailar, y ambas se cogieron del brazo, emocionadas.

—No recuerdo la última vez que los he visto bailar —confesó Meadows antes de suspirar sonoramente.

—Papá siempre ha estado muy ocupado con el rancho —dijo Nicola—, me alegro de que al final se haya dado cuenta de que tenía mal atendida a mamá.

El comentario de Nicola no gustó a Meadows, que frunció el ceño antes de rebatir sus palabras.

—Eso no es verdad. Papá y mamá son la pareja más enamorada que conozco. Muchas parejas del pueblo, a su edad, ni siquiera se miran a la cara.

—Meadows, no te enfades conmigo. Tienes razón en lo que dices, pero el amor y la pareja son más complicados de lo que tú piensas. Es como una planta que debes regar cada día si quieres que crezca sana.

—¿Por qué todos me tratáis como si fuera una adolescente que no sabe nada de la vida? —dijo la aludida molesta.

Nicola hubiera querido recordarle a Meadows que a sus veinticuatro años aún no la había visto tener una relación con un hombre. En su adolescencia sí había salido con algún chico, pero poco más. La inocencia de su hermana pequeña empezaba a preocuparla.

—Lo siento —se disculpó para apaciguarla. No quería discutir aquel día tan especial.

Dale estaba junto a la mesa de las bebidas. Permanecía apoyado contra la pared de madera y portaba en su mano una copa de *champagne*. Estaba aguantando estoicamente cuando lo que realmente deseaba era irse a casa, pero no quería disgustar a sus anfitriones. Su estado taciturno se debía nuevamente a su padre. El antagonismo entre ambos duraba años, pero la llegada de su hermano pequeño había acabado de rematar la situación.

Lip había aparecido el día anterior en el rancho por sorpresa. Al parecer Cameron le había invitado a la boda hacía meses, y su hermano no se había tomado la molestia ni tan siquiera de avisar de que volvería unos días a Fast River para el evento. No llevaba ni veinticuatro horas en casa y ya habían discutido.

—¿Vas a estar así toda la noche? —sonó una voz muy conocida a su lado. Dale giró su rostro y clavó su mirada en su hermano, que se había situado a su lado sin que él se percatara.

—Sí, ¿tienes algún problema? —respondió con voz huraña.

Lip, resignado, se tomó unos minutos para decidir cómo seguir con aquella conversación. Comprendía que su hermano estuviera molesto con él por no avisarle de su regreso, pero hasta el último momento no había sabido si iría. Y a pesar de que Dale supuestamente se había enfadado por ese asunto, Lip sabía que en realidad el tema que llevaba crispándole desde hacía tiempo inmemorial era el padre de ambos.

—Dale, por favor, voy a pasar dos días aquí. ¿No podemos llevarnos bien?

—Me encantaría —replicó el aludido clavando su mirada intensamente en el rostro de su hermano—, pero también me gustaría que me ayudaras con el asunto de papá. La situación se está volviendo insostenible. Hace un par de días le encontré durmiendo en el suelo del porche. Si me apoyaras quizás lograríamos ingresarlo en un centro para que le ayuden.

Lip se rascó la nuca nerviosamente. Sabía que Dale tenía más razón que un santo, y que cuando había llegado y su padre se había empeñado a abrir una botella de whisky para celebrar su regreso no había hecho bien aceptando el vaso que le tendía. No estaba ayudando a su hermano con el asunto, suponía que su obligación era sermonear a su viejo para ver si lograban que dejara la bebida definitivamente, pero para eso necesitaba tiempo, meses quizás, y él no disponía de tanto.

Su trabajo, del que su hermano no sabía nada, era peligroso y absorbía todo su tiempo. Ni tan siquiera tenía vida privada. Pero eso no era excusa suficiente para su falta de interés por los problemas de su familia, lo sabía. «Solo necesito unos meses más», se dijo recordando la promesa que le había hecho su jefe cuando le había pedido que le liberara de la misión en la que llevaba embarcado cerca de dos años.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Dale, molesto con el silencio de Lip.

—Te prometo que te ayudaré con este asunto —afirmó, convencido de que iba a cumplir su promesa.

—Espero que sea verdad —replicó Dale, aunque no creía demasiado en la palabra de su hermano. Dejó la copa vacía sobre la mesa antes de hablar—. Por favor, discúlpame con los novios. Me voy a casa. Estoy cansado —dijo antes de dirigirse a la puerta.

CAPÍTULO 29

Blake había decidido pasar la mañana escribiendo. Estaba acabando con las últimas líneas de un capítulo de su nueva novela. Satisfecha, dio al comando de guardar y apagó el ordenador. Se reclinó sobre la silla y suspiró, deseando que llegara la noche para encontrarse nuevamente con Graig. De pronto unos pasos rápidos en el pasillo rompieron su quietud.

—Blake —exclamó Meadows, que se asomaba en ese momento por el quicio de la puerta—, hay un tipo muy raro esperándote abajo.

Blake arrugo el ceño, sorprendida por la definición de su hermana.

—¿Y ese «tipo» te ha dicho su nombre? —investigó curiosa.

Meadows no respondió al momento, se acercó a la cama y se sentó sobre el colchón mientras clavaba la mirada en su hermana, que en ese momento cerró la tapa del ordenador.

—Eric no sé qué. Iba vestido con un traje de lo más elegante, como si fuera a asistir a una boda. ¿Acaso no se da cuenta de que ahí fuera hace casi cuarenta grados?

Blake obvió el comentario de Meadows, y solo se quedó con que Eric estaba allí, en el rancho. Con rapidez, se quitó el camión que cubría su cuerpo y se puso un vestido azul y unas sandalias.

—¿Quién es ese hombre? —inquirió Meadows curiosa, más tras descubrir el nerviosismo de su hermana—. ¿Es tu novio?

—Por Dios, Meadows, no digas tonterías. Eric es mi mejor amigo y mi editor.

—Eso explica por qué es tan raro —dijo Meadows más tranquila.

El comentario de su hermana logró que una carcajada escapara de los labios de Blake, que en aquel momento estaba cepillándose el cabello.

—¿A qué te refieres? —preguntó mientras se ponía unas sandalias.

—Nadie en su sano juicio vendría a un rancho con esa ropa. Está claro que es un hombre de ciudad.

—Vamos —dijo Blake cogiendo la mano de Meadows, obligándola a levantarse—. Estoy deseando presentarte a Eric.

—¿De verdad es necesario? Creo que ya nos hemos conocido.

—Pero no en condiciones —dijo Blake mientras arrastraba a su hermana al pasillo en dirección al salón, donde Meadows había dejado a Eric.

Eric esperó a estar a solas con Blake para sacar la conversación que le había llevado hasta allí. Notaba su camisa pegada a su cuerpo y sin poder soportarlo más tiempo se quitó la chaqueta y la dejó cuidadosamente sobre una silla cercana.

—¿Por qué demonios hace tanto calor aquí? —se preguntó frustrado antes de coger el vaso de limonada casera que poco antes le había servido Blake.

—Tienes la piel muy fina —dijo Blake con humor mientras ocupaba un sitio en el sofá del salón—. Bueno, y ahora, ¿me vas a contar para qué has venido hasta aquí? —preguntó enarcando una ceja—. Te mandé la primera parte de la novela hace unos días, como habíamos quedado. Y esta vez he sido puntual —recalcó orgullosa.

Eric la observó y finalmente decidió sentarse en una otomana cercana.

—Vale, Blake, iremos directamente al grano —dijo mientras se aflojaba la corbata y se la quitaba antes de desabotonar algunos botones de su camisa—. Tengo noticias de la editorial.

—¿Sucedó algo? —preguntó Blake preocupada.

—Ha llegado el momento —contestó Eric escuetamente.

—¿El momento de qué?

—Han decidido que ha llegado la hora de desvelar el secreto. Durante todos estos años te hemos mantenido oculta, fomentando entre los lectores el velo del misterio sobre tu persona, pero quieren dar un pelotazo haciendo una presentación de tu último libro. Que, por si no lo recuerdas, saldrá a la luz en una semana.

—¿Qué? —boqueó Blake incrédula.

Eric tenía razón. Se le había olvidado por completo la fecha de publicación. Había estado tan sumida en el reencuentro con su familia, la boda de Leah y su relación con Graig que no había pensado en su carrera ni un solo minuto. Pero eso no quería decir que estuviera preparada para lo que le pedía la editorial. Hasta entonces había sido feliz metida en su burbuja, y la sola idea de que su rostro saliera en las contraportadas de los libros le puso el vello de punta.

—Lo que has oído. Te recuerdo que hace tiempo hablamos sobre el asunto. —Eric pudo ver el pánico reflejado en el rostro de Blake—. Sé que no querías hacerlo, que pensabas que nunca sucedería, pero ha llegado el momento.

Graig aparcó el coche frente a la casa después de hacer unos recados en Fast River con la esperanza de encontrar a Blake sola. Sabía que su deber era otro, revisar unas vallas, pero antes necesitaba besarla nuevamente para empezar bien el día.

Frunció el ceño al descubrir un coche desconocido, y se preguntó de quién podía tratarse. Salió del vehículo y se dirigió al porche. Entró con sigilo y al escuchar la voz de Blake y un desconocido se detuvo en seco en el pasillo. Pudo ver el aspecto refinado del tipo a través de un espejo situado sobre la chimenea. Su intención no era espiar, pero la conversación que se mantenía en el salón le clavó los pies al suelo.

—Está bien, Eric, en un par de días habré arreglado mis asuntos aquí y cogeré el primer vuelo que salga para Washington —dijo Blake con voz monocorde.

Por nada del mundo quería irse en ese momento, aunque solo fuera durante unos días, y menos cuando aún no había hablado con Graig sobre su verdadera profesión. Temía que lo que habían construido en los últimos días se desintegrara como una pompa de jabón con un golpe de aire. Pero tenía que ir a Washington, cumplir con el contrato que tenía firmado.

—Me alegro, Blake, así pondremos punto final a esta historia de una vez por todas —dijo Eric refiriéndose a su presentación ante los medios.

Graig, que se mantenía quieto, como una figura de sal, ni siquiera se percató de que su mandíbula se tensaba. Y a pesar de eso, cuando escuchó a la voz masculina pronunciar aquellas últimas palabras, se movió con celeridad para volver al exterior de la casa. Necesitaba insuflar aire en sus pulmones. «Me ha engañado todo este tiempo. Nunca me ha querido y quiere poner fin a lo nuestro», se repetía una y otra vez mientras caminaba a grandes zancadas hacia el establo. Una vez allí necesitó varios minutos para recuperarse. Cuando lo hubo logrado, ensilló a su caballo y salió al galope del edificio con la única intención de quemar la adrenalina que corría por sus venas.

—¿Y qué tal está el asunto del vaquero? —preguntó Eric entrando en el plano de amistad

que ambos compartían.

Una amplia sonrisa adornó los labios de Blake, iluminando todo su rostro.

—Pues la verdad es que hemos arreglado los malentendidos que hubo entonces, y ahora estamos bien.

Eric se alegró de escuchar sus palabras. Blake llevaba demasiados años sola, aferrada a aquel amor de juventud, y se merecía ser feliz.

—Me parece una noticia fantástica. Enhorabuena.

—Y ahora que estás aquí, ¿quieres conocer el rancho? ¿quedarte a comer?

Eric se levantó de la otomana resueltamente y recogió su corbata y la chaqueta antes de contestar a la pregunta de Blake.

—Te lo agradezco, pequeña, pero no estoy hecho para este lugar, ni este clima. Preferiría volver a casa. Además, Rachel vuelve esta noche de Francia —dijo en alusión a su última conquista.

Blake se levantó y se aproximó a él con la intención de despedirse, pero al escuchar aquel nombre se situó frente a Eric y se cruzó de brazos antes de hablar.

—¿Rachel? Creo que esta vez va en serio, llevas saliendo con ella cerca de diez meses. ¿Será amor? —preguntó con humor.

—Deja tus tramas para las novelas —replicó su amigo con humor antes de besar sus mejillas—. Cuando tengas el billete de avión mándame un mensaje con tu hora de llegada.

—Por supuesto —respondió Blake mientras le acompañaba hasta el coche.

Blake permanecía tumbada sobre la cama mientras su vista no era capaz de apartarse del reloj de la mesilla, que en aquel momento marcaba la una de la madrugada. Empezaba a preocuparse por Graig. Cada noche desde que se habían reconciliado la visitaba en su dormitorio. Tampoco le había visto en todo el día, ni siquiera a la hora de la cena.

Cansada de esperar y con los nervios a flor de piel se levantó de la cama y decidió ir ella misma al dormitorio de él. Se dirigió al baño y cuando intentó abrir descubrió que estaba cerrada con el pestillo. Un escalofrío recorrió su cuerpo y supo en ese instante que algo malo iba a suceder. Dispuesta a salir de dudas regresó a su dormitorio y salió al pasillo para intentar acceder al cuarto de Graig por la otra puerta, pero cuando giró el pomo descubrió que también estaba cerrada.

Finalmente, y sin otra salida, llamó a la puerta con los nudillos, esperando que ni Nicola ni Meadows la escucharan. No hubo respuesta y volvió a probar hasta que la puerta se abrió con virulencia.

Ante sus ojos apareció un Graig que la sorprendió. Iba vestido con unos jeans desgastados, estaba descalzo y su pecho lo cubría una camiseta de tirantes blanca. Su pelo castaño estaba revuelto sobre su cabeza y de su mano derecha colgaba una botella a medias de whisky. «¿Qué demonios está pasando aquí?», se preguntó preocupada, pero sus pensamientos no llegaron muy lejos cuando escuchó la voz fría de Graig salir de su boca.

—¿Qué demonios quieres? ¿No te has dado cuenta de que no quiero verte?

—Graig... —intentó dialogar Blake, pero él la cortó con un gesto de mano.

—No te molestes en pronunciar una mentira más. Por mí te puedes ir a Washington esta misma noche para no regresar. Ya sé que has decidido poner fin a lo nuestro. ¿Te vas a ir con ese

tipo trajeado con pinta de finolis? Déjalo, no me respondas. Me importa una mierda. Solo quiero que te mantengas alejada de mí para siempre.

—Yo creí que me querías —dijo Blake sin poder contenerse.

—Hemos echado muy buenos polvos —dijo Graig, mientras una sonrisa cínica se dibujaba en sus labios—, pero nada más.

—Pero... —balbuceó Blake a punto del llanto.

—Lárgate, señorita Washington —la cortó Graig antes de cerrarle la puerta en las narices y echar el pestillo.

Blake se quedó allí plantada, como si sus pies hubieran echado raíces en la alfombra floreada de su madre. Incluso se olvidó de respirar por unos instantes, pero finalmente se obligó a insuflar aire a sus pulmones, recuperándose lo suficiente para arrastrar sus pies hasta su dormitorio. Después se dejó caer sobre la cama y dio rienda suelta a un llanto desesperado. «Lo has vuelto a perder», se repitió una y otra vez mientras sus ojos derramaban lágrimas incontrolables.

CAPÍTULO 30

Blake apenas había dormido en toda la noche y notaba los ojos hinchados como bolas de tenis. Había esperado pacientemente a que Graig saliera de su habitación para acceder al baño y darse una ducha, con la esperanza de espabilarse. Después había buscado un billete en el primer vuelo que salía para Washington y, tras confirmarlo, se dispuso a hacer la maleta. Estaba a punto de sacarla del armario cuando la voz de su hermana la sobresaltó.

—¿Estás bien? ¿Por qué no has bajado a desayunar?—preguntó Nicola preocupada, pero cuando descubrió el rostro hinchado y descompuesto de Blake una señal de alerta explotó en su cabeza.

—Sí, lo estoy —mintió apartando la mirada, dirigiéndose al armario para dar la espalda a su hermana. Todavía no había pensado qué les iba a decir a ella y a Meadows sobre su sorpresiva marcha, más cuando no pensaba regresar al rancho mientras Graig Stewart estuviera allí.

Nicola no se lo tragó y con urgencia se aproximó a ella, tomándola por los hombros para obligarla a girarse y así descubrir la verdad.

—Ni se te ocurra mentirme —la advirtió, más cuando descubrió sus ojos enrojecidos por el llanto—. Dime ahora mismo qué ha sucedido —inquirió directa.

Blake dudó unos instantes, pero finalmente se convenció de que no tenía sentido mentir a Nicola, tarde o temprano su hermana descubriría la verdad.

—Me marcho.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó Nicola, intentando no perder los nervios.

—Tengo una importante cita de trabajo ineludible. En unos días será la presentación de mi último libro y tengo que estar.

Nicola clavó su mirada en el rostro de su hermana, achicando los ojos. No era estúpida y estaba segura de conocer el verdadero mal que aquejaba a su hermana y que tenía nombre masculino: Graig.

—¿Y qué ha sucedido con Graig? —preguntó directa—. Creía que ya habíais arreglado vuestros asuntos. Se os veía tan felices a los dos estos días...

Blake tuvo que tragar el nudo que sentía en la garganta. No quería volver a llorar, pero Nicola no se lo estaba poniendo fácil. Finalmente, y cogiendo fuerzas de flaqueza, habló.

—Todo se ha acabado, podría decirse que ha sido una aventura de verano. Ahora regresaré a mi vida y a mi trabajo —dijo Blake mientras daba la espalda a su hermana y sacaba la maleta del armario antes de situarla sobre la cama.

—Por favor, Blake, no te vayas así. Seguro que ha sido un malentendido.

La aludida se giró con virulencia y clavó su mirada con intensidad en el rostro de su hermana. Había intentado controlarse, pero estalló con el peor de su genio.

—Nicola, no seas ingenua. Hemos echado buenos polvos —repitió las palabras pronunciadas por Graig y que se habían grabado a fuego en su cabeza—, pero nada más. El verano está a punto de acabarse y tengo que regresar a mi vida. Y ahora, si no te importa, me gustaría estar sola para hacer el equipaje. El taxi vendrá a recogerme en una hora.

Nicola hubiera querido negarse, pero la mirada acerada de su hermana se lo impidió. Lo mejor era darle tiempo. En aquel momento iba a ser imposible hablar con ella, pero no con el estúpido de Graig Stewart.

Con esa determinación bajó las escaleras a grandes zancadas y salió de la casa. Estaba de un humor de mil demonios tras la conversación que había mantenido con Blake y necesitaba desquitarse con el responsable. Durante cerca de veinte minutos estuvo buscando a Graig, hasta que finalmente encontró a Gavin en el establo, encerrando una silla de montar.

—Gavin, ¿dónde está el señor Stewart? —inquirió, sorprendiendo al empleado que no esperaba su presencia.

—Está en los pastos del sur, señorita Walker —respondió Gavin diligente.

La única forma de llegar hasta allí era a caballo. Nicola sabía montar desde pequeña aunque no era algo que la entusiasmara, pero dadas las circunstancias estaba dispuesta a hacer el esfuerzo.

—Ensíllame un caballo —ordenó Nicola sin preámbulos.

El joven se sorprendió por el comportamiento rudo de ella, ya que de las tres hermanas era la más tranquila y sosegada. Aun así afirmó con la cabeza y se dirigió a cumplir sus órdenes.

Cuando Nicola estuvo subida en la silla tiró de las riendas para obligar al animal a coger un camino que la llevaría a localizar a su objetivo. Media hora después llegó, sudorosa y con el trasero resentido, pero cuando avistó a Graig junto a la ladera no dudó en azuzar a su montura. Cuando estuvo a pocos metros tiró de las riendas con ímpetu y habló.

—Graig, tenemos que hablar.

El aludido, que no se había percatado de su llegada, giró su rostro con brusquedad y clavó su mirada en Nicola. No le costó leer en su rostro que estaba enfadada, pero él no tenía el día para aguantar estupideces.

—Nicola, ahora no tengo tiempo. En otro momento —dijo antes de seguir contando las cabezas de ganado para comprobar que el grupo que habían trasladado estaba completo. Ignoró a la joven expresamente.

—Eres un gilipollas —replicó Nicola, perdiendo por completo las formas.

Graig volvió a prestar atención a Nicola, sorprendido por el insulto. De las tres hermanas Walker, Nicola era la más tranquila y paciente. Podía contar con los dedos de una mano las veces que le había escuchado proferir algún insulto.

—¿Y se puede saber a qué se debe que me dediques esa lindeza de adjetivo? —preguntó tirando de las riendas, hasta su caballo se había percatado de la tensión que se mascaba en el ambiente.

—Primero bajemos de las monturas —solicitó Nicola, estaba tan tensa que temía acabar estrellada contra el duro suelo.

Graig asintió con la cabeza y descabalgó, antes de aproximarse a ella y coger su cintura para ayudarla a bajar del mismo.

—Y ahora quiero una explicación —dijo Graig con los brazos cruzados sobre su pecho. No le estaba gustando nada la actitud de Nicola—. ¿Se puede saber por qué has venido hasta aquí para insultarme? —inquirió mientras su ceño se fruncía.

—Es por Blake, ahora mismo está haciendo las maletas.

Graig sintió cómo su mandíbula se tensaba al escuchar esas palabras. A pesar de saber que ella se marcharía, a pesar de que él había puesto su granito de arena para que así fuera, no podía evitar que su corazón volviera a romperse en mil pedazos nuevamente.

—¿No dices nada? —inquirió Nicola con seguridad, tomando el rol de profesora que estaba echando un buen rapapolvo a un alumno.

—Que no es asunto tuyo —respondió Graig. No le gustaba la forma en que Nicola le estaba

tratando, no tenía cinco años.

—Ya sé que no es asunto mío, pero que Blake ande como alma en pena sí lo es.

—¿Blake como alma en pena? —dijo Graig con voz socarrona—. Por favor, no me hagas reír.

—Pareciera que no te importa cómo se encuentra ella.

—Por Dios, Nicola, es una mujer adulta. Lo que sucedió entre nosotros solo fue un error, pero nada más. Ambos disfrutamos de nuestros cuerpos y se acabó. Ahora ella se marcha y esto solo será un punto y seguido en su vida.

Nicola sintió ganas de retorcerle el cuello, pero clavó la mirada en su rostro y descubrió que la parrafada que había soltado era una completa farsa. Graig solo intentaba parecer un hombre frío y sin escrúpulos, pero solo era una fachada. Sus ojos grises decían una cosa muy distinta a sus palabras. Dispuesta a sacar a la luz lo que Graig escondía, no dudó en tirar de la cola al león. Con total naturalidad elevó sus manos y se puso a aplaudir, disfrutando cuando el rostro masculino pareció confuso.

—Bravo, Graig, casi logras engañarme.

—Nicola, deja de tocarme las...

—Eh, tranquilo, no te enfades. Recuerda que nos hemos criado como hermanos, y te conozco mejor que tú mismo. Si el otro día tú y Blake acabasteis en la cama no fue por casualidad. ¿Acaso crees que soy estúpida? Siempre he tenido la sensación que tu antagonismo respecto a Blake se debía a algo más profundo, y ahora he descubierto lo que tanto te has empeñado en ocultar.

Graig sintió que su corazón se aceleraba y que sus pulmones se quedaban sin aire. «Es imposible que lo sepa», se dijo con angustia. De nuevo se colocó la máscara de suficiencia, echó su sombrero hacia atrás y pintó una enorme sonrisa en sus labios antes de hablar.

—¿Y que se supone que estoy intentando ocultar? —preguntó elevando una de sus cejas.

—Muy simple, que siempre has estado enamorado de Blake hasta las trancas —dijo Nicola triunfal.

—¡Eso es mentira! —vociferó Graig fuera de sí.

«Te tengo», pensó Nicola mientras una enorme sonrisa se dibujaba en sus labios, más cuando la boca de Graig se abrió y cerró, cosa que le recordó a un pez.

—Si fuera mentira no te pondrías así. Pero tranquilo, no pienso desvelar tu secreto. Mi única intención es ayudarte.

—¿Te he pedido yo ayuda? —replicó Graig mientras se quitaba el sombrero y se revolvía el cabello con los dedos.

—No, pero está claro que la necesitas. Llevas años así, atascado en tu propia cobardía. Ahora comprendo por qué nunca has traído a nadie a casa, por qué ninguna relación te ha durado más de dos meses seguidos. Todo este tiempo no has dejado de pensar en Blake.

—¿Ahora me estás psicoanalizando? —inquirió Graig algo más relajado. No tenía sentido seguir enfadado con Nicola, y quizás hablar con ella del asunto le ayudara.

—No, simplemente intento hacerte ver lo que parece querer ignorar. Creo que el problema radica en que siempre has visto a Blake como inalcanzable, supongo que es debido a papá. Le tienes en tanta estima, tanto cariño, que temes defraudarle enamorándote de una de sus hijas. Pero puedes estar tranquilo, mi padre se sentiría el hombre más feliz del mundo si tú y Blake...

—No se trata solo de eso —rebató Graig sus palabras—. Blake se marcha otra vez, sin importarle un pimiento lo que deja atrás.

Nicola analizó las palabras de Graig mientras se frotaba la barbilla con los dedos

pensativa. Parecía que había algo más.

—¡Ah! Entonces es eso. No quieres saber nada de ella porque te sentiste rechazado, abandonado tras su marcha.

—No me abandonó porque nunca llegó a haber nada entre nosotros entonces, y no debería haberlo ahora.

—Muy típico de los hombres, culpar a las mujeres de sus propios errores.

—¿Qué maldito error cometí yo? —dijo Graig perdiendo la paciencia.

—No ir tras Blake, no hablar con ella antes de su marcha, no intentar comprenderla. Y el peor de todos, dejar que pasasen mil años.

—¿Y se supone que lo tenía que hacer todo yo? —inquirió enfadado, mientras una de sus cejas se enarcaba—. Ayer escuché cómo hablaba con un tal Eric, y tenía muy claro lo de irse. Ni siquiera me había comentado nada...

—¡Eric! —exclamó Nicola antes de estallar en sonoras carcajadas.

Graig notó como todo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué te parece tan gracioso? —gritó fuera de sí.

Nicola fue consciente en ese preciso instante de su error. No había sido muy inteligente reírse de Graig en el estado que estaba. Pero que él se pusiera celoso de Eric Cooper no tenía precio. Ahora comprendía el comportamiento de Graig hacia su hermana. Todo había sido movido por los celos.

—Eric Cooper es el editor de Blake.

—¿Editor? —preguntó Graig tontamente, más perdido que antes.

—¿Blake aún no te ha contado a qué se dedica? —inquirió Nicola confusa. Creía que su hermana le había confesado a Graig todo lo referente a su profesión.

—Que yo sepa, escribe en la columna de un periódico.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Nicola mientras se frotaba la frente. Ahora sabía que había metido la pata hasta el fondo, aunque la culpa era de Blake por no haberle contado la verdad a Graig.

Él achicó los ojos y los clavó en Nicola. Estaba claro que Blake le había ocultado algo, y no era una relación con aquel tipo, que era lo que sospechaba. Antes de enfrentarse a ella quería saber la verdad, y solo Nicola se la podía contar. Acortó la distancia que los separaba y la cogió de los brazos.

—¿Qué me oculta Blake? —inquirió, clavando sus ojos en el rostro de Nicola con intensidad.

—Debería ser ella la que te lo cuente... —comenzó Nicola.

—Por favor, Nicola, hazlo tú. Necesito saber la verdad, digerirla, antes de enfrentarme a la mujer que amo.

Su confesión logró que Nicola se desarmara.

—Está bien: Blake es una reputada escritora de novela romántica.

—¿Qué? —boqueó Graig incrédulo, soltando a Nicola antes de comenzar a caminar en círculos junto a ella, perdido en sus propios pensamientos.

Se había esperado cualquier cosa, pero nunca eso. Su cabeza parecía un tornado, inundado de preguntas y miedos.

—¿De verdad es escritora? —preguntó para acabar de creérselo.

—Sí, una de las mejores del género —dijo Nicola con orgullo—. Ese fue el sueño por el que luchó, por el que se enfrentó a papá y al mundo. Estoy muy orgullosa de ella.

El también se sentía orgulloso, ahora que lo sabía. Imaginaba que Blake no se había atrevido a confesárselo por miedo a su rechazo, como había pasado años antes. En verdad se había comportado con Blake como un verdadero cabrón. Si finalmente decidía hacer algo, cosa que aún no tenía claro, no iba a ser fácil acercarse a una Blake dolida y enfadada.

—¿Y para qué vino ese hombre al rancho? —preguntó confuso.

—Al parecer la editorial quiere que haga una presentación de su último libro dentro de una semana. Eric vino a informarla porque sabía que Blake no se lo tomaría demasiado bien. Era feliz en su vida de anonimato, siempre le dio miedo que el mundo conociera su rostro.

—¡Maldita sea! —exclamó Graig al percatarse de su error. Había sacado conclusiones precipitadas respecto al tal Eric.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Nicola curiosa y preocupada. Miro la hora en su reloj de pulsera para descubrir que el taxi que había contratado Blake estaba a punto de llegar.

El aludido se llevó las manos al rostro y lo frotó vigorosamente. Tenía demasiada información en la cabeza y debía procesarla antes de tener claro lo que iba a hacer y cómo.

—No lo sé —contestó escuetamente a la pregunta de Nicola.

—No te tengo por un cobarde, tú solo inténtalo, por favor —le rogó Nicola antes de aproximarse a él y estampar un beso en su mejilla—. Y ahora tengo que irme —su intención era detener a su hermana.

Graig se acercó al caballo de Nicola y cogió a la joven por la cintura para ayudarla a subir y luego se quedó allí plantado, como si sus pies hubieran echado raíces, hasta que la joven solo fue un punto en la lejanía.

El sonido de unos cascos que se aproximaban sacó a Graig de sus oscuros pensamientos, y cuando elevó su rostro en la dirección de la que provenía el sonido, descubrió que el jinete ya estaba a escasos metros.

—Graig, ¿seguimos con la tarea? —preguntó Derek amistosamente—. ¿Ha sucedido algo en el rancho? —preguntó preocupado. Había visto llegar a un jinete y que había estado conversando con Graig largo tiempo.

—No, tranquilo, solo era Nicola, que quería preguntarme unas cosas que no podían esperar —explicó Graig escuetamente.

—Perfecto, entonces vamos —le animó Derek.

CAPÍTULO 31

Graig llegó de trabajar a una hora tardía. Se había deslomado a lo largo del día con la única intención de agotar su cuerpo, pero su mente, que no dejaba de dar vueltas al asunto, seguía intacta. Sabía que Blake se había ido, pero pensaba que era mejor así, ambos necesitaban tiempo para digerir la situación.

Cuando entró por la puerta ni tan quisiera se molestó en ir a la cocina para comer la cena que estaba seguro que su madre le habría dejado en el horno, tenía el estómago cerrado. Cansado, subió las escaleras y se adentró en su dormitorio, dirigiéndose directamente al cuarto de baño para darse una merecida ducha. Cuando acabó se secó enérgicamente y regresó a su habitación para ponerse unos bóxers. Estaba a punto de tirarse sobre la cama cuando descubrió sobre el edredón un libro, en cuya portada había un *post it* pegado.

Graig, sé que al final dejaste marchar a Blake. Supongo que necesitas tiempo, pero si quieres saber lo que Blake siempre soñó sobre vuestro amor, haz el esfuerzo de leer este libro.
Nicola.

Graig apartó el pequeño papel amarillo y clavó su mirada en el título: «Un sueño perdido», luego sus ojos descendieron hasta dar con el nombre de la autora: Lancey Culpepper. Supuso que se trataba del seudónimo que utilizaba Blake para firmar sus obras intentando ocultar su verdadera identidad.

Suspiró pesadamente y abrió el libro por el primer capítulo. No era demasiado amante de la lectura, y tener entre sus manos un ejemplar de casi trescientas cincuenta páginas era todo un reto, pero estaba dispuesto a conocer los sentimientos de Blake a través de las páginas del ejemplar, que era lo que había interpretado con la escueta nota que le había dejado Nicola.

Era la una de la madrugada cuando Graig cerró el libro, dejando una señal con la nota de Nicola para saber por dónde debía continuar. Lo dejó sobre la mesilla y cerró los ojos, rememorando la última escena que había leído ávidamente.

Había pasado un año desde la última vez que había visto a Gregory, y estaba deseando perderse en uno de sus fuertes abrazos, absorber su olor y escuchar el poderoso latido de su corazón cuando apoyara la mejilla contra su pecho.

Bianca había regresado al rancho para celebrar el Cuatro de Julio con su familia, como cada verano, tras un largo curso universitario. Debería haber estado allí desde primera hora de la mañana, pero el autobús había tenido una avería y había llegado con varias horas de retraso.

El reencuentro con sus hermanas pequeñas fue emotivo, lleno de risas, abrazos y confesiones. Tras un año de ausencia se percató de cuánto habían cambiado Noemi y Melania, de que nadie era inmune al paso del tiempo, ni ella misma lo era.

Después de deshacer la maleta y ponerse ropa limpia decidió ir a dar un paseo por los cercados de los caballos. La luna llena inundaba todo de luz y, a pesar de que los fuegos artificiales estaban a punto de plagar el cielo de múltiples colores, decidió tomarse unos

minutos en soledad para meditar cómo plantearle a Gregory su gran secreto, aquel que siempre había guardado en el lugar más recóndito de su ser.

En unos meses su vida había dado un giro inesperado, y a pesar de que siempre había pensado que el resto de su vida pasaría en el rancho que la había visto crecer, ahora todo había cambiado. La música siempre había sido una constante en su vida desde niña. Recordaba a sus hermanas riéndose cuando le pidió a sus padres que la apuntaran a clases particulares de guitarra. Y a pesar de que estaba estudiando la carrera de económicas para el día de mañana llevar las cuentas del rancho, cuando una noche cantó en un local por insistencia de unas amigas y un cazatalentos le dio su número, todo cambió. Desde entonces decidió que no pensaba renunciar a sus sueños.

Unos fuertes brazos enlazaron su cintura, obligándola a voltearse, y al elevar su rostro descubrió que se trataba de Gregory, que la observaba con sus maravillosos ojos grises y una enorme sonrisa.

—¿No pensabas saludarme? —preguntó él antes de estrecharla entre sus brazos fuertemente.

Bianca disfrutó del refugio que suponía su pecho, aspiró su característico olor, y se sintió protegida y a salvo. Pero cuando él la apartó el frío de la noche pareció envolverla como un mal presagio.

—Te he echado tanto de menos... —confesó antes de soltar un largo suspiro.

Gregory clavó su mirada nuevamente en el rostro de Bianca y notó cómo su corazón se aceleraba. Llevaba tanto tiempo deseando verla, estrecharla en sus brazos, sentirla. Cada vez era más difícil estar separado de ella y había decidido que aquella noche, tan especial para ambos, sería cuando le confesara su amor.

—Y yo a ti, pequeña —expresó mientras elevaba su mano y acariciaba su tersa mejilla con los dedos—. Llevo un mes tachando los días en el calendario —confesó, antes de sonreír al ver la expresión sorprendida de ella—. Tengo un regalo para ti.

Al tiempo que decía esto, sacó un pequeño paquete del bolsillo de su camisa y se lo tendió.

Bianca lo cogió con dedos temblorosos y rompió el papel rosado en una milésima de segundo. Cuando levantó la tapa de la caja de terciopelo descubrió un colgante de plata con forma de herradura.

—Es precioso —exclamó emocionada.

—Yo te ayudo —se ofreció Gregory, mientras apartaba su larga melena oscura y rodeaba su cuello con la cadena antes de cerrar el enganche—. ¿Te gusta? —preguntó con nerviosismo.

—Gregory, me encanta —expresó Bianca emocionada, sin comprender a qué se debía el regalo.

—Me alegra, es para que cuando lo llesves te acuerdes de mí.

—Gracias —dijo Bianca emocionada.

—También tengo algo que confesarte —añadió Gregory con valentía.

—¿Sucedee algo?—inquirió Bianca preocupada.

—Solo que te quiero —respondió Gregory directo como una bala.

Bianca tardó unos segundos en asimilar sus palabras, lo que significaban. Dejó de respirar y tuvo que obligar a sus pulmones a insuflar aire. Llevaba toda una vida enamorada de Gregory, habría matado porque él expresara esas palabras, pero un miedo irracional la inundó

al pensar en lo que ella misma tenía que confesarle, algo que quizás destrozara todo aquello de un plumazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gregory confuso, notando cómo los nervios bullían en su estómago. «¿Y si ella no siente lo mismo que yo?», se preguntó con el corazón en un puño.

—Que yo también te quiero, Gregory —replicó Bianca, sin querer empañar aquel mágico momento.

Él soltó un largo suspiro al escuchar la confesión de Bianca. Y sintiéndose el hombre más dichoso sobre la faz de la tierra, no pudo hacer otra cosa que tomar el rostro femenino entre sus manos y besar sus labios con pasión para expresar con ese beso todo lo que su corazón sentía.

El pitido de la cafetera sobresaltó a Blake, que permanecía frente a la ventana, observando cómo los rayos del sol comenzaban a ocultarse para dejar los altos edificios en penumbra. Con paso lento se dirigió a la cafetera y cogió una taza donde se sirvió una generosa cantidad antes de sentarse en el sofá.

Su mirada se fijó en el escritorio, donde la pantalla de su ordenador iluminaba el rincón donde se encontraba. Estaba avanzando en la novela a pesar de su estado anímico. Escribía como una autómatas, y temía que eso afectara a la calidad de su trabajo, pero poco más podía hacer al respecto. Llevaba días sin apenas dormir y por ese motivo había decidido tomarse una dosis de cafeína a la que no estaba acostumbrada, con la esperanza de que eso la ayudara.

—¡Maldita sea! —exclamó fuera de sí mientras dejaba la taza con estruendo en la mesa baja situada junto al sofá.

«Graig, Graig, Graig», aquel maldito nombre no parecía querer abandonar su cabeza amenazando con destruir su cordura. Hacía una semana que había regresado de Fast River y el dolor que sentía en su pecho, lejos de disminuir, había aumentado. Si años antes había sido una proeza seguir con su vida sin él, ahora que había recuerdos más tangibles de su amor estaba segura de que no lo lograría. Le maldijo a él y a su corazón por todo lo sucedido.

El sonido del timbre la sobresaltó y giró su muñeca para comprobar la hora que era en su reloj. «¿Quién demonios será?», se preguntó confusa mientras abandonaba el sofá donde se había sentado poco antes y se acercaba a la puerta de su apartamento. Acercó el rostro a la hoja de madera para espiar por la mirilla y descubrió quién era el que osaba romper su paz. Abrió con celeridad y clavó su mirada en Eric, que iba cargado con una bolsa de papel marrón.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Blake molesta.

—Yo también me alegro de verte —dijo él, entrando en el apartamento y dirigiéndose a la cocina, donde comenzó a desplegar los envases de cartón de la comida china que había comprado y que aún permanecía caliente.

Blake le siguió y observó sus movimientos incrédula.

—Eric, ¿qué se supone que estás haciendo? —preguntó con un tono molesto bastante evidente.

—Preparar la cena —dijo Eric mientras se giraba y abría uno de los armarios para sacar un par de platos que colocó en la barra americana— ¿No es evidente?

—¿Y quién te dice que no he cenado ya? —inquirió Blake.

—Solo tendría que abrir la nevera para comprobar que lo único que hay es leche rancia y

un tomate seco —respondió mientras colocaba los cubiertos y las servilletas—. Anda, siéntate, te he traído tus platos favoritos: Arroz tres delicias, fideos, rollito de primavera, ternera con bambú...

Blake dudó unos instantes pero finalmente se encaramó a uno de los taburetes y esperó a que Eric hiciera lo propio. A pesar de que hacía días que no comía decentemente, el olor proveniente de los envases de cartón despertó su apetito.

Durante cerca de una hora comieron en completo silencio hasta que Eric lo rompió mientras llenaba nuevamente su copa de vino blanco.

—¿Quieres que me quede aquí toda la noche? —exclamó, sobresaltando a Blake, perdida en sus propios pensamientos.

—¿De qué estás hablando? —exclamó Blake desconcertada.

—Que si no comienzas a hablar ya me tendré que quedar a dormir.

Blake cogió la copa y dio un largo trago, tomándose un tiempo para soltar lo que la carcomía por dentro. Finalmente se decidió:

—Está bien, pero no sé qué quieres exactamente, ya sabes todo lo que pasó en Fast River.

—Sí, sé que tú y Graig os reconciliasteis, pero que de la noche a la mañana todo acabó y tú llegaste en el siguiente vuelo al mío con los ojos hinchados y destrozada.

—¿Y qué más quieres saber? —inquirió Blake molesta.

—Para empezar, por qué no hablaste con él. A mi entender los dos os queréis...

—¿Si de verdad me hubiera querido no me habría tratado así! —exclamó Blake con ira mal contenida mientras dejaba la copa sobre la encimera con estrépito.

—¡Oh, vamos, Blake! No te tengo por una mujer estúpida. Algo tuvo que suceder para ese cambio drástico. Deberías haberle interrogado al respecto antes de salir corriendo —«como siempre», pensó Eric para sí.

—Pero... —intentó rebatirle Blake, pero su amigo la cortó con un gesto de mano.

—Dejemos ese asunto aparte, ¿qué sucedería si él apareciera en Washington y se plantara frente a ti? —inquirió mientras achicaba los ojos para estudiar el rostro de ella.

—Pues lo más seguro es que le mandara al infierno. Estoy cansada de sufrir por un amor que parece condenado al fracaso.

—No deberías responsabilizarle a él de todo. Cada uno de nosotros ponemos un granito de arena para que algo salga bien o mal.

—¿Y cuál fue mi error? —inquirió Blake ceñuda.

—No confesarle quién eres.

—Es un dato intrascendente...

—No lo es para un hombre enamorado. Es importante conocer a la mujer que amas para tener cierta seguridad.

—Tenía miedo de su rechazo, como sucedió en el pasado —se defendió Blake.

—¿Y creíste que ocultándole tu secreto todo saldría bien? El tiempo te ha confirmado que no era una buena opción y que ha dado el mismo resultado —expresó Eric antes de limpiarse los labios con la servilleta.

—¿Y qué quieres que haga? —inquirió Blake frustrada mientras golpeaba la encimera con un puño—. Ya está todo perdido, no hay marcha atrás. Me he vuelto a equivocar.

—Quizás te equivocas, nunca se sabe —expresó Eric enigmáticamente antes de abandonar su asiento y acercarse a ella para besar su mejilla—. Recapacita sobre lo que hemos hablado. Y por favor, acuéstate y descansa, el viernes va a ser un día muy largo y te necesito al cien por cien

—concluyó antes de dirigirse a la puerta para dejar a Blake sola y pensativa.

CAPÍTULO 32

Graig permanecía sentado en el columpio del porche trasero aprovechando los últimos rayos de luz para terminar de leer el libro que absorbía cada hora libre que tenía. Leyó los últimos párrafos antes de la palabra «fin» y cerró el volumen antes de dejarlo a un lado. Recostó su cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos durante unos instantes, con una extraña sensación en el pecho.

—¿Ya lo acabaste? —le sobresaltó una voz. Abrió los ojos con celeridad y descubrió a Angus Walker situado a su lado. Él y Harriet habían regresado de su viaje pocos días antes.

—Yo... —comenzó a balbucear, como cuando era un niño y había hecho alguna trastada.

—No te molestes en negarlo, sé que estabas leyendo el libro de Blake. Aunque has tardado una eternidad —dijo Angus con humor mientras cogía el ejemplar entre sus manos y se sentaba junto a él.

Graig giró su rostro y clavó su mirada en Angus. «¿Qué significa esto?», se preguntó confuso.

—Te preguntarás por qué te estoy hablando de esto —expresó Angus, que tenía su mirada fija en las praderas ante sus ojos—. Pues bien, te sacaré de dudas. Llevo días esperando que acabes de leer esto —dijo moviendo el libro que sostenía— para poder hablar sobre el asunto que hay entre tú y mi hija, y que espero que soluciones de una maldita vez. La quiero de vuelta cuanto antes.

Graig abrió y cerró la boca como un pez, mientras notaba el rubor ascender por sus mejillas. Había pensado que la relación que había mantenido con Blake se había mantenido en el anonimato, que aparte de Nicola nadie más sabía sobre el asunto. Que Angus estuviera al corriente, y no haber sido él quien le contara que estaba enamorado de su hija le avergonzaba.

—Lo siento, Angus, yo...

El aludido elevó su mano y le silenció con un gesto firme.

—No tienes que disculparte por nada. Blake y tú sois adultos, no tenéis que rendir cuentas ante nadie, mucho menos ante mí. Pero si te importa mi opinión, solo puedo decirte que me hace muy feliz que os queráis.

—El problema es que Blake ya no me quiere, debe odiarme —se sinceró Graig.

—Muchacho, ¿has hablado con ella sobre el asunto? —inquirió Angus girando su rostro y clavando su mirada en Graig, que le sostuvo la mirada.

—No, no tuve el valor y ella se marchó.

—Pues no pierdas más el tiempo —dijo mientras se levantaba y sacaba un sobre el bolsillo trasero de sus *jeans*. Luego volvió a sentarse y se lo tendió—. La presentación de su libro es en un par de días. Si quieres obtener resultados positivos, tienes que hacer una entrada triunfal —dijo guiñándole un ojo—, o romántica. ¿No crees?

Graig abrió el sobre y descubrió que se trataba de un billete de avión para Washington. Se quedó quieto, con la mirada fija en el pasaje.

—No puedo —murmuró, odiaba volar más que cualquier cosa en el mundo.

—¡Oh, vamos, muchacho! —exclamó Angus, que conocía de sobra la fobia de Graig a los aviones—. Todo sacrificio merece una recompensa. Y por favor, acaba pronto con este asunto.

Washington D.C.

Graig observaba a través del cristal de la ventanilla del taxi mientras recorría la ciudad de Washington. De nuevo sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón y volvió a abrir WhatsApp en busca del mensaje que le había mandado Nicola donde le indicaba la dirección que le había dado al taxista al salir del aeropuerto.

—Hemos llegado, señor —le sobresaltó la voz del hombre, que se había apartado del tráfico.

—Gracias —dijo Graig—, ¿cuánto le debo?

Tras abonar el viaje se bajó del coche y plantó sus botas sobre el asfalto. Dio un paso hacia la acera y oteó a su alrededor en busca de la librería *Solid State Brooks*. Finalmente la localizó y acortó la distancia que le separaba del gran escaparate, fijando allí su mirada. En la tarima había un gran número de libros apilados de diferentes formas; en vertical, algunos en horizontal, dispersos en forma de abanico. El título «Bajo el cielo de tu mirada», escrito por Lancey Culpepper, lo ocupaba todo. Había asumido que Blake era una conocida escritora, pero ver su rostro en un cartel situado en el centro del escaparate le dejó anclado al suelo.

—Blake —expresó tontamente, incapaz de apartar la mirada de aquel rostro ovalado que tanto había extrañado, al igual que su larga melena oscura y sus inigualables ojos azul cielo.

Tardó unos minutos en reaccionar, en ordenarse apartar la mirada, que parecía ligada a aquel cartel. Sacudió la cabeza vigorosamente y, cuadrándose de hombros, se dirigió a la puerta de cristal, que se abrió ante sus ojos gracias a un sensor.

Al entrar en el recinto le abrumó la cantidad de gente aglomerada en torno a las altas estanterías repletas de libros. Por un momento sintió agobio y deseó escapar de aquel lugar, pero en aquel momento la voz mecánica que salía a través de los altavoces comenzó a sonar.

—*Por favor, los asistentes a la presentación del libro «Bajo el cielo de tu mirada», de la autora Lancey Culpepper, diríjense a la planta superior, la presentación está a punto de comenzar. Gracias.*

Graig se vio empujado por la multitud y llegó a la planta superior sin saber muy bien qué hacer en aquella situación. Las sillas desplegadas a lo largo de la sala fueron ocupadas con rapidez. Graig se situó en una esquina de la misma, intentando pasar desapercibido. Se sentía fuera de lugar y no sabía cómo actuar a pesar del plan que tenía y que se había repetido una y otra vez a lo largo del infernal viaje en avión.

Quizás lo mejor sería salir de la librería y esperar en el exterior. Oteó a su alrededor y comprobó que su idea era del todo inviable porque la escalera estaba bloqueada por más gente que subía, en su mayoría mujeres cargadas con un ejemplar del libro bajo el brazo.

—Menos mal que has llegado —le sobresaltó una voz a su lado, y al girarse descubrió a un hombre trajeado y con un pinganillo en el oído.

—¿Quién es usted? —preguntó confuso.

—Eric Cooper —dijo el hombre tendiéndole la mano, que Graig estrechó confuso, aunque sabía que aquel hombre era el editor de Blake. «¿Cómo sabe quién soy?», se preguntó confuso, y como si ese hombre hubiera leído sus pensamientos, contestó a su pregunta.

—Nicola me llamó para informarme de tu llegada. No sabes la sorpresa que se va a llevar Blake... —Eric se quedó en silencio, escuchando lo que le decían a través del pinganillo—. Ahora tengo que dejarte, pero tranquilo, todo va a salir bien —afirmó con seguridad antes de

desaparecer por una puerta lateral.

Graig suspiró pesadamente y se preparó para aguantar estoicamente la situación en la que se veía envuelto. Una luz se encendió al fondo de la sala, donde había situada una amplia mesa con varias botellas de agua mineral, tres sillas y un micrófono en el centro. El fondo era una cortina pesada de terciopelo de la que salió una mujer vestida con un elegante traje chaqueta, un moño alto formado por su cabello rubio y unas gafas de pasta negra, a juego con su indumentaria. La mujer se situó en una de las sillas y cogió el micrófono. Se aclaró la voz antes de hablar.

—Buenos tardes —comenzó, comprobando que el sonido era el correcto—. Mi nombre es Stella Madison, la encargada de *Solid State Brooks*, que hoy nos presenta la última y esperada novela de Lancey Culpepper.

Los aplausos comenzaron a propagarse cuando, de detrás de la cortina escarlata, salió la afamada autora. Parecía apabullada por el volumen de personas ante sí, y con timidez se sentó en la silla que le indicó Eric, que había salido tras ella.

Graig no podía apartar la mirada de ella, como absorbiendo cada una de sus facciones: sus altos pómulos, sus labios rosados y su cabello oscuro, ligeramente ondulado en las puntas. Fue testigo de cómo se mordía el labio inferior una fracción de segundo. Luego elevó su mano y engarzó sus dedos en la cadena prendida de su cuello y a continuación la extrajo para ocultar en su palma el colgante en forma de herradura que él le regaló años antes.

Eric, consciente del nerviosismo de Blake, decidió coger el micrófono y comenzar con la conferencia, explicando los comienzos de la escritora, los títulos de sus novelas y finalmente relatando el misterio sobre su persona, su procedencia y algún que otro dato anecdótico. Eso consiguió que Blake se relajara lo suficiente para hacer frente a los flashes que la cegaban y a la ronda de preguntas de las lectoras.

—¿De dónde surgió el personaje de Gregory, de su primera novela? —expresó una joven que sostenía el micrófono que le habían cedido.

Blake la buscó con la mirada, y estaba a punto de contestar a su pregunta, cuando descubrió a un hombre alto como una torre que destacaba entre la multitud. Cuando él echó su sombrero hacia atrás y le mostro su rostro Blake se quedó sin aliento, incapaz de respirar. «Graig está aquí», pronunció mentalmente, dudando sobre que su visión le estuviera jugando una mala pasada.

—¿Señorita Culpepper? —le reclamó la voz de la encargada de la librería.

Blake tuvo que tragar saliva para poder hablar, aunque era incapaz de apartar la mirada de Graig, que la sonreía socarronamente. Estaba claro que estaba disfrutando de su reacción. Sí, definitivamente era él. Era uno de los pocos hombres de la sala, y el único que vestía con tejanos, camisa vaquera y sombrero.

—Gregory en realidad es un viejo amor —confesó sin coartarse.

—¿Entonces existe? —preguntaron varias voces a coro.

—Me temo, señoras —expresó Graig en voz alta, logrando que todo el mundo fijara su mirada en él. Lejos de sentirse apabullado, comenzó a andar por un lateral de la sala para acercarse a la mesa—, que ese tal Gregory soy yo —confesó, logrando que un rumor de voces se propagara por la sala.

Blake se cubrió el rostro con las manos, incapaz de creer que lo que estaba sucediendo fuera real. Deseó que la tragara la tierra, despertar de aquel extraño sueño, pero nada de eso sucedió. «Graig está aquí, es real», se dijo para convencerse mientras le veía avanzar por la sala hasta que llegó al pequeño escenario.

Graig era consciente de ser el centro de atención, y esperaba que Blake no se enfadara por

el espectáculo que estaba montando. Pero si quería recuperarla, tenía que hacerlo a lo grande, delante de toda aquella gente para que le creyera.

Cuando llegó al lugar donde se encontraba Blake, que le observaba anonadada, subió el escalón del pequeño escenario y se acercó hasta ella. Eric, situado al lado de Blake, se levantó y le guiño un ojo antes de apartarse para dejarle sitio.

—Levántate, por favor —solicitó con voz pausada.

Blake no podía moverse, sentía que sus piernas se habían convertido en gelatina. Ni siquiera era capaz de girar su rostro para verle, aunque sabía que estaba ahí, a escasos centímetros de su cuerpo.

Sin dudar, Graig cogió su brazo y la incitó a levantarse. Tuvo que aferrar su cintura para que se mantuviera en pie. Luego la obligo a girarse para quedar frente a frente. Pero Blake seguía sin querer mirarle, por lo que se vio obligado a colocar su dedo índice bajo su barbilla para que sus miradas se encontraran.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó Blake con nerviosismo, no sabía si debido a su presencia o a que tenían un concurrido público con la mirada fija en ellos. El silencio lo presidía todo.

—He venido a pedirte perdón —confesó Graig—, a decirte que te amo más que a nada en el mundo. Y si para recuperarte tengo que montar en avión, o hacer el ridículo más grande de mi vida, lo haría una y mil veces.

Blake sintió el corazón galopar sobre su pecho al escuchar sus palabras. De pronto todo lo que la rodeaba desapareció, solo estaba Graig y su intensa mirada gris. Podía leer en sus palabras y sus ojos la verdad. Ahora se daba cuenta del tiempo que habían perdido, de lo estúpidos que habían sido ambos. Él había dado un paso gigantesco y ahora era su turno.

—Yo también te amo, Graig —confesó—, y no quiero pasar un solo día más de mi vida alejada de ti.

Una sonrisa genuina surgió en los labios de él, y en un movimiento diestro tomó el rostro femenino entre sus manos y atrapó su boca en un beso abrasador que amenazaba con quemarlos a ambos. La sala explotó en aplausos, murmullos y suspiros, pero Blake y Graig eran ajenos a lo que sucedía a su alrededor, perdidos el uno en el otro.

Mucho más tarde, y tras concluir la presentación, se montaron en un taxi que les llevaba al pequeño apartamento de Blake. En el asiento trasero del vehículo permanecían abrazados el uno al otro, incapaces de separarse ni un solo milímetro.

El teléfono de Blake comenzó a pitar por las notificaciones y finalmente lo localizó en el bolso. Clavó su mirada en la pantalla y no pudo evitar apartarse de él.

—¡Dios mío! —exclamó con sobresalto.

—¿Qué sucede? —preguntó Graig confuso.

—Ya estamos en la portada de muchos diarios digitales —contestó Blake mortificada mientras le enseñaba una foto donde se besaban tórridamente—. Mi hermana Nicola ya lo ha visto, me ha mandado un mensaje —añadió mientras sus dedos se movían sobre la pantalla del teléfono—. Y Eric me ha dicho que la primera edición está a punto de agotarse... —se silenció cuando Graig le arrancó el teléfono de la mano y lo apagó antes de tirarlo dentro de su bolso.

—¿Qué haces? —preguntó confusa.

—A partir de ahora eres mía, y solo mía. Cuando llegemos a tu casa pienso hacerte el amor hasta que pierdas el sentido. Mañana ya verás lo que sucede en el resto del mundo —dijo Graig antes de hacerse dueño de sus labios con maestría.

FIN

A man in a dark suit is lifting a woman in a black dress and red high-heeled shoes. They are standing in front of a small white airplane on a runway. The sky is blue with scattered white clouds. The overall mood is romantic and dramatic.

Un giro
INESPERADO
del Destino

SERIE: FAST RIVER II

MAR FERNÁNDEZ

Próximamente, la segunda parte de la serie:

UN GIRO INESPERADO DEL DESTINO
(La historia de Nicola)

SINOPSIS:

Tras un verano inolvidable en Fast River, Nicola Walker debe regresar a Oklahoma y a su vida. Le encanta su trabajo como profesora, el lugar donde vive y extraña a su mejor amiga, Ivette. Pero hay algo que perturba su vuelta a la rutina: su relación con Markus Hudson. Lleva varios meses saliendo con él, pero no está segura de seguir con aquella relación que le plantea demasiadas dudas.

Philip Gardner está inmerso en una operación especial de la DEA en la que lleva trabajando cerca de dos años. Está seguro de que no tardará mucho en acabar con su misión y poder tomarse unos meses libres. Pero todo se complica una tranquila mañana de sábado cuando conoce a su nueva vecina, que no es otra que Nicola. Desde ese momento toda su vida se pone patas arriba poniendo en peligro su trabajo y su corazón.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, mi más sincero agradecimiento a las lectoras cero; Marisa Gallen Guerrero, Mónica Agüero Fernández y Ana Arranz diez, que me han prestado su ayuda y su tiempo para pulir esta novela. Sin ellas no habría sido posible. Mil gracias de todo corazón.

Y por último a ti, lector, por tomarte el tiempo para leer esta historia que espero te haya enamorado. Gracias por estar siempre ahí, a mi lado para que no pierda la senda.

MAR FERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por “El jardín de las mentiras” de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanto historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

“Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor

y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.”

Mimi Romanz

Puedes encontrarme en:

Twitter, Facebook, instagram...

<http://marfernandezmartinez.wixsite.com>

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

Contemporánea:

Nunca te olvidé.

Atardecer contigo.

Viaje a los sentimientos.

Construyendo un amor.

Bilogía “Los chicos Bradford”:

Atrapado en tu recuerdo.

Savanna, tentadora obsesión.

Bilogía “Town Hope”:

Besos con sabor a lluvia.

Besos con sabor a esperanza.

Histórica:

(Saga Despertar)

Despertar con tu amor (I).

Perdida en tus brazos (II).

El Halcón del Támesis (III).

Colección tierras lejanas:

Cruce de caminos.

El viaje de su vida.

Forajida.

La decisión de Elaine.

Colección Little Love:

Un adiós con olor a Lavanda.

El corazón de Fiona.

Abrazando la tormenta.

Reflejos del pasado.

Serie Fast River:

La debilidad de Graig.

Siguientes títulos de la serie:

Un giro inesperado del destino.

La frontera del corazón.

Todas ellas disponibles en Amazon, en digital y papel.